

# ゼロの使魔

始祖の祈禱書 ヤマクチノミ

3



ゼロの使い魔

# Zero no Tsukaima

Noboru Yamaguchi

Ilustraciones por Eiji Usatsuka



## Derechos de autor

Trabajo original de Noboru Yamaguchi.  
Ilustraciones originales por Eiji Usatsuka.  
Traducción japonés-inglés de Baka-Tsuki.

Distribuye esta obra de manera libre, sin ánimo de lucro, sin modificar su contenido y citando a los autores originales y al equipo que ha trabajado en la traducción. Si es licenciada en tu país, por favor, deja de distribuir esta traducción.

Gracias.

## Equipo

Traducción de **BDemon** (capítulo 1) y **Slayer** (capítulos 2-10).  
Ilustración del índice e imágenes por **Crash**.  
Corrección por **Chinija** (capítulos 2 y 3) y **Sawatsu** (capítulos 4-10).  
Enmaquetación por **Slayer**.



## Noboru Yamaguchi

**Noboru Yamaguchi** (Japón, Prefectura Ibarki, 11 de febrero de 1972 - 4 de abril de 2013) fue escritor de novelas ligeras orientado a un público joven y diseñador de escenarios de videojuegos. Ganó fama y prestigio a raíz de la novela ligera y novela visual *Zero no Tsukaima*.

En julio del 2011 se informa de que Noboru Yamaguchi padece de un cáncer avanzado descubierto en febrero de ese año y que no podía ser tratado en ese momento. Debido a las operaciones a las que se sometió tuvo que cesar el trabajo con su novela en varias ocasiones. Yamaguchi falleció el 4 de abril del 2013 a la edad de 41 años.





# ゼロの使い魔

〈始祖の祈祷書〉

ヤマウチノボル

3

# ゼロの使い魔3

## 始祖の祈祷書

ヤマグチノボル

MF文庫



## Capítulo 1

### El linaje de Zero

Al final de la calle Bourdonné se encontraba el palacio real de Tristain. Los miembros de la Guardia Mágica patrullaban el área frente a las puertas del palacio real sobre sus mágicas monturas. El rumor de una guerra en ciernes había empezado a difundirse por el pueblo dos o tres días antes. Se decía que Reconquista, la facción aristocrática que había conquistado Albión, se estaba preparando para invadir Tristain.

Como resultado, la moral de los soldados que vigilaban los alrededores se había vuelto tensa. Barcos y criaturas mágicas tenían prohibido volar sobre los cielos del palacio real y la gente que atravesaba las puertas era minuciosamente registrada.

Incluso se detenía a los sastres, hosteleros y comerciantes y se les inspeccionaba a conciencia en la entrada, para evitar que magos disfrazados con ilusiones o gente bajo la influencia de algún encantamiento atravesaran las puertas.

Por estas circunstancias, cuando un dragón de viento apareció en los cielos sobre el palacio real, la guarnición de la guardia mágica se alarmó.

La guardia mágica estaba compuesta por tres divisiones, cada una de ellas protegía el palacio real por turnos. Mientras una cumplía con su deber, las otras dos descansaban o entrenaban. En ese día, los caballeros mantícora eran los encargados de montar guardia. Montados en sus mantícoras, los nobles alzaron el vuelo y se dirigieron hacia el dragón de viento que había aparecido sobre el palacio. Había cinco figuras sobre la espalda del dragón, así como un gran topo sostenido entre sus mandíbulas.

La guardia mágica les avisó de que aquella era una zona prohibida, pero aun así el dragón aterrizó en el patio de palacio. Encima del dragón se encontraba una bella chica de pelo rosa claro, una chica alta con un ardiente pelo rojo, un chico rubio, una pequeña chica con gafas y un chico de pelo negro. Este último cargaba con una espada larga sobre sus hombros.

Los guardias de las mantícoras rápidamente rodearon al dragón de viento, tras lo cual blandieron sus varitas en posición de estocada, asumiendo una postura que les permitía conjurar al instante. El comandante, fornido y con un áspero bigote, arrojó una advertencia a aquellos sospechosos intrusos.

—¡Soltad las varitas!

Al momento, la expresión de los intrusos se volvió hostil, pero la pequeña chica de pelo azul que iba con ellos agitó la cabeza.

—Palacio real.

El grupo asintió a regañadientes y, como se les había ordenado, arro-

jaron sus varitas al suelo.

—Volar sobre el palacio real está prohibido. ¿Acaso no lo sabíais?

La chica del pelo rosa claro saltó suavemente del dragón, y se introdujo a sí misma con voz firme.

—Soy la tercera hija del Duque de la Vallière, Louise Françoise, por lo que no soy sospechosa. Solicito audiencia con Su Alteza, la princesa.

El comandante retorció su bigote mientras observaba minuciosamente a la chica. Conocía a la Duquesa Vallière. Después de todo, eran una familia noble de renombre.

El comandante bajó la varita.

—¿Eres la tercera hija del Duque de la Vallière?

—Por supuesto.

Louise se irguió y sostuvo la mirada al comandante.

—Ya veo... tienes los ojos de tu madre. Bueno, ¿cuál es tu propósito aquí?

—Me temo que no puedo decírtelo. Es un secreto.

—Entonces tendré que denegar tu petición. No puedo concederte una audiencia con Su Alteza sin conocer tus motivos. ¡Podría perder la cabeza por algo así! —comentó el comandante, preocupado.

—¡Como si pudiéramos revelarlo tan fácilmente! —gritó Saito a la vez que saltaba del dragón.

Mientras Saito intervenía, el comandante le observaba. Tenía una cara joven, ropas que no habían visto jamás, nariz baja, piel amarillenta y una espada larga colgada de los hombros.

Si bien no sabía de qué país era, una cosa estaba clara: no era un noble.

—Qué plebeyo más grosero. No es así como un sirviente debería hablarle a un noble. Mantente en silencio.

Saito entornó los ojos y se giró hacia Louise. Fue demasiado para él. Es cierto, ni siquiera era un sirviente, de hecho él era sólo un familiar, pero era el tono de desdén del comandante lo que le había molestado. Empuñando el mango de Derf sobre sus hombros, le preguntó a Louise:

—¿Puedo encargarme de él?

—Deja de fanfarronear. Sólo porque derrotaste a Wardes no significa que puedas comportarte de forma tan arrogante.

Escuchando la conversación, los ojos del comandante se abrieron de par en par. «¿Wardes? ¿El vizconde Wardes, comandante de la división grifo? ¿Derrotado? ¿Qué significa esto?»

Preocupado, el comandante alzó la varita de nuevo.

—¿Quién demonios sois? Sea como sea, no puedo permitirlos ver a Su Alteza.

El comandante habló en un tono severo. La situación se le estaba escapando de las manos por momentos. Louise miró fijamente a Saito.

—¿Q-Qué?

—¡Es por ti y tus balbuceos que creen que somos sospechosos!

—¡Es todo por culpa de ese barbudo y su maldita actitud!

—Cállate. Deberías haber cerrado la boca.

Observando la extraña escena, el comandante rápidamente vio una oportunidad en todo aquello. La guardia mágica que les había rodeado alzó sus varitas.

—¡Arrestadlos!

Bajo las órdenes del comandante, los guardias estaban a punto de recitar sus encantamientos cuando, de repente...

Una persona ataviada con una capa color púrpura apareció entre las puertas de palacio. Viendo cómo Louise era rodeada por la guardia mágica, corrió hacia ella.

—¡Louise!

Tras ver la figura de Henrietta apresurándose hacia ellos, la cara de Louise resplandeció como una rosa.

—¡Princesa!

Bajo la mirada de la guardia mágica, las dos se abrazaron fuertemente.

—Ah, has regresado sana y salva. Me alegro. Louise, Louise Françoisse...

—Princesa...

Los ojos de Louise empezaron a humedecerse con lágrimas.

—La carta... está a salvo.

Alcanzando el bolsillo de su pecho, Louise sacó la carta lentamente. Henrietta asintió y agarró las manos de Louise.

—Realmente eres mi mejor amiga.

—Sus palabras son demasiado gentiles, princesa.

Sin embargo, tras percatarse de la ausencia de Wales entre los integrantes del grupo, la expresión de Henrietta se volvió sombría.

—Como pensaba... el príncipe Wales se sacrificó por su reino.

Louise cerró los ojos y asintió en silencio.

—¿...pero qué ha pasado con el vizconde Wardes? No le veo. ¿Tomó otra ruta? O quizás... ¿ha caído en las manos del enemigo? Pero se trata del vizconde, no debería...

El rostro de Louise se tornó oscuro. Con mucha dificultad, Saito se lo

explicó a Henrietta.

—Wardes era un traidor, princesa.

—¿Traidor?

Una sombra creció en el rostro de Henrietta. Después, tras percatarse de las atentas miradas de la guardia mágica, Henrietta dio rápidamente una explicación.

—Son mis invitados, comandante.

—Ya veo.

Tras oír eso, el comandante depuso su varita con recelo y ordenó a sus hombres que hicieran lo mismo.

Henrietta se giró hacia Louise de nuevo.

—¿Qué pasó exactamente en vuestro viaje? De todas formas, dirijámonos a mis aposentos antes de continuar. El resto, por favor, descansad en las otras habitaciones.

Dejando a Kirche, Tabitha y Guiche en la sala de espera, Henrietta llevó a Saito y a Louise a su dormitorio. Se sentó en una pequeña y delicada silla, posando sus codos sobre el escritorio.

Louise le explicó la situación a Henrietta.

Cómo Kirche y los otros se unieron a ellos en el camino.

Cómo tomaron un barco con rumbo a Albión y fueron abordados por piratas.

Cómo se dieron cuenta de que el capitán de los piratas era el mismísimo príncipe Wales.

Cómo el príncipe Wales se negó a huir, incluso teniendo oportunidad para ello.

Cómo perdieron el barco debido a su boda con Wardes.

Cómo Wardes desveló su verdadero ser en medio de la boda... matando al príncipe Wales y arrancando de manos de Louise la carta... que fue rápidamente recuperada.

Y cómo Reconquista ambicionaba grandes planes, como unificar Halkinina con el objetivo de liberar las Tierras Sagradas de las manos de los elfos.

Sin embargo, a pesar de que la alianza entre Tristain y Germania estaba asegurada, Henrietta aún se lamentaba.

—Que el vizconde fuera un traidor... ¿Cómo puede ser posible? Tener un traidor entre la guardia mágica...

Mirando la carta que ella misma escribió a Wales, las lágrimas recorrieron sus mejillas.

—Princesa...

Louise sostuvo en silencio la mano de Henrietta.

—Fui yo quien le arrebató la vida al príncipe Wales. No importa cómo lo mires, fui yo quien eligió al traidor que os acompañó...

Saito sacudió la cabeza.

—El príncipe ya tenía planeado quedarse en su reino. No fue culpa de Su Alteza.

—Louise, ¿por lo menos llegó a leer mi carta?

Louise asintió.

—Sí, princesa. El príncipe leyó su carta.

—Entonces, el príncipe Wales seguía pensando en mí.

La princesa sacudió su cabeza afligida.

Louise recordó las palabras de Wales. De una manera muy testaruda le decía que Henrietta no le había pedido que escapara. Era justo como Louise había pensado: una mentira.

—Ah, tras tu muerte ya no hay esperanza. ¿Qué será de mí, amor mío?

Henrietta fue ahogando sus palabras entre sollozos.

—¿Era el honor acaso más importante que yo?

Pero Saito llegó a una conclusión diferente. Wales se quedó no por que quisiera defender su honor. Wales se quedó para no ocasionarle ningún otro problema a Henrietta... y para demostrar que las familias reales de Halkeginia no eran algo que debiera tomarse a la ligera.

—No es lo que piensas, princesa. Fue porque no quiso darle a Tristain ningún problema, por lo que se quedó en su país. Así es como lo veo.

Henrietta miró a Saito sin comprender nada.

—¿Para no darme ningún problema?

—Escapar, como dijo el príncipe, les habría dado la excusa perfecta a los traidores para invadir Tristain. Incluso si el príncipe Wales no hubiera escapado hasta aquí, nos hubieran atacado dada la posibilidad. Pero sin una razón para llevar a cabo la invasión, se puede mantener la paz. A costa de su vida, ha evitado el alzamiento de una guerra.

—Entonces, nunca quiso causarme ningún problema. De verdad...

Henrietta suspiró profundamente, a la vez que miraba a través de la ventana.

Saito recitó lentamente las palabras que recordaba.

—Que luchó con bravura, que murió con coraje... Eso es lo que me pidió que dijera.

Henrietta respondió con una sonrisa vacía. Cuando una princesa, tan bella y delicada como una rosa, se encontraba así, incluso el propio aire se



volvía pesado. A Saito le dolió el corazón al escuchar su suspiro.

Henrietta, que descansaba sus codos sobre la mesa como si de una estatua de mármol delicadamente tallada se tratara, preguntó triste:

—Luchar con bravura, morir con coraje. Ese es vuestro privilegio como hombres. ¿Pero qué hay de aquellos que dejáis atrás? ¿Qué se supone que deben hacer?

Saito se mantuvo en silencio. No tenía nada que decir. Agachó la cabeza y pateó con torpeza el sofá.

—Princesa... Si hubiera intentado persuadir aún más al príncipe Wales...

Henrietta se levantó y sujetó con fuerza la mano de la musitante Louise.

—Está bien, Louise. Has cumplido espléndidamente con tu misión recuperando la carta. No deberías preocuparte por nada, ya que no te pedí que le dijeras que escapara.

Henrietta sonrió levemente.

—Sin el obstáculo que podría haber roto el compromiso, nuestro país será capaz de aliarse con Alemania sin problemas. En estas circunstancias, Albión no lo tendrá nada fácil para invadirnos. La crisis ha pasado, Louise Françoise.

Henrietta dijo eso tan alegremente como pudo. Louise sacó del bolsillo el *rubí del agua* que Henrietta le había dado.

—Tomad, Princesa, os lo devuelvo.

Henrietta sacudió la cabeza.

—Por favor, quedatelo. Es lo menos que puedo hacer para expresar mi gratitud.

—No puedo atreverme a aceptar tal tesoro.

—Debo concederte una apropiada recompensa por mostrar tanta lealtad. Está bien, Louise, pónelo.

Louise asintió y se lo puso en el dedo.

Viendo esto, Saito se acordó del anillo que le había quitado de las manos al príncipe Wales. Cogiéndolo de la parte de atrás de sus pantalones, lo puso sobre las manos de Henrietta.

—Princesa, esto es un recuerdo del príncipe Wales.

Aceptando el anillo, Henrietta ahogó un grito, aturdida.

—¿No es este el *rubí del viento*? ¿Te lo dio el príncipe Wales?

—Sí. En sus últimos momentos me dio el anillo. Me dijo que se lo diera a Su Alteza.

En realidad, Wales ya estaba muerto cuando le quitó el anillo, pero

Saito lo dijo igualmente. Lo contó así creyendo que de esa forma podría sanar el dolor que Henrietta cargaba en su corazón, aunque fuera sólo un poco. Henrietta se puso el *rubí del viento* en el dedo. Resultaba demasiado grande para los dedos, ya que era de Wales, de modo que Henrietta musitó el *hechizo de encogimiento*, el anillo se volvió más y más estrecho amoldándose al dedo.

Henrietta apretó con fuerza el *rubí del viento*. Se giró hacia Saito y le otorgó una tímida sonrisa.

—Gracias, gentil familiar.

Era una sonrisa triste y llena de pena, pero aun así, rebosante de gratitud hacia Saito. Tal era la nobleza de su sonrisa, que Saito quedó embozado por su belleza, pudiendo sólo balbucear incoherentemente.

—Aquel hombre... murió con coraje, ¿verdad?

Saito asintió.

—Sí. Así fue.

Henrietta, mientras miraba el brillante *rubí del viento*, declaró con suavidad.

—Entonces yo... también viviré con coraje.

\*\*\*

En el vuelo desde el palacio real a la academia de magia, Louise permaneció en silencio. No importó cuánto le preguntara Kirche a Louise y a Saito por el contenido de la carta que la princesa le había escrito a Wales. Los dos mantuvieron sus labios sellados.

—Venga, vamos, ¿no me vais a decir siquiera de qué iba la misión? Y el hecho de que el vizconde fuera un traidor... qué chocante.

Kirche miró a Saito con una mirada febril.

—¿Y, sin embargo, te atacó, mi cari?

Saito, mirando de reojo la cara de Louise, asintió.

—S-sí, pero escapó...

—Aun así, ¡es todo un logro! ¿Cuál fue la misión exactamente?

Saito agachó la cabeza. Louise permanecía incluso más callada, y tampoco habló.

Kirche frunció el ceño y se dirigió a Guiche.

—¡Eh, Guiche!

—¿Qué?

Con una flor artificial en su boca, Guiche, que mantenía las distancias, se dio la vuelta.

—¿Sabes qué es lo que la princesa Henrietta os mandó recuperar?



Guiche cerró los ojos y dijo:

—No lo sé. Sólo Louise lo sabe.

—¡Louise, *la Zero*! ¡¿Por qué no me lo dices?! ¡Eh, Tabitha! ¿Tú qué piensas? ¡En serio! ¡A mí me da que me están tomando por idiota!

Kirche sacudió a Tabitha, que estaba leyendo un libro. Mientras era sacudida, su cabeza la seguía y también se sacudía.

Debido a las sacudidas de Kirche, el dragón de viento perdió el equilibrio y deceleró de repente. Guiche, que estaba sentado en su espalda, se desequilibró y cayó hacia el suelo.

—¡Aaahhh! —gritó mientras caía, pero como era Guiche, nadie se dio cuenta. A medio camino, sacó su varita y usó *levitación*, por lo que flotó lentamente, evitando así su muerte.

Louise se desequilibró también, pero Saito la alcanzó suavemente y la sujetó por la cintura con la mano, aguantando su cuerpo. Al ver la mano de Saito en su cintura, Louise se sonrojó. «Esta mañana, cuando escapábamos de Albion, Saito me besó. Aquella vez fingí estar dormida. Pero, ¿por qué? ¿Por qué fingía estar dormida? Puede que sea amor... Aun así no quiero admitirlo, porque Saito es mi familiar. Y lo que es más importante, no es un noble».

Querer a una persona que no fuera un noble es hasta difícil de imaginar. ‘Los nobles y los plebeyos son dos clases de personas diferentes’. Louise había crecido convencida de aquello y su inquietud se convirtió en perplejidad. «De cualquier forma, el que esos sentimientos sean o no ciertos no tiene importancia en ese momento».

Al final, sintiendo la mano de Saito moviéndose alrededor de su cintura, Louise gritó con voz enfadada:

—¡M-maldito perverso! ¡Me voy a enfadar!

—Parecía como si te fueras a caer, como Guiche —contestó Saito, con la cara igual de sonrojada.

—Está bien, si quien se cae es Giche no importa, sólo es Guiche —respondió Louise, que aún se encontraba desconcertada.

—A-así es, no pasa nada si se cae, sin embargo sería problemático si tú te cayeses, ya que no puedes usar magia.

—¿Eres un simple familiar y aun así te permites insultar a tu maestro?

Louise cogió aire de un modo repentino y apartó la mirada de golpe. Sin embargo, no parecía enfadada.

—Eres demasiado atrevido. Hmph.

A pesar de que Louise refunfuñaba y se quejaba, no intentó apartar la mano de Saito. Al contrario, se pegó a ella, acurrucándose contra su cuerpo. Incluso así mantenía la mirada apartada. Saito le echó una breve mirada al

rostro.

Sus blanquecinas mejillas estaban débilmente teñidas de rosa y estaba mordiendo suavemente el labio inferior. Aunque Henrietta era hermosa... Louise era también increíblemente bella, pensó. Acerco la mano a la cadera aún más y sintió cómo la cintura y los muslos se apretaban más contra su cuerpo.

Fue en ese preciso instante cuando Kirche se giró y musitó en voz baja:

—¿Desde cuándo os habéis pegado de esa forma vosotros dos?

Louise, dándose cuenta de lo que parecía, se sonrojó con un tono rojo furia y mandó al empanado Saito a volar de un empujón.

—¡No ha pasado nada, idiota!

El grito de Saito le perseguía mientras caía, pero antes de que alcanzara el suelo, Tabitha, que estaba leyendo un libro, movió la mano con delicadeza y le lanzó el hechizo *levitación*.

Saito aterrizó suavemente en los llanos y vio a Guiche, que había caído antes, andando por el camino con cara amarga.

Entonces Guiche paró y se dirigió a Saito con su acostumbrado tono estirado.

—Tú también te has caído, ¿verdad?

Saito respondió con voz cansada.

—Me han empujado.

—N-no van a venir, ¿verdad?

Saito miró hacia el cielo, aquel cielo azul en cuyo horizonte desapareció rápidamente el dragón de viento.

—Parece que no.

—Tendremos que ir andando. Prepárate, nos llevará medio día a pie.

Cabizbajo, Guiche comenzó a andar. Saito no estaba seguro de por qué, pero, de alguna forma, se sintió impresionado.

—Por cierto, tú... em... bueno... Hay algo que quiero preguntarte. Por favor, contéstame.

Guiche musitaba a Saito mientras jugueteaba nerviosamente con su rosa artificial.

—¿Eh?

—Su Alteza... bueno... ¿Ha dicho algo sobre mí? ¿Es verdad que me recompensará tras la misión con la carta en la que pone el lugar y la fecha de la cita secreta que prometió?

Por un momento, Saito sintió lástima por Guiche. Henrietta ni siquiera había mencionado en su conversación.

—Vamos.

Saito, fingiendo no haber oído nada, aceleró el paso. Guiche le seguía por detrás.

—Bueno, ¿es cierto el rumor?

—Venga, andemos. Es bueno para la salud.

—¿Q-qué? T-tú... S-Su Alteza... Yo...

Bajo el cálido sol, los dos continuaron su camino dirección a la academia de magia.

\*\*\*

La fortaleza de Newcastle, antes conocida como un gran baluarte, ahora no era más que una trágica ruina. A pesar de que resistió el ataque, se había convertido en una escena espantosa.

Las paredes del castillo, que fueron repetidamente atacadas por hechizos y fuego de cañón, se convirtieron en una pila de escombros, y los cadáveres, quemados hasta el punto en el que nadie podría reconocerlos, estaban esparcidos por el suelo.

Aunque el asalto había sido corto, los rebeldes (bueno, Albión había perdido a su rey, por lo que Reconquista era el nuevo gobierno) sufrieron un daño bastante considerable. Por un total de trescientos soldados reales, cayeron dos mil rebeldes. Y un añadido de cuatro mil soldados fueron heridos. Era difícil llamar a eso una victoria, dadas las estadísticas.

Ya que la fortaleza estaba situada en los límites del continente flotante, sólo era posible atacarla desde una dirección. Antes de que Reconquista consiguiera atravesar a los guardias, fueron repetidamente golpeados con magia y fuego de cañón, recibiendo considerables bajas.

Aun así, al final, ganaron debido a su superioridad numérica. Una vez atravesadas las murallas, la defensa del rey era frágil. Sólo los magos del rey quedaron para combatir a los soldados, pero el número de magos era incomparable al de los soldados de Reconquista, por lo que fueron gradualmente asesinados, uno por uno, hasta que todos perecieron.

Aunque el daño que proporcionaron al enemigo fue espectacular... el precio fue la aniquilación del ejército del rey. Aniquilación literal, porque el séquito real luchó hasta caer el último hombre.

En otras palabras, la batalla final de la guerra civil de Albión, el asalto a la fortaleza de Newcastle, donde los soldados reales estaban en desventaja numérica de cien a uno, y aun así infligieron un daño equivalente a diez veces su número, se convirtió en una leyenda.

\*\*\*

Dos días después de que acabara la guerra civil, bajo el sol abrasador y entre los cadáveres y escombros, un aristócrata inspeccionaba el viejo campo de batalla de Albión. Su sombrero estaba orientado hacia un lado y vestía un inusual atuendo: el uniforme de la guardia real mágica de Tristain. Se trataba de Wardes.

Una maga cubierta con una capucha se situó a su lado. Era Fouquet, *de la Tierra Derribada*. Había escapado a Albion a bordo de un barco de La Rochelle. La noche anterior, se había reunido con Wardes en un bar en Londinium, la capital de Albión, y ahora le había seguido hasta el campo de batalla de Newcastle.

Alrededor de ellos, los soldados de ‘Reconquista’ estaban buscando tesoros. Un grito de alegría surgió de la tesorería cercana: parece ser que habían encontrado unas cuantas monedas de oro.

Un mercenario con una pica sobre su hombro estaba apilando los cadáveres en una montaña cerca de la basura, como decoración para el jardín. Cuando encontró una varita mágica, lloró de alegría.

Fouquet, que observaba la escena con desaprobación, chasqueó la lengua en tono de disgusto. Dándose cuenta de la expresión de Fouquet, Wardes se rió fríamente.

—¿Cuál es el problema, Fouquet, *de la Tierra Derribada*? ¿No son tus camaradas hombres en busca de tesoros? ¿Arrebatarnos sus posesiones a los nobles no era parte de tu trabajo?

—No me compares con ellos. No tengo interés alguno en las riquezas de la gente muerta.

—Un ladrón moralista —dijo Wardes, tras lo cual se rio.

—No me interesan estos objetos. Sólo robo cosas de valor, porque me encanta ver la cara de desesperación de los nobles. Pero esta gente...

Fouquet miró de reojo al cadáver de un mago de la guardia real.

—Está bien, está bien, no te enfades.

—Supongo que la realeza nobiliaria de Albión son tus enemigos. ¿No has deshonrado, en nombre de la familia real, a tu propia familia?

Al escuchar las exageradas palabras de Wardes, Fouquet recuperó su compostura y afirmó fríamente:

—Bueno, a veces suelen ocurrir accidentes.

Entonces Wardes se dio la vuelta. Le habían amputado la parte inferior al brazo izquierdo. La manga del uniforme ondeaba al viento.

—Parece que fue una dura batalla para ti también.

Wardes contestó sin variar el tono.

—Un brazo a cambio de la vida de Wales, yo diría que es un coste bastante bajo.

—Tiene que ser muy fuerte ese ‘Gandálfr’ para ser capaz de arrebatarse el brazo a un mago de viento cuadrangular, como tú.

—Le subestimé por ser un plebeyo.

—No seas así. Hasta destruyó mi golem. Aun así, nada en este castillo podría haber sobrevivido.

Cuando Fouquet dijo aquello, Wardes sonrió fríamente.

—Después de todo, es Gandálfr. No hay informes de que los soldados lucharan contra alguien así. Quizá, después de nuestra batalla, se le agotaron las energías y fue confundido con un plebeyo cualquiera. Probablemente, el soldado que mató a Gandálfr ni siquiera se dio cuenta de que era el familiar legendario.

Fouquet, no muy convencida, resopló. La imagen de Saito, un chico con apariencia extraña, flotaba en su mente. ¿Podía realmente morir así de fácil?

—¿Y dónde está esa carta?

—En algún lugar de por aquí.

Wardes señaló al suelo con el bastón. En aquel sitio, hace dos días, estaba la capilla. El lugar donde Wardes y Louise trataron de contraer matrimonio y donde Wales perdió la vida.

Ahora, sin embargo, no era más que una pila de escombros.

—Hm, esa niña de la Vallière... tu ex-prometida... ¿llevaba la carta encima?

—Exacto.

—¿Dejaste que muriera? ¿No la amabas?

—La amara o no, ya había olvidado esos sentimientos hace mucho —sentenció Wardes con voz neutra.

Alzó el bastón y lanzó un hechizo. Un pequeño tornado comenzó a recoger los escombros.

Gradualmente, el suelo de la capilla quedó al descubierto.

Entre el retrato del Fundador Brimir y una silla se encontraba el cadáver de Wales. Estaba sorprendentemente intacto.

—Mira, ¿no es aquel nuestro querido príncipe Wales? —dijo Fouquet con tono de sorpresa. Fouquet, que una vez había pertenecido a la nobleza de Albión, recordaba la cara de Wales.

Wardes ni siquiera miró los restos del hombre que había matado. En



vez de eso, buscaba atentamente los cadáveres de Louise y Saito.

Sin embargo, no los encontraba por ningún sitio.

—¿Estás seguro de que murieron aquí?

Mientras musitaba aquello, Wardes empezó a inspeccionar los alrededores con cuidado.

—Mira, ¿no es ese ‘La visita del Fundador Brimir’ de George de la Tur? Fouquet recogió el cuadro del suelo.

—Creo que es una reproducción. Y ahora que lo pienso, la capilla de este castillo debe de haber sido construida en su honor, ¿no?

Fouquet, después de haber recogido la pintura, descubrió un gran agujero en el suelo, y llamó al vizconde.

—Eh, Wardes, ¿qué es este agujero?

Este, con el ceño fruncido, escudriñó el agujero que Fouquet le había indicado. Llegó a la conclusión de que debía haber sido excavado por un topo gigante, el familiar de Guiche. En sus mejillas, era capaz de sentir la brisa que emanaba del agujero.

—¿Podiera ser que la hija de la Vallière y Gandálfr escaparan por este agujero? —señaló Fouquet.

Y así era. La cara de Wardes se contorsionó de ira.

—¿Deberíamos perseguirlos?

—Es inútil. Si hay corriente, es que debe de estar conectado con otra salida —contestó exasperado. Al verle así, Fouquet sonrió.

—Parece ser que eres capaz de usar expresiones faciales. Y yo que pensaba que eras un hombre sin emociones... como una gárgola. ¿Por qué, por qué tienen que reflejarse las emociones en tu cara? —se mofó.

Al oír esto, Wardes se levantó.

En la distancia apareció una persona, interrumpiendo su conversación.

Dijo en tono alegre y cristalino:

—¡Vizconde Wardes! ¿Todavía no has encontrado la carta? La carta... ¿de qué iba? Uh... ¡Ah! La carta de amor que Henrietta le dio a Wales, nuestro seguro capaz de evitar la unión de Germania y Tristain. ¿La has encontrado?

Sacudiendo la cabeza, Wardes respondió al hombre que acababa de aparecer.

El hombre se encontraba en sus treinta y pocos. Llevaba un solideo redondo y un manto verde. A primera vista, se podría decir que era un clérigo. Sin embargo, también guardaba cierto parecido con un soldado debido a su larga nariz aguileña y sus avispados ojos azules. El pelo rubio y rizado manaba de los bordes de su gorro.

—Su Excelencia, parece ser que el portador de la carta ha escapado

por este agujero. Es culpa mía, me arrepiento profundamente de mi error. Por favor, encomiéndeme el castigo que crea necesario.

Wardes se arrodilló, agachando la cabeza.

El hombre al que se había dirigido como 'Su Excelencia' se acercó a Wardes y le palmeó el hombro, con una sonrisa amistosa en su cara.

—¿Qué estás diciendo? ¡Vizconde! ¡Has hecho un trabajo excelente! ¡Sin ninguna ayuda fuiste capaz de derrotar al valiente general enemigo! ¿No es ese de ahí nuestro querido príncipe Wales? ¡Estate orgulloso! ¡Le has derrotado! Aparentemente me detestaba demasiado... Pero al verle así, siento como un pequeño lazo entre nosotros. Ah, es cierto. Una vez muerto, todo el mundo se convierte en amigo.

Las mejillas de Wardes se encogieron levemente al notar el sarcasmo al final del discurso. Rápidamente recuperó su compostura, y una vez más repitió su disculpa al oficial superior.

—Aun así, la misión de obtener la carta de Henrietta que Su Excelencia solicitaba ha acabado en un fracaso. Lamento no haber sido capaz de cumplir las expectativas de Su Excelencia.

—No te martirices. Comparado con obstruir la alianza, la muerte de Wales era bastante más importante. Los sueños son algo que deben conseguirse firmemente, paso a paso.

Entonces, el hombre en el manto verde se dirigió a Fouquet.

—Vizconde, por favor, preséntame a esta bella mujer. Siendo un sacerdote, es inapropiado dirigirme así a una señorita.

—Fouquet observó al hombre. Delante de sus ojos, Wardes se había postrado profundamente ante él. A pesar de aquello, a ella no le gustaba.

Tenía una extraña atmósfera rodeándole. Un aura siniestra irradiaba de los recovecos de su toga.

Wardes dio un paso atrás y presentó Fouquet al hombre.

—Su Excelencia, esta es Fouquet, *de la Tierra Derribada*, ante la cual todos los nobles de Tristain se estremecían.

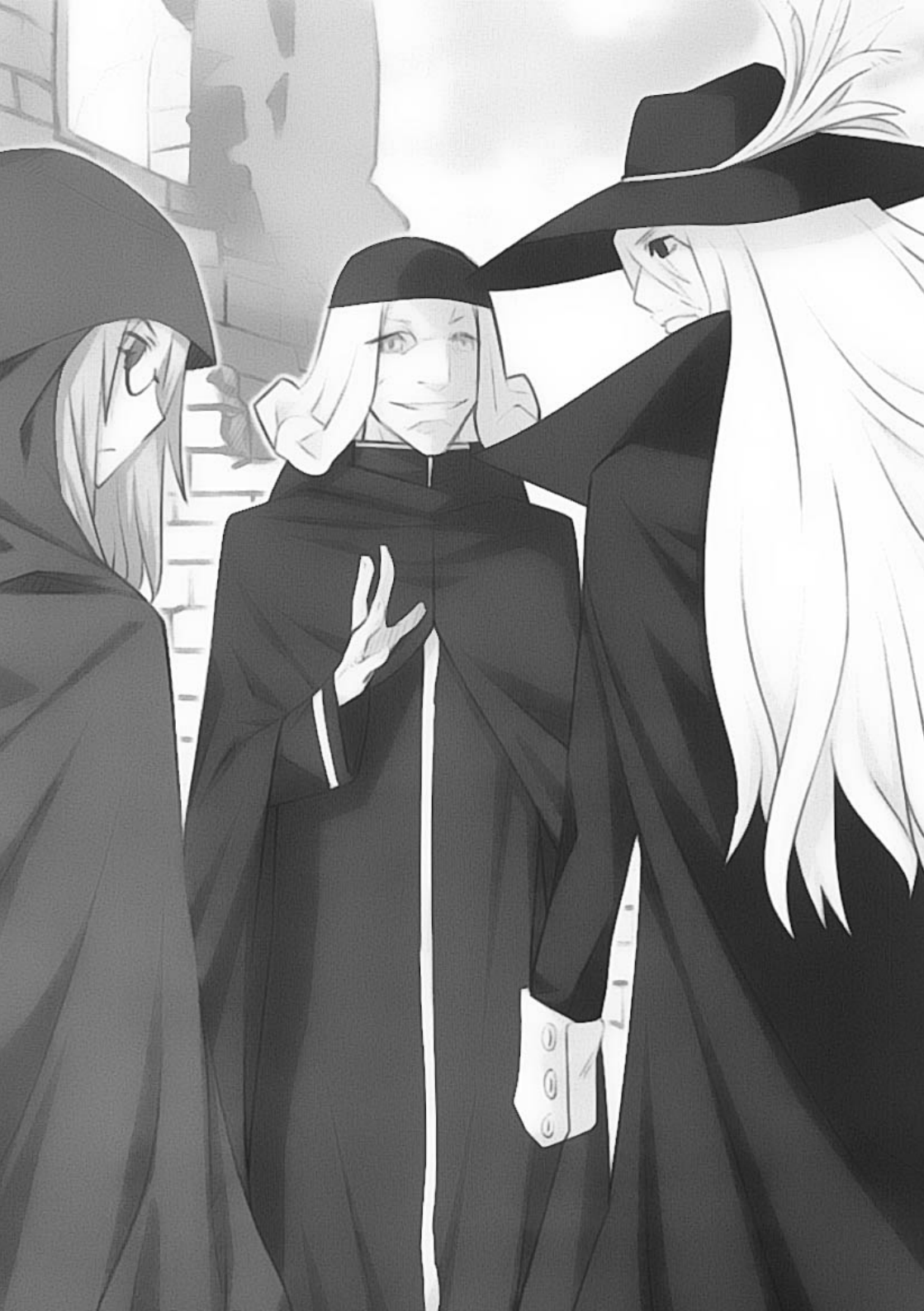
—¡Oh! ¡He escuchado los rumores! Encantado de conocerte, señorita Saxe-Gotha.

Al escuchar el nombre nobiliario que había abandonado hacía tiempo, sonrió.

—¿Ha sido Wardes quien te ha dicho ese nombre?

—Así es. Él lo sabe todo acerca de los nobles de Albién. Genealogía, escudos de armas, propiedades... Es difícil para un obispo como yo recordarlo todo. Oh, no retrasemos mi presentación.

Abriendo ampliamente los ojos y colocando la mano sobre el pecho...



—El primer general de Reconquista, Oliver Cromwell, a su servicio. Ya ves, al principio era simplemente un obispo. Aun así, debido al voto del consejo nobiliario, fui seleccionado como primer general y debía dar lo mejor de mí mismo. A pesar de que soy un obispo que sirve al Fundador Brimir, es mi deber 'guiaros' en estos tiempos oscuros, ¿verdad? Si es menester, usaré la fe y el poder conseguir un futuro mejor.

—Su Excelencia, ya no es el primer general, sino el...

—Emperador, vizconde.

Cromwell se rio. Aun así, los ojos no cambiaron.

—Ciertamente, hubiera sido magnífico evitar la unión de Tristain y Germania, pero hay cosas más importantes. ¿Me entiendes, vizconde?

—Los pensamientos de Su Excelencia son tan profundos que un simple y ordinario hombre como yo no puede llegar a comprenderlos.

Cromwell abrió aún más sus ojos, levantó ambas manos y empezó a hablar con gestos exagerados.

—¡Unidad! ¡Unidad de acero! ¡Halkeginia somos nosotros, una unión de nobles elegidos que recuperarán las Tierras Sagradas de manos de los elfos! ¡Es la misión que nos encomendó el Fundador Brimir! 'Unidad' es nuestro deber número uno. Por tanto, vizconde, confío en ti. No es delito fallar en algo tan trivial.

Wardes hizo una profunda reverencia.

—Para esta gran misión, el Fundador Brimir nos ha bendecido con un poder especial.

Fouquet alzó las cejas. «¿Poder? ¿De qué clase de poder está hablando?»

—Su Excelencia, ¿Qué clase de poder ha compartido el Fundador Brimir con vos? Si no hay problema en ello, me gustaría saberlo.

Cromwell continuó arrastrando las palabras, cautivo en su propio teatro.

—¿Sabes cuáles son los grandes cuatro elementos de la magia, señorita Saxe-Gotha?

Fouquet asintió. Incluso un niño sabía esas cosas. fuego, aire, agua y el cuarto, tierra.

—Además de los cuatro elementos, hay otro elemento mágico. El elemento que usó el Fundador Brimir. El elemento cero. En realidad, fue el primero de todos los elementos.

—El elemento cero... ¿Vacío?

Fouquet se puso pálida. La magia de la nada, que como decían las leyendas oscuras, desapareció. ¿Sabía este hombre algo sobre el elemento cero?

—Ese es el poder que me concedió el Fundador Brimir. Por esa misma razón, el consejo nobiliario aceptó nombrarme emperador de Halkeginia.

Cromwell señaló el cadáver de Wales.

—Wardes. Siempre quise que el príncipe heredero Wales fuera mi amigo y aliado. Pero, lamentablemente, en vida decidió ser mi más ferviente enemigo. Sin embargo, ahora que está muerto se convertirá en un gran aliado. ¿Crees que hay algo de malo en ello?

Wardes sacudió la cabeza.

—Nunca debió oponerse a las decisiones de Su Excelencia.

Cromwell sonrió de forma burlona.

—Bueno, pues señorita Saxe-Gotha... voy a mostrarte el elemento del 'vacío'.

Fouquet contuvo el aliento mientras observaba los movimientos de Cromwell. Cogió el bastón que llevaba atado a su cintura.

Una leve y silenciosa aria salió de su boca. Estaba recitando palabras que nunca antes había escuchado.

Cuando el aria estuvo completa, Cromwell apuntó el bastón con delicadeza al cuerpo de Wales.

Después, de repente, Wales, cuyo cuerpo se encontraba sin vida, abrió los ojos. Un escalofrío recorrió la espalda de Fouquet.

El Príncipe se levantó lentamente. La cara que una vez había perdido el riego sanguíneo regresó a la vida. Como una flor seca absorbiendo agua, el cuerpo del joven fue gradualmente imbuyéndose de vigor.

—Buenos días, príncipe heredero —dijo Cromwell en voz baja. El revivido Wales le devolvió a Cromwell la sonrisa.

—Ha pasado mucho tiempo, arzobispo.

—Qué grosero. Ahora soy emperador, amigo mío.

—¿Es eso cierto? Me disculpo entonces, Su Excelencia.

Wales se arrodilló, tomando postura de vasallo.

—Creo que a partir de ahora serás mi escolta personal, Wales.

—Será un placer.

—Seamos amigos, pues.

Cromwell empezó a andar. Wales, que no parecía como si hubiera estado muerto minutos atrás, le siguió. Entonces Cromwell, como si hubiera recordado algo, se detuvo y dijo:

—Wardes, no te preocupes. Incluso si la alianza se consolida, no hay de qué preocuparse. Tristain no tiene alternativa. No hay cambio alguno en los planes.

Wardes hizo una reverencia.

—Hay dos caminos en la diplomacia: el bastón y el pan. Démosle un cálido trozo de pan a Tristain y Germania por el momento.

—Como desee.

—Tristain es un territorio que debemos anexionar. La familia real está en posesión del libro de oraciones del Fundador. Lo necesito en mi poder para conquistar las Tierras Sagradas.

Tras decir esas últimas palabras y asentir con aprobación, Cromwell se retiró.

\*\*\*

Fue sólo después de que Cromwell y Wales estuvieron fuera de su vista que Fouquet abrió la boca.

—¿Eso... era... era el vacío? Revivir a los muertos. Es imposible.

Wardes habló en voz baja.

—El elemento vacío manipula la vida... Eso es lo que dijo Su Excelencia. Y parece tener razón, incluso aunque ni siquiera yo me lo termino de creer. Tras ver esto... ¿Cómo podría no hacerlo?

Fouquet preguntó a Wardes con voz temblorosa:

—Hace un rato actuabas de una manera muy similar. ¿Quizá tú también has sido afectado por la magia del vacío?

Wardes se rio.

—¿Yo? Yo soy diferente. Este es el resultado de la triste vida que me tocó al nacer.

Tras aquello, Wardes dirigió su mirada hacia el cielo.

—Sin embargo... montones de vidas han sido sacrificadas por la Tierra Sagrada del Fundador... ¿Qué pasaría si todas ellas fueran revividas por el elemento del vacío?

Asustada, Fouquet se apretó el pecho. Sintió un suave latido. De repente, había sentido la necesidad de confirmar que estaba viva.

—No lo mires de esa forma, sólo era mi imaginación. Podrías incluso llamarlo fantasía.

Fouquet suspiró, aliviada. Entonces miró a Wardes.

—Estaba sorprendida, eso es todo.

—Aun así, yo mismo quiero saberlo. ¿Es sólo fantasía o realidad? La respuesta se encuentra en las Tierras Sagradas... eso es lo que creo.

\*\*\*

Tres días después de que Saito y compañía regresaran a la Academia de Magia, el matrimonio entre la princesa tristainiana Henrietta y el emperador germano Albrecht III fue anunciado oficialmente. La ceremonia tomaría lugar el siguiente mes, antes del cierre de la alianza militar, que se realizaría en la capital de Germania, Vindobona, donde el acuerdo debería ser firmado por el primer ministro de Tristain, el Cardenal Mazarin.

El día siguiente al anuncio de la alianza, el nuevo gobierno de Albión fue oficialmente establecido. En un instante se incrementaron las tensiones entre ambos países, pero el primer emperador Cromwell, máximo mandatario del reino de Albión, envió un mensaje especial a Tristain y a Germania a la vez, para firmar un pacto de no agresión.

Como resultado, ambos países se reunieron. Incluso si las dos naciones combinaran su fuerza aérea, no podrían oponerse a la flota de Albión. A pesar de que el pacto de no agresión se sentía como una daga apuntando al cuello, los dos países no tuvieron mucha alternativa, y esta oferta era lo mejor que podían esperar.

Aun así, la paz se estableció en Halkeginia sólo en la superficie. Los políticos apenas podían dormir. Y no sólo los nobles, los plebeyos también lo vivían día a día.

Y la academia de magia de Tristain no era una excepción.

## Capítulo 2

### Louise, enferma de amor

La actitud de Louise comenzó a cambiar una mañana después de regresar de Albién. Hablando sin rodeos, era simpática.

Como de costumbre, Saito preparaba la palangana para Louise después de levantarse. Vertía el agua, luego lavaba la cara de Louise. Era fastidioso, pero si Saito olvidaba prepararla las consecuencias serían peores. En una ocasión Saito se le olvidó preparar la palangana y no le permitió comer.

A la mañana siguiente estaba muy enfadada, así que él cogió una rana del estanque que estaba detrás de la academia de magia y la colocó en el recipiente. Louise, que odiaba las ranas, chilló al ver a esa cosa babosa. Después se echó a llorar cuando de repente se puso enfrente de ella. Al final Saito se deshizo en disculpas, pero Louise no le perdonó por hacerla llorar. En esta ocasión, Louise trató de azotar al insatisfecho y hambriento Saito y como resultado escapó de la habitación y durmió afuera.

Solían discutir como aquella ocasión del lavabo, aunque después de haber ido a Albién algo cambió. Dentro de Louise brotaron sentimientos cálidos por Saito y viceversa. Sin embargo, no se daban cuenta de los sentimientos de cada uno.

Saito preparó la palangana por la mañana; se sentía ligeramente incómodo. Louise estaba sentada en su cama, adormilada.

Con la palangana colocada en el suelo Saito cogía agua con ambas manos, pero Louise no se movía. Su pelo rubio rosado caía por su rostro. Se frotó los ojos aparentemente cansada. Con una expresión ausente dijo:

—Déjalo ahí, lo haré por mí misma.

Saito se quedó atónito. No pensaba que las palabras 'lo haré por mí misma' vinieran de los labios de Louise.

—¿Louise?

Saito hizo un gesto con la mano delante de su cara. Louise hizo pucheros y le dio la espalda. Se sonrojó.

—Lo haré yo misma, déjame sola —dijo al enfadarse.

Louise bajó las manos hacia la palangana, cogió agua, movió su cabeza y se lavó la cara. El agua salpicó por todas partes.

—Así que eres de esas que les gusta mover su cabeza mientras se la lavan, ¿eh?

Louise se quedó sorprendida por el comentario de Saito. Su rostro se sonrojó y se enfadó.

—¿Ti-tienes algún problema con ello?



—No, para nada.

En ese momento, cogió la ropa del armario de Louise y la puso en su cama boca abajo, mientras ella se ponía sus bragas. Saito se dio la vuelta sosteniendo el uniforme de Louise, pensando que ya había acabado. El siguiente paso era vestirla.

Cuando Saito se dio la vuelta, Louise, que tenía sólo las bragas puestas, entró en pánico y se cubrió con las sábanas.

—Deja la ropa ahí —dijo Louise con media cara tapada por las sábanas.

«¿Qué ha pasado?» pensó Saito. «Normalmente diría algo como ‘rápido, vísteme’ con su cara somnolienta. Y además se esconde tras las sábanas. Normalmente no le importaría que la vieran así. ¿Por qué se siente vergonzosa tan de repente?

—Déjalo ahí.

—Mm... ¿estás segura?

Louise asomó la cabeza por encima de las sábanas.

—¿Dije que lo dejaras ahí, ¿no?!

Después cubrió la mitad de su rostro de nuevo y miró a Saito.

«Esto es extraño» pensaba Saito mientras colocaba la ropa junto a Louise, tal y como le había dicho.

—Mira a ese lado.

—¿Eh?

—Dije que miraras a ese lado.

Parecía como si fuera ese tipo de personas que no quieren que las vean mientras se cambian. Es una reacción normal en las chicas adolescentes, sin embargo Louise antes se había sentido cómoda siendo vista.

Saito se dio la vuelta, pensativo. «¿Qué demonios ha ocurrido?»

En fin, habían ocurrido muchas cosas en Albión. Su prometido había traicionado a Henrietta, su mejor amiga de la infancia y a ella misma. Perdió a su amante. Fue una experiencia horrible para Louise. Tal vez estos hechos la habían cambiado.

¿Realmente Louise había cambiado?

Saito recordó con un rostro inexpresivo el tacto de los labios de Louise. Besó suavemente a la chica semidormida en la boca mientras volaban en el dragón. Sabía que besar a alguien mientras dormía era cobarde y era algo que no debía haber hecho, pero no pudo controlarse. Se preocupaba mucho por ella.

«¿Podría ser que Louise supiera lo del beso?» pensó Saito. «No cambió porque sintiera que fuera peligroso y pensara que yo iba a pedirle una cita,

¿verdad?»

Saito detuvo sus pensamientos abruptamente y sacudió la cabeza. Si Louise hubiera despertado en ese momento no se hubiera quedado quieta. Se habría levantado. Se hubiera enfadado. Le hubiera maltratado. Cualquier síntoma de armonía habría estallado en pedazos.

«Momentos como la ocasión en la que me acerqué a su cama estuvieron mal, ¿no es así? Un perro. Eso soy yo, un perro. Un perro arrastrado atado a una cadena y que ladra. Ah, ahora me doy cuenta» se percató Saito finalmente. «Se siente incómoda porque hace dos noches cuando dejamos Albión me acerqué a su cama mientras dormía. Después de todo el beso no tenía nada que ver. Ah, es por eso por lo que no quiere más mi ayuda».

Saito se sentía un poco desanimado. En efecto, estaba profundamente arrepentido. Ojalá no hubiera hecho esas cosas. «No quiere que le haga nada. Bueno, eso es natural, pero significa que yo no le gusto. Supongo que también es algo natural».

—Es algo natural... pero triste —susurró.

«¿Un rayo de esperanza? No, ninguno. Louise no me quiere. Sólo soy un familiar. A fin de cuentas sólo he sido el familiar más peligroso. Un mal familiar que se transforma en un lobo por la noche. Una barrera que ya se ha erigido entre nosotros».

Comenzaron a agruparse nubes oscuras. La esperanza susurraba desesperadamente dentro del corazón de Saito.

«Pero durante la vuelta a casa se acurrucó conmigo en el dragón, ¿cierto?»

La desesperación en su corazón respondió con frialdad.

«Eso sólo fue mi imaginación. Me tiró del dragón cuando Kirche dijo eso, ¿verdad? Ah, es cierto. No estoy equivocado. Louise no piensa para nada en mí».

La miseria invadió a Saito cuando se dio cuenta de lo que sentía por Louise. Posee una personalidad entusiasta y una vez entusiasmado lo daba todo, pero cuando se deprimía, lo hacía profundamente.

—¿Qué es lo que susurras?

No advirtió que estaba susurrando. Cuando se giró Louise, que ya había acabado de cambiarse, le miró con cara de duda.

Después de apenas veinte minutos de pensamientos, al final llegó a su conclusión.

—Lo siento, no volveré a hablar conmigo mismo —replicó desanimado, con voz enfermiza.

—Sí, es algo repugnante.

Louise se marchó, mirando dudosa a Saito.

—Venga, vamos a desayunar.

—Sí.

Saito la siguió, deprimido.

\*\*\*

Ocurrió algo sorprendente en el comedor de Alvis. Saito estaba sentado en el suelo como siempre, aunque su plato de sopa no estaba allí. Comenzó a impacientarse.

«¿Hice algo a Louise para enfadarla lo suficiente como para que no me deje comer? No, no creo».

La pasada noche informaron a Osman después de que los cinco regresaran de la academia. Osman tuvo noticias de Henrietta y los elogió y agradeció por sus esfuerzos. Luego regresaron a sus habitaciones y rápidamente cayeron dormidos. Saito no había hecho nada para hacer enfadar a Louise.

Con una mirada triste en el rostro él miró a Louise, que estaba sentada en una silla. Comenzó a ruborizarse.

—De ahora en adelante comerás en la mesa —dijo mientras se alejaba.

—¿Eh? —miró Saito fijamente a Louise. Fue algo muy inesperado por su parte.

—Vamos, siéntate, rápido.

Se sentó al lado de Louise, atónito. Mailcorne, quien siempre se sentaba ahí y había cogido un resfriado, comenzó a protestar.

—Eh, Louise, ese es mi asiento. ¿Esto significa que vas a permitir a tu familiar sentarse?

Louise miró a Mailcorne.

—Si no tienes asiento sólo ve y coge una silla.

—¡No juegues conmigo! ¿Dejar a un plebeyo familiar sentarse y tener yo que ir a por una silla? ¡Eso no está bien! ¡Eh, familiar! ¡Largo! ¡Es mi asiento! ¡Esta es una mesa para que cenén los nobles!

El gordito Mailcorne intentó parecer intimidante si bien temblaba ligeramente. Ese era el familiar legendario que supuestamente derrotó a Guiche y capturó a Fouquet. Y es más, parecía que había cumplido alguna increíble misión mientras estaban fuera de la academia los dos días anteriores. Mailcorne estaba cubierto de sudor frío cuando dijo a Saito que se largara. Y éste, que estaba de bajón debido a la pared erigida entre Louise y él, reaccionó a la voz molesta. Se puso en pie y agarró el collar de Mailcorne.

—Eh, gordito, ¿qué has dicho? —susurró con voz amenazante, agarrándole sin mucha fuerza. Mailcorne, aterrado, dejó el papel y sacudió la cabeza repetidamente.

—¡¿E—eh?! ¡Nada, no dije nada! No quise decir eso, señor. ¡Cre-crée-me! ¡No quise decir eso, señor!

—Entonces ve y coge una silla. Vamos a comer felices, juntos.

Mailcorne marchó a toda prisa a coger una silla. Louise, con una mirada despreocupada, estaba esperando a la oración de antes del almuerzo.

«Me pregunto qué ocurrió. ¿Qué tipo de cambio en su corazón es éste? ¿Por qué se comporta tan amablemente? Seguramente hay una razón. No» pensó. «El viaje a Albión cambió a Louise. Debe ser que después de ver a la gente herida y asesinada comenzaron a florecer esos sentimientos cálidos en su interior».

Esto hizo que Saito recordara la historia del general Tokugawa Tsunayoshi de la era Edo y sus leyes de compasión hacia los animales. El perro shogun se apiadó de un perro callejero y castigaba a todos aquellos que lo lastimaban.

«Eso es todo. Las leyes para ser compasivos con los animales fueron establecidas en Tristain. La pionera de la ley: Louise Françoise Le Blanc de la Vallière. Su objetivo: familiares, también conocidos como perros; yo mismo en otras palabras».

Saito detuvo su imaginación y miró a Louise cálidamente.

«Te has vuelto más amable ¿no es así Louise? Más como una chica. Estás tan deslumbrante. Siendo tan amable con alguien como yo. Estás creciendo como una niña. Estaré muy pendiente de ti, no pondré jamás una mano sobre ti. Te protegeré hasta que regrese a la Tierra. Incluso si no te gusto me alegra que seas tan agradable conmigo».

Saito sonrió cálidamente. Su resplandor se mezclaba con la tristeza y desesperación. Louise notó que Saito la miraba fijamente y se sonrojó.

—¿Por qué me miras de esa forma?

Al darse cuenta de la forma vil en que miraba a Saito apartó la mirada y apretó los puños sobre las rodillas.

«Escucha con atención, Saito. Los nobles no son perros como tú. Comparado con Louise, quien es preciosa y pura, eres un lunar parasitario.

No hay forma de que un lunar pueda mirar a una linda chica de forma decente».

Los pensamientos se repetían en su cabeza. El patetismo consumió rápidamente a Saito como un pantano sin fondo.

—Perdona por ser tan repulsivo —susurró Saito, obedientemente.

Louise giró la cabeza a otro lado rápidamente.

«Mm, debe pensar que soy raro. La ama piensa que este lunar es raro».

Saito miró con ojos apagados la comida del plato. Era una comida de lujo y los colores parecían desvanecerse ante sus ojos. La oración habitual procedió y comenzó el desayuno. Saito comió silenciosamente. Estaba delicioso, pero se sentía tan abatido que no pudo saborearlo.

\*\*\*

Cuando Louise entró en clase sus compañeros rápidamente la rodearon. Había rumores de que habían estado en un peligroso viaje y que habían logrado grandes hazañas durante su ausencia.

La verdad es que un número de estudiantes miraban el espectáculo cuando el líder de la brigada de defensa mágica había marchado. No era un momento de sosiego. Todos estaban ansiosos de saber qué había ocurrido y también le habrían preguntado durante el desayuno, si no fuera por los profesores.

Kirche y Tabitha ya estaban sentadas. Ellas también fueron rodeadas por un grupo de estudiantes.

—Eh. ¿Adónde fuisteis todos cuando tú y Louise no estabais en clases? —preguntó Montmorency, agarrando el brazo de Kirche.

Montmorency echó un vistazo. Kirche comenzó elegantemente a retocar su maquillaje y Tabitha estaba sentada en silencio mientras leía un libro. Tabitha no hablaba mucho. Y en cuanto a Kirche, a pesar de que normalmente estaba de buen humor para hablar, hoy no tenía ganas de contar nada a sus compañeros acerca del viaje secreto.

No importaba cuánto de fuerte empujaran y tiraran sus compañeros, no pudieron sacar nada claro de esas dos, de forma que dirigieron su objetivo a Guiche y Louise, quienes ya habían aparecido.

Guiche, a quien le gustaba estar mimado y rodeado de gente, se dejó llevar como se esperaba.

—Quieres preguntarme, ¿verdad? ¿Quieres saber los secretos que yo sé? ¡Je, je, je, qué tipo tan débil y cobarde!

Louise se abrió paso entre la multitud de personas y golpeó a Guiche en la cabeza.

—¿Qué crees que estás haciendo?! ¡La Princesa te odiará si dices algo, Guiche!

Con tan solo nombrar a Henrietta, Guiche guardó silencio de inmedia-

to. Sus compañeros de clase sospecharon aún más al ver esto. Rodearon a Louise y comenzaron a molestarla.

—¡Louise, Louise! ¿Qué ha ocurrido realmente?

—Nada especial. Osman sólo me envió al palacio para hacer un recado, eso es todo. ¿Verdad Guiche, Kirche, Tabitha?

Kirche sonrió misteriosamente mientras soplaba a sus uñas pintadas. Guiche asintió. Tabitha leía su libro. Ya que nadie estaba dispuesto a hablar, los compañeros volvieron a sus asientos. Comenzaron a hablar de Louise enfadados como un grupo de perdedores.

—Sí, es Louise *la Zero* de quien estamos hablando. No puedo imaginar qué gran hazaña pudo haber cumplido si ella no usa magia.

—La captura de Fouquet sólo fue un golpe de suerte. Su familiar usó accidentalmente el poder del *báculo de la destrucción* —dijo irritada Montmorency, moviendo su cabello rizado.

Louise se mordió el labio junto a una expresión molesta en el rostro, manteniéndose en silencio. Saito se sorprendió.

«¿Cómo se atreve esa tía de pelo rizado a insultar a mi Lousie? Bueno, no es 'mi Louise', supongo. Un lunar como yo nunca podría tenerla. Ah, en fin».

Incluso si era una chica, Saito hizo lo que tenía que hacer. Mientras que Montmorency se marchaba con una expresión de satisfacción en su cara, Saito colocó casualmente su pie en medio. Montmorency no se dio cuenta y tropezó con su pie.

—¡Aaahh! ¿¡Qué estás haciendo!? —gritó Montmorency, que lucía una nariz roja tras caer de cara al suelo—. ¡Soy una noble! ¡Cómo se atreve un familiar como tú a tirarme!

—Fuiste tú quien no estaba prestando atención —contestó Louise desde el otro lado.

—¿Qué? ¡¿Ahora te pones de parte del familiar, Louise *la Zero*?!

—Puede que sea un idiota, pero también es mi familiar, Montmorency *la anegada*. Insultarle a él es insultarme a mí, es lo mismo. ¿Tienes algo que decir?

Montmorency marchó enfadada murmurando sobre ella. Saito sintió que Louise estaba deslumbrante y se quedó mirándola cálidamente. Ella, quien tenía Saito a su lado, sintió la mirada y giró la cabeza a un lado, sonrojada.

—¿A-A qué miras?

—Lo siento —se disculpó ante Louise tras percatarse de su repulsiva mirada.

Este lunar ha vuelto a hacerlo pensó Saito.

Louise notó que Saito había estado comportándose de forma extraña

desde la mañana. Estaba más reservado de lo normal. «¿Qué más quieres? Estoy siendo muy agradable contigo» pensó Louise.

Iba a decir algo a Saito pero el señor Colbert entró en el aula, de modo que se sentó.

—Bien, atención alumnos.

Y así comenzaron las clases.

El señor Colbert acarició ligeramente su cabeza calva. Hasta ayer estuvo asustado de que Fouquet de la *Tierra Derribada* escapara de la prisión. Inmediatamente su conclusión inicial fue que había un traidor en el castillo.

Pensó que era un asunto serio para Tristain. Sin embargo en esa mañana Osman le llamó y le contó que ‘ya estaba todo bien’, por lo que se sintió aliviado. Además las cosas como la política no le interesaban demasiado, aunque lo que sí le interesaba era el conocimiento, la historia y la investigación. Por eso le gustaban las lecciones. Podía publicar libremente los resultados de sus investigaciones.

Colbert enseñó alegre a la clase algo extraño que colocó en el escritorio.

—Señor Colbert, ¿qué es eso? —preguntó un estudiante.

Realmente la máquina tenía un aspecto raro. Estaba compuesto de un tubo largo metálico con una tubería metálica extendida. Un par de fuelles estaban conectados a la tubería y una manivela se unía a la cabeza del cilindro. La manivela estaba conectada a una rueda colocada en el lateral del cilindro. Finalmente, los engranajes se encontraban unidos a la rueda y la caja.

Los estudiantes observaban el equipo y se preguntaban qué clase de lección recibirían. Colbert aclaró la garganta y comenzó la explicación.

—En primer lugar, ¿alguien puede decirme las principales características de la disciplina de la magia de fuego?

La clase miró a Kirche. Si hablabas en Halkeginia sobre la disciplina de la magia de fuego entonces estarías haciendo referencia a los nobles germanos. Entre ellos la familia Zerst era famosa. Y su apodo, ‘ardiente’, indicaba que era una experta en la magia de fuego.

—Pasión y destrucción —afirmó Kirche lánguidamente mientras se limpiaba las uñas a pesar de que la clase había comenzado.

—¡Así es! —dijo el señor Colbert, quien era un mago de fuego triangular apodado como *la serpiente llameante*—. Sin embargo teniendo a nuestro lado la pasión, el fuego sería capaz de destruir poco, eso creo. Dependiendo del uso, alumnos. Dependiendo del uso que le deis podéis hacer cosas muy divertidas. El fuego no solo es destrucción, señorita Zerst. No solo lo verás en un campo de batalla.

—No merece la pena tratar de explicar la magia de fuego a los nobles de Tristain —dijo Kirche llena de confianza. Su arrogancia no alteró al señor Colbert, sino que le hizo sonreír—. Pero ¿qué es esa cosa rara que tienes ahí? —preguntó Kirche con una mirada en blanco, apuntando al equipo del escritorio.

—Je, je, así que al final preguntaste. Esto es algo que he inventado. Funciona usando aceite y magia de fuego.

Los estudiantes se quedaron boquiabiertos mirando con atención al invento. La máquina resultaba de alguna forma familiar para Saito, como si la hubiera visto antes en algún lugar. Siendo una persona curiosa se mantuvo en silencio y prestó atención.

—Lo primero es vaporizar el aceite en los fuelles —continuaba el señor Colbert mientras pisaba repetidamente los fuelles con su pie—. Y después el aceite vaporizado pasará a este tubo cilíndrico.

Colbert sacó con una mirada cautelosa la varita de un pequeño orificio que había abierto. Recitó un conjuro. De repente se pudo oír el sonido de un fuego ardiente mientras vaporizaba el aceite. Después los sonidos se transformaron en explosiones.

—¡Que todo el mundo preste atención! ¡En el interior del tubo metálico la fuerza de las explosiones mueve los pistones arriba y abajo!

La manivela unida a la parte superior del cilindro comenzó a moverse. La rueda giratoria abrió la puerta de la caja. Los engranajes comenzaron a moverse y una marioneta con forma de serpiente salió del interior.

—¡La fuerza es transferida a la manivela que hace girar a la rueda! ¡Mirad! ¡La serpiente salió a saludarnos! ¡Qué interesante!

Los estudiantes observaron con desinterés. El único entusiasmado parecía ser Saito.

—¿Y bien? ¿Qué es tan especial?

El señor Colbert se entristeció al comprobar que el invento en el que invirtió tanto orgullo había sido recibido con desinterés. Aclaró su voz.

—En este ejemplo —comenzó a explicar— solamente salió una serpiente, pero digamos por ejemplo que lo aplicamos en un carruaje. ¡El carruaje podría moverse sin caballos! Podría funcionar como elemento de propulsión de un barco. ¡No habría necesidad alguna de utilizar velas!

—En esos casos podrías usar magia. No hay necesidad de usar un mecanismo tan raro —contestó un estudiante—. Después el resto comenzó a asentir con la cabeza.

—¡Que todo el mundo preste atención! ¡Si esto se mejora podría hacer funcionar otras máquinas incluso sin magia! Usé mi magia de fuego para en-



cenderlo, aunque utilicé pedernal y encontré una forma de encenderlo.

Obviamente, Colbert se emocionaba con el discurso, mientras que todos los estudiantes se preguntaban qué había de especial en eso. El único que parecía entender la grandeza de su invento era Saito.

—¡Señor Colbert, eso es genial! ¡Es un motor! —dijo Saito mientras que el resto se levantó de repente. La clase entera se giró hacia él.

—¿Motor? —miró anonadado Colbert a Saito.

—Sí, un motor. En mi mundo es usado para todas esas cosas que acaba de mencionar.

—Puedo decir que eres una persona perspicaz. Eres el familiar de la señorita Vallière, ¿cierto?

Colbert recordó de repente que él era Gandálfr, el familiar legendario que tenía runas en la parte superior de su mano. Lo había olvidado desde que Osman le había dejado marchar, aunque debido a su entusiasmo comenzó a mostrar interés por Saito.

—¿Dónde naciste? —preguntó impaciente.

—No digas nada innecesario. Pareceremos sospechosos —dijo Louise mirando a Saito y tirando de la sudadera. Él asintió para mostrar su acuerdo y se sentó.

—¿Mm? ¿Dónde naciste?

Colbert se acercó a Saito con una expresión brillante.

—Señor Colbert, él es... hum... de Rub' al Khali oriental.

—¿Qué?! —dijo Colbert desconcertado— ¿Más allá de las tierras aterradoras de los elfos? Espera. Han solicitado su presencia, ¿verdad? Así que no ha tenido que pasar a través de esas tierras. Ya veo. He oído que las tierras del este gobernadas por los elfos poseen tecnología avanzada. Así que naciste allí. Ya veo —comprendió Colbert, asintiendo con la cabeza.

—¿Qué? —se giró Saito hacia Louise.

—Sólo sígueme la corriente —dijo Louise pisándole el pie.

—A-ah sí. Soy de... em... de Rub.

El señor Colbert asintió de nuevo y regresó con el mecanismo. Una vez más estaba de pie en la plataforma y miró a toda la clase.

—Muy bien entonces. ¿A quién le gustaría probar el funcionamiento del mecanismo? ¡Es muy fácil! Solo hay que abrir el agujero del cilindro, poner vuestra varita y recitar la magia de ignición repetidamente. El dispositivo es un poco difícil de manejar pero una vez lo hayáis usado será tan fácil como esto.

El señor Colbert pisó los fuelles con su pie y manejó la máquina una vez más. Los sonidos de las explosiones hicieron eco a lo largo de la clase mientras que el cigüeñal, los piñones y el engranaje se movían. Seguidamente,

salió la cara de la serpiente.

—¡Y la feliz serpiente nos saluda!

Nadie levanto la mano. El señor Colbert intentó que los estudiantes se interesaran en este mecanismo diciendo feliz serpiente pero no funcionó muy bien. Colbert dejó caer sus hombros, desilusionado.

—¡Louise lo intentará! —dijo Montmorency que apuntó de repente a la joven.

—¡Señorita Vallière! —exclamó el señor Colbert con el rostro iluminado—. ¿Tienes interés por la máquina?

—Después de capturar a Fouquet de la Tierra Derribada y de viajar a lugares peligrosos seguramente no tendrá problemas con algo como esto, ¿verdad?

Louise se dio cuenta de que Montmorency intentaba avergonzarla haciéndola fallar. Parecía que no le gustaba que Louise acaparara toda la atención, ya que había cumplido grandes hazañas y se había convertido en la estrella del baile. Sus celos eran profundos y el hecho de que montara el espectáculo hizo que Louise se pusiera en guardia.

—Venga hazlo, Louise. Louise *la Zero*.

Louise se enfadó. No podía guardar silencio cuando Montmorency la llamaba *Zero*. Louise silenciosamente se puso de pie y se acercó a la plataforma.

—Oye Monmon —dijo Saito mirando a Montmorency.

—¡Es Montmorency por el amor de Dios!

—¡No provoques a Louise! ¡Acabará estallando todo! —dijo Saito sin pensar.

Louise movió los ojos ante el comentario de Saito. La fila primera de estudiantes se ocultó tras las sillas.

Colbert recordó la habilidad de Louise tras escuchar el comentario y el origen de su apodo. En un intento por cambiar desesperadamente su idea comenzó a persuadirla con nerviosismo.

—Eh, señorita Vallière. Ah, puede hacerlo en otro momento ¿verdad?

—Montmorency *la Bebé* me ha insultado —replicó Louise con voz fría. Sus pupilas de color marrón estaban llenas de ira.

—Compórtese señorita Montmorency. Así que, eh, ¿podría por favor bajar su varita? No tengo dudas de sus habilidades pero la magia no siempre tiene éxito. Quiero decir, después de todo un dragón también puede morir a causa del fuego.

—Por favor, permítame hacerlo —dijo Louise mirando fijamente a Colbert—. No siempre fallo. En ocasiones tengo éxito. Hay momentos en los que

ocasionalmente tengo éxito —dijo Louise con la voz temblorosa pensando que sus palabras eran bienintencionadas.

El señor Colbert miró arriba al techo y suspiró.

Louise copió los movimientos del señor Colbert y pisó los fuelles. El aceite vaporizado fue enviado al cilindro. Inspiró aire profundamente y sacó la varita del interior del cilindro.

—Señorita Vallière, eh... —susurró el señor Colbert como si estuviera rezando.

Con una voz tan clara como el sonido de una campana comenzó a recitar el conjuro.

La clase entera se quedó helada. Tal y como se esperaba el mecanismo explotó. Louise y el señor Colbert salieron volando hacia la pizarra acompañados del grito de la clase. El aceite salpicó por toda la habitación debido a la explosión. Los estudiantes corrían de forma caótica evitando las llamas.

Louise se puso de pie lentamente mientras que la silla y la mesa ardían. Era un espectáculo lamentable. Sus ropas estaban chamuscadas y su clara tez estaba cubierta de hollín. Ignorando el caos que era la clase cogió el brazo de Colbert.

—Señor Colbert, su máquina se rompe con bastante facilidad —susurró.

Colbert no respondió. Estaba al borde del desmayo.

—¡Fuiste tú quien lo rompió! ¡Tú, Zero! ¡Louise, *la Zero*! —le replicaban los estudiantes.

—¡Eso no importa! ¡Hay un incendio! ¡Que alguien lo apague!

Una barrera de agua extinguió el fuego y los estudiantes aplaudieron a Montmorency.

—Me pregunto si eso fue innecesario —dijo a Louise como si hubiera triunfado—. Después de todo eres una especie de maga habilidosa y aquello fue una especie de fuego tan débil.

Louise, enfadada, se mordió el labio.

\*\*\*

Era de noche cuando terminaron de limpiar la clase. Poner en orden las sillas, mesas y limpiar el suelo resultó ser una dura tarea. Cansados, Louise y Saito regresaron a su habitación. Saito cayó rendido en su pajar. Louise se sentó en la cama. Era casi la hora de dormir.

Saito fue al armario para coger las prendas de Louise como era costumbre. Sin embargo ella se puso en pie de repente.

—¿Q-qué estás haciendo?

Louise se ruborizó y no contestó. Agarró las sábanas con las manos y las colgó en los postes de la cama sirviendo de cortina y cubriendo la cama. Observando a Saito por el rabillo del ojo se dirigió al armario, cogió sus prendas y volvió a la cama. Saito podía oír el fruncir de la ropa mientras ella se cambiaba tras la cortina. Saito volvió a su pajar, deprimido.

«No quiere que la vea alguien como yo. Aunque te viera no te haría nada extraño. Incluso no volveré a mirarte más. No soy el hambriento lobo que piensas que soy. Soy un lunar. Bueno, este lunar te besó, pero eso fue cuando me dejé llevar. Cometí un error. No volveré a hacerlo de nuevo, Louise. Te miraré adecuadamente. Este lunar parasitario te observará desde su pajar».

Saito se torturaba interminablemente con esos pensamientos. La cortina fue retirada. La luz de la luna bañaba a Louise, que llevaba una bata; su pelo fluyendo suavemente, la brillante luz lunar acentuando su belleza divina. Después de peinarse el pelo con las manos se tumbó y apagó la lámpara de la mesita de noche con un movimiento de su varita. Era una lámpara mágica que se apagaba a la señal de su amo. No era exactamente especial pero daba el pego de algo caro.

La atmósfera se sentía etérea con la luz de la luna bañando la habitación.

—¡Eh, Saito! —gritó Louise levantada, justo cuando él estaba a punto de caer dormido.

—¿Sí?

—Que duermas siempre en el suelo es un poco desmesurado. Puedes... eh... dormir en la cama si quieres.

—¿Qué? —el cuerpo de Saito se puso rígido.

—¡No me malinterpretes! Te pegaré si haces algo extraño.

Saito se sentía abrumado. «Ah Louise, eres tan amable ¿verdad? Es como si fueras otra persona. Esa dura experiencia te cambió muchísimo. Incluso te has vuelto más amable con un lunar parasitario y asqueroso como yo». Su pulso se aceleraba con cada pulgada que le acercaba más a la cama. Louise enfrentó la ventana envuelta en la manta en el borde de la cama.

—¿Está... bien? ¿Incluso para mí, un lunar?

—Sí, está bien, no me hagas repetir la misma cosa. ¿Y qué quieres decir con un lunar?

—Lo siento —dijo Saito metiéndose en la cama y cubriéndose con la manta. Tenía que disculparse por dejarse llevar y besarla. Supo que tenía que hacerlo—. Siento... haberte besado de esa forma —susurró.

Louise no respondió. Saito pensó que estaba durmiendo pero no pare-

cía tal cosa. Saito continuó.

—Había decidido antes de nada protegerte tal y como había prometido al príncipe Wales. No sólo protegerte de los enemigos, sino también de mis propios deseos. Hasta ahora no puedo decir que haya hecho un gran trabajo protegiéndote, así que lo siento —dijo Saito mostrando con claridad sus pensamientos.

—No importa, no te preocupes por eso —replicó Louise en voz baja.

—No volverá a ocurrir —susurró Saito cogiendo la manta.

—Por supuesto —contestó Louise. Luego prosiguió hablando como si estuviera determinada a decirle algo—. Pero también tengo que pedirte disculpas. Siento haberte invocado.

—No pasa nada. No está bien, pero no importa.

—Encontraré una forma de que regreses a casa. No sé cómo, pero lo haré. Jamás antes he oído hablar de otro mundo.

—Gracias —dijo Saito sintiéndose aliviado.

Louise se movió vergonzosamente.

—¿Allí en tu mundo... no hay magos, verdad? —preguntó a Saito.

—No.

—¿Sólo hay una luna?

—Sólo una.

—Eso es raro.

—No, no lo es. Este mundo es el raro, con magos y esas cosas.

—¿Qué estabas haciendo en ese mundo?

—Soy un estudiante de secundaria.

—¿Estudiante de secundaria?

—Bueno, no es muy diferente de ser un estudiante de aquí supongo. Estudiar es tu obligación.

—¿Qué hace la gente cuando crece?

Louise comenzó a bombardear a Saito con preguntas. Sin cuestionarse por qué, Saito continuó.

—Mm, ser empleado en una compañía tal vez. Eso es lo más común.

—¿Qué es un empleado de una compañía?

Saito comenzó a sentirse un poco irritado, pero seguía contestando

—Pues trabajas y ganas dinero.

—No lo entiendo bien, ¿pero eso es en lo que te quieres convertir?

Saito permaneció en silencio. No había pensado en lo que quería hacer en un futuro. Pasaba los días haciendo lo que le gustaba. Su futuro no era ni brillante ni oscuro. Seguía asistiendo a la escuela pensando que esa situación duraría para siempre. A Saito le costó un poco responder.

—No lo sé. No he pensado mucho sobre eso.

—Wardes te dijo que eras un familiar legendario. Esas runas en la parte superior de la mano son aparentemente la marca de Gandálfr.

—No lo entiendo muy bien, pero parece ser que Gandálfr usaba la espada Derflinger.

—Me pregunto si eso es cierto.

—Bueno, tiene que ser así. No podría usar una espada con normalidad como Derflinger.

—Entonces ¿por qué no puedo usar magia? Tú eres el familiar legendario, pero yo soy Louise, *la Zero* —suspiró.

—No lo sé.

Louise permaneció en silencio por un tiempo. Luego comenzó a hablar en un tono serio.

—Ya lo sabes, quiero convertirme en una gran maga. No me refiero a ser una poderosa maga. Sólo quiero ser capaz de lanzar conjuros apropiadamente. No quiero fallar cada conjuro que lanzo y no saber siquiera en qué rama de la magia soy buena.

Saito recordó la clase anterior. Como de costumbre Louise había fallado.

—Incluso me decían que era imposible desde que era pequeña. Mi padre y mi madre no esperaban nada de mí. Siempre era tratada como una idiota, siempre me llamaban *Zero*; en realidad no tengo ninguna habilidad. No hay una rama de magia en la que sea buena. Hasta soy torpe recitando conjuros. Lo entiendo. Mis profesores, madre y hermanas me lo habían dicho. Cuando recitas un conjuro de un hechizo de una rama de magia algo en tu cuerpo responde y fluye dentro de tu interior. Cuando ese ritmo llega al clímax significa que el hechizo se ha completado. Nunca he sentido eso antes.

La voz de Louise bajó de intensidad.

—Pero quiero al menos ser capaz de hacer cosas como cualquier otro. De lo contrario sentiré que no estoy satisfecha conmigo misma.

Louise guardó silencio una vez más. Saito no sabía qué decir para consolarla.

Pasó un poco de tiempo antes de que él comenzara a hablar.

—Incluso si no puedes usar magia, eres normal. No sólo normal, eres guapa y recientemente has sido muy amable conmigo también. Tienes tus propias cualidades. Eres una gran persona incluso si no puedes usar magia.

Saito se giró hacia Louise una vez acabó su respuesta incoherente. Ella ya había caído dormida. Su cara inocente le quitó el aliento. Parecía que se había quedado dormida mientras estaba pensando en su respuesta. Su pero

rubio rosado se mezcló con la luz de luna, brillante. Una respiración constante se oía de sus pequeños labios rosados.

Mirando a esos labios quería volver a juntarlos con los suyos una vez más, y sin darse cuenta comenzó a mover su cabeza, aunque se paró. «Es cobarde besar a una chica que no es ni siquiera tu amada mientras duerme. No soy tu amante pero te protegeré, así que no te preocupes, Louise».

Saito miró cálidamente a Louise y cerró los ojos. Con la respiración de Louise como canción de cuna cayó dormido.

Louise abrió los ojos una vez que Saito se hubo quedado dormido. Frunció las cejas.

—Estaba fingiendo que dormía —murmuró. Se abrazó a la almohada y se mordió los labios.

«Es tan diferente» pensó. Cuando se dirigía a ella lo hacía temeroso, como un idiota. Pero cuando era obediente era muy obediente. «No entiendo. No entiendo en absoluto en qué está pensando». Louise reposó las manos en el pecho. Al estar Saito a su lado su corazón palpitaba intensamente. Entonces, ¿esos sentimientos eran de verdad?

Quería devolver el favor a Saito, aquél que había sido tan amable y la había salvado tantas veces. Pero eso no era lo único. Era la primera vez que había experimentado esos sentimientos por alguien del sexo opuesto y no sabía qué hacer. Esa era la razón por la que no había permitido que Saito la ayudara a cambiarse.. Una vez que reconoció esos sentimientos sintió vergüenza con tan solo pensar que él miraría su piel. No quería que viera su cara después de que acabara de despertarse.

«¿Cuándo comencé a tener estos sentimientos hacia Saito? Probablemente desde aquella vez» pensó Louise. «Justo cuando iba a ser matada por el golem de Fouquet». Saito la abrazó. Su corazón latía. A pesar del hecho de que estaba a punto de morir su corazón palpitaba con fuerza. También en la ocasión cuando Wardes estuvo a punto de matarla Saito saltó hacia ella y la salvó. Pero el momento en el que su corazón latió más rápido fue cuando montaban en el dragón y él la besó. Después de eso no pudo mirar a Saito a la cara.

«Me pregunto qué pensará de mí ¿Soy una chica desagradable, una ama egoísta y mezquina, o tal vez le guste? Bueno, me besó por, lo que debo gustarle. ¿O podría ser igual que Guiche que solo le gustan las mujeres? Me pregunto cuál será. Quiero saberlo. De todas formas ¿por qué no ha hecho nada cuando estaba durmiendo justo a su lado?» pensó Louise. «Claro está que si hiciera algo ahora le patearía en la entrepierna. Pero... pero...» Louise golpeó la almohada de Saito. No se levantó. Miró a su alrededor con nerviosismo. Salvo la luna no había nadie mirándola. Se inclinó hacia la cara de Saito.





Su pulso empezó a acelerarse. Presionó sus labios sobre los suyos silenciosamente sólo durante dos segundos. Fue el tipo de beso que una persona no se daría cuenta que jamás tuvo lugar.

Saito se giró. Louise se asustó un poco y se apartó de su rostro hundiéndose en la manta y agarrando su almohada.

«¿Pero qué hago? Haciendo eso con un familiar. Soy una idiota».

Miró a la cara de Saito. En cierto modo era genial: venía de otro mundo, a veces era obediente, otras se dejaba llevar sin ningún motivo. «El familiar legendario. Me pregunto si en realidad le gusto. ¿Es lo que llamarían amor?» Mientras repetía sus pensamientos se acarició los labios con los dedos. El calor era como hierro contra sus labios. ¿Cómo podía encontrar la respuesta a esa pregunta?

—No quiero quedarme sin saber la respuesta —murmuró Louise mientras cerraba los ojos.

## Capítulo 3

### El libro de oraciones del Fundador

Sir Osman estaba mirando el libro que el palacio le había entregado mientras jugaba con la barba. La portada, cubierta de viejo cuero, estaba tan desgastada que parecía que se iba a desmoronar con un solo toque. Las páginas del libro tenían un color rojizo.

—Mm... —murmuró Sir Osman mientras pasaba una página. No había nada escrito en él. El libro tenía alrededor de trescientas páginas; todas ellas estaban en blanco—. *El Libro de oraciones del Fundador* siempre ha sido transmitido en la familia real de Tristain...

Hace seis mil años el Fundador Brimir rezó una oración a Dios y escribió sus hechizos usando runas mágicas como letras.

—¿Acaso es una falsificación?

Sir Osman examinó el libro con recelo. Falsificaciones, muy comunes entre los artefactos 'legendarios'. Según parecía sólo existía un único *libro de oraciones del Fundador* en el mundo. Nobles ricos, sacerdotes de templos y familias reales de todos los países afirman tener el verdadero libro. Dejando a un lado la cuestión sobre su autenticidad, todos ellos fueron recopilados en la librería como ejemplares genuinos.

—Pero si es una falsificación está mal hecha. Todas las palabras se han esfumado.

Sir Osman había ojeado el *libro de oraciones del Fundador* en numerosas ocasiones. Las runas siempre parecían que salían de las páginas. Sin embargo, nunca vio un libro sin letras en su interior. ¿Podría ser el original?

En ese momento oyó que alguien tocaba la puerta. «Creo que debería contratar una secretaria» pensó Sir Osman mientras invitaba al visitante a la habitación.

—No está cerrado. Por favor, adelante.

La puerta se abrió y entró una chica esbelta. Tenía el pelo de color rubio rosado y ojos grandes de color marrón rojizo; era Louise.

—He oído que me llamó, así que... —dijo Louise.

Sir Osman se puso de pie y extendió sus manos dando la bienvenida a la pequeña visitante. Trató de empatizar con el dolor de Louise del otro día.

—Oh, señorita Vallière. ¿Ha descansado después del agotador viaje? Tus grandes esfuerzos garantizan la seguridad de la alianza y previenen una crisis en Tristain. —Luego habló en voz baja—. Y en Germania se celebrará finalmente una boda entre la princesa y el emperador de Germania para el mes siguiente. Todo es gracias a vos. Puede sentirse orgullosa.

El espíritu de Louise vaciló por un instante después de oír eso. Su amiga de la infancia, Henrietta, iba a ser usada como herramienta política y se casaría sin amor con el emperador de Germania. A pesar de que no había otra solución para la alianza Louise sentía que se le oprimía el pecho cada vez que recordaba la sonrisa triste en los labios de Henrietta.

Louise se inclinó silenciosamente. Sir Osman se mantuvo en silencio durante un rato y la observó. Después recordó que tenía el *libro de oraciones del Fundador* en sus manos y se lo ofreció.

—¿Qué es esto?

—*El Libro de oraciones del Fundador.*

—¿*El Libro de oraciones del Fundador*? ¿Éste?

Fue entregado por la familia real. Y es un libro legendario. ¿Cómo había llegado a las manos de Sir Osman?

—De acuerdo con la tradición de la familia real de Tristain, cuando el miembro de una familia real se casa, se escoge una aristócrata para asumir el papel de la dama de honor. Tras el edicto imperial, a la dama de honor escogida se le entrega el *libro de oraciones del Fundador*.

—Ajá —Louise, que no estaba al corriente de esos detalles de etiqueta de palacio, replicó sin comprender.

—Y la princesa ha escogido a la señorita Vallière para ser la dama de honor.

—¿La princesa?

—Así es. La doncella del santuario también debe asistir con el edicto escrito cuando reciba el *libro de oraciones del Fundador*.

—¡A-ah! ¿Debo redactar un edicto?

—En efecto. Por supuesto tendrá que aprender algo de etiqueta de palacio. Las tradiciones pueden ser muy engorrosas. Sin embargo, señorita Vallière, la princesa espera el momento con impaciencia. Éste es un gran honor así que siga las normas de palacio y redacte el edicto, porque algo como esto sólo ocurre una vez en la vida.

«Henrietta, mi amiga de la infancia, me escogió para ser su dama de honor». Louise miró hacia arriba firmemente.

—Entiendo. Obedeceré respetuosamente.

Sir Osman sonrió mirando a Louise.

—Estás preparada para asumir la tarea. Bueno, bueno, la princesa estará complacida.

\*\*\*

Esa noche Saito estaba preparando un baño. Sin duda alguna la academia de magia de Tristain tenía un baño público. Era de estilo romano revestido con mármol. Tenía una enorme piscina llena con perfume mezclado con agua caliente, y se dice que la sensación era como si flotaras entre las nubes. Por supuesto, Saito no podía entrar, sólo los nobles podían usarlo.

Los baños públicos de los plebeyos estaban algo destartalados en comparación con los baños públicos de los nobles. El de los plebeyos parecía un tugurio construido sobre piedras. El fuego bajo la estufa, el fuerte olor a sudor y los cuerpos apretujados hacían que uno sudara aún más.

Un día en los baños públicos fue suficiente para que Saito les cogiera asco. Se crió en Japón y usaba un gran barreño lleno de agua caliente hasta el borde como bañera, por lo que la sauna resultaba poco satisfactoria.

Molesto, Saito pidió a Marteau, el jefe de cocina, un gran y viejo barreño. Se fabricó una bañera a partir de eso. Era una tapa de madera flotante donde el bañista se introducía en el agua mientras que el barreño se calentaba desde abajo. La leña ardiente calentaba el agua. Saito fabricó su baño personal en un rincón del patio Vestri. Era práctico, puesto que la gente no iba a menudo a ese lugar.

El día llegaba a su fin y las dos lunas aparecieron brillando débilmente. Una vez que el agua estuvo lo suficientemente caliente, Saito se quitó rápidamente la ropa y se introdujo en el gran barreño.

—Ah, el agua está agradable y caliente.

Se puso una toalla sobre la cabeza y comenzó a tararear una melodía. Derflinger estaba apoyado en el lateral del barreño.

—¿Se siente bien estando en el agua? —dijo a Saito.

—Sí.

—Por cierto, socio ¿por qué no te aprovechaste de la joven señorita en aquella ocasión?

Saito lanzó una mirada tibia a Derflinger.

—No me mires de esa forma. No es agradable, compañero.

—Eh, espada legendaria.

—En efecto, soy una espada legendaria. ¿Qué ocurre?

—Durante los últimos seis mil años, ¿encontraste a alguien importante a quién proteger?

Derflinger se removió ligeramente.

—Yo no protejo. Aquél que me desenvaina es quien protege.

—Pobrecito —dijo Saito en voz compasiva desde el fondo de su corazon.

—¿Pobrecito dijiste? Al contrario, se está bien así.

—¿Tú crees? Por cierto, ¿qué cosas recuerdas sobre ese Gandálfr?  
¿Hasta dónde era genial y qué tipo de cosas hizo? —preguntó a Derflinger mostrando su innata curiosidad.

—Lo olvidé.

—¿Eh?

—Hace mucho tiempo de eso. Además, compañero, alguien acaba de venir.

Una sombra apareció bajo la luz de la luna.

—¿Quién es?

La pregunta de Saito sorprendió a la sombra. Dejó caer con estrépito algo que estaba llevando. Bajo la luz de la luna uno podía reconocer el sonido de una taza rompiéndose.

—¡Ah, se rompió! Volverán a regañarme de nuevo, sniff.

Saito fue capaz de reconocer la voz de la persona oculta en la oscuridad.

—¿Siesta?!

Apareció iluminada bajo la luz de la luna la figura de una criada que trabajaba en el comedor de Alvis: Siesta. Ya había acabado de trabajar y, aunque seguía llevando su uniforme ordinario de criada, no tenía la katuska cubriéndole la cabeza. Su cabello negro y largo hasta los hombros brillaba bajo la luna.

—¿Q-qué estás haciendo aquí?

La pregunta de Saito hizo que Siesta diera media vuelta.

—Hum, ¡hoy fui capaz de conseguir algunas cosas muy sabrosas y quería que las probaras! ¡Te lo habría dado en la cocina, pero hoy no viniste! ¡Aahh! —dijo Siesta llena de pánico.

En efecto, cerca de Siesta había una bandeja, una tetera volcada y algunas tazas. Parecía que había tirado una taza sorprendida por esa voz repentina.

—¿Unas cosas? —preguntó Saito aún sumergido en la bañera improvisada.

De repente Siesta se percató de la desnudez del chico y apartó los ojos por un instante en señal de vergüenza.

—Eso es. Cosas poco comunes que hoy han llegado de la ciudad este de Rub' al Khali. Té.

—¿Té?

El té era un bien muy raro. Siesta sirvió un poco de té de la tetera en una taza que no estaba rota y se la ofreció a Saito.

—Gracias.

Saito se la llevó a los labios. El aroma suave del té le hizo cosquillas

en la nariz y cuando lo tuvo en la boca le supo cómo el té verde japonés. De pronto, se sintió abrumado por la nostalgia. «Ah Japón, querida madre patria». Todavía metido en el barreño se limpió los rabillos de los ojos.

—¿¡Q-qué ocurre!? ¿Estás bien? —dijo Siesta inclinándose sobre el borde del barreño.

—N-no, sólo me sentí nostálgico por un momento. Me encuentro bien, sí.

Después de decir eso, Saito llevó la taza a la boca. Aunque el té y el baño hacían una extraña combinación, ambos le empaparon con un sentimiento de anhelo.

—¿Lo echas de menos? Es verdad, tú provienes del este —Siesta esbozó una tímida sonrisa.

—Yo... probablemente me sienta así. De todas formas ¿cómo supiste que estaría aquí?

Las palabras de Saito hicieron que Siesta se ruborizara.

—Esto, esto... estoy aquí porque vi que te marchabas con agua caliente y...

—¿Me espiaste?

—¡N-no, no me refería a eso!

Siesta tropezó nerviosa con el borde del barreño y cayó dentro generando un sonoro chapoteo.

—¡Aaahhh! —gritó Siesta, pero el grito fue ahogado por el agua caliente dentro del barreño de acero.

—¿Estás bien? —preguntó sorprendido, en blanco.

—E-estoy bien. Buf, aunque ahora estoy empapada.

La ropa de sirvienta de la pobre chica estaba empapada. Y cuando volvió a percatarse de la desnudez de Saito se encendió con mayor intensidad el rubor en su rostro.

Saito entró en pánico.

—¡Lo siento! ¡Aunque el barreño está sobre la leña aún es posible caer dentro!

—¡N-no, yo lo siento!

A pesar de que ella se disculpó no trató de salir del barreño. Entonces Saito decidió también tomar una actitud desafiante. Pretendía de forma varonil restarle importancia a que ella no saliera. En esos momentos intentó actuar de forma calmada y serena. ¿Eso era varonil? Así lo pensó Saito, aunque en realidad era una estupidez.

—Ju, ju, ju —rió Siesta todavía con la ropa empapada dentro del gran barreño. Pensaba que no era una situación de risa y siguió riéndose.

—¿¡Q-qué ocurre!?

¿Quizás el tamaño era para llorar de la risa? Aunque estaba oscuro y nadie podía ver bajo la superficie del agua caliente Saito se sintió inseguro.

—Nada, que se está bien aquí. ¿Así es como te bañas en tu país?

—Así es —respondió Saito aliviado—. Aunque es raro meterse dentro con la ropa puesta.

—¿Eh? ¿Tú crees? A fin de cuentas si lo piensas bien es verdad. Bien, entonces me la quito, ¿sí?

—¿Qué acabadas de decir? —preguntó Saito con los ojos abiertos como platos.

Siesta, la chica tímida y vacilante, se atrevió a hacerlo. Miró a Saito con determinación mientras se mordía el labio.

—Dije que me la quitaría.

—Pero Siesta, yo soy un hombre —contestó estupefacto.

—Está bien. Sé que eres una persona que no me haría ningún daño.

Saito asintió a pesar de no oír ni una sola palabra.

—No, oh no, no hagas eso.

—Pero también quiero usar apropiadamente esta 'bañera'. Es muy bonita.

—Y... ¿eh? —observó a Siesta levantarse del agua caliente y comenzó a quitarse las prendas mojadas. Entró en pánico—. ¡P-para, Siesta! ¡Espera un momento, por favor!

Sin embargo ese 'para' que dijo sonó débil y traicionaba sus verdaderos pensamientos.

—Pero estoy chorreando. El jefe se enfadará si regreso de esta forma a la habitación. Creo que primero debería secarla en el fuego.

A pesar de que Siesta parecía obediente podía ser atrevida si así lo decidía. Los botones de la blusa y el gancho de la falda se soltaron al instante. Resulta agradable quitarse la ropa mojada.

Siesta cogió el uniforme de criada y la ropa interior y la tendió para que se secara en la leña, cerca del fuego. Después de eso se metió de nuevo en el agua caliente. Mientras tanto Saito observaba por el rabillo del ojo cómo se sumergían las piernas de la joven. Nunca había visto antes las piernas desnudas de Siesta ya que siempre estaban escondidas bajo la falda. Eran blancas y sanas. Ah, si él sólo se diera la vuelta sería capaz de adorar su cuerpo entero.

—¡Ua! ¡Qué bien que está! ¡Compartir un baño de esta forma y sumergirse en el agua caliente te hace sentir muy bien! Es como si tomaras un baño de noble. Estoy tan celosa pero puedo hacerlo por mí misma ¿verdad? Saito, eres muy inteligente.





—No, no tanto —respondió con la cabeza todavía girada a un lado.

Parecía que el agua caliente se volviera más caliente de repente. Enfrente de él había una chica desnuda. En esa clase de situaciones Saito se sentía aturdido y casi se desmayó.

—Por favor, no seas tan tímido —dijo con una sonrisa en los labios—. Yo no lo estoy siendo tampoco. Está bien que estemos así. Mira, mis pechos están ocultos bajo mis brazos. Además está todo tan oscuro que no puedes ver nada a través del agua, así que cálmate.

Saito, sintiéndose medio confuso y medio feliz, se dio la vuelta. Ella estaba en frente suya sumergida en el agua caliente. Al estar oscuro no podían ver claramente sus cuerpos bajo la superficie del agua. Se sentían aliviados. Al final Saito tomó aire profundamente.

El pelo negro y mojado de Siesta brillaba fascinantemente en la oscuridad. Con echar una mirada de cerca uno podía notar que Siesta era en realidad una chica muy guapa. Él no se había percatado hasta ahora, pero ella era diferente de Louise o de Henrietta. Era como el encanto de una hermosa flor floreciendo libremente en el campo. Sus ojos grandes y oscuros, su naturaleza amigable y su pequeña nariz eran encantadores y atractivos.

—Eh, Saito, ¿qué tipo de lugar es tu país?

—¿Mi país?

—Sí. Por favor, cuéntame.

Ella se inclinó inocentemente para escucharle. Ah, al inclinarse hacia adelante uno podía ver...

—Ah, ah... —Saito cayó hacia atrás presa del pánico—. ¡B-bueno! Sólo hay una luna, no hay magos por lo que usamos interruptores para encender y apagar la luz y volamos por el cielo usando aviones.

Siesta hinchó las mejillas porque Saito era muy incoherente.

—Para. Una luna, no hay magos. ¿Te estás burlando de mí? No te creas mejor que yo sólo porque soy una chica de pueblo.

—¡Y-yo no me estoy burlando de ti!

Saito pensó que si le contaba la verdad acabaría por confundirla. Después de todo, los únicos que sabían en ese momento que Saito era de otro mundo diferente eran Louise, Sir Osman y Henrietta.

—Muy bien. Entonces cuéntame la verdad.

Siesta miró a los ojos de Saito. El pelo negro y los ojos de Siesta le recordaba a una chica de Japón. Por supuesto, el rostro era diferente al de una japonesa. Sin embargo, todavía le afectaba un sentimiento de nostalgia que le hacía estar nervioso.

—E-está bien. Tenemos diferentes hábitos alimenticios.

Saito comenzó a hablar acerca del lejano Japón. Los ojos atentos de Siesta prestaban atención a la historia. Aunque podía parecer una charla insulsa Siesta atendía con entusiasmo a cada palabra. Y antes de que se dieran cuenta, Saito y Siesta perdieron la noción del tiempo mientras contaba la historia de su ciudad natal.

Después de que pasara algo de tiempo, Siesta se incorporó cubriéndose los senos. Saito desvió la mirada con rapidez. No obstante pudo ver sus pechos por el hueco de los brazos por un instante, y sintió que su nariz sangraba. Sin decir palabra, un hilillo de sangre bajó. Saito se tapó la nariz y miró a otro lado mientras que Siesta se puso su ropa seca.

—Gracias —Siesta inclinó la cabeza hacia Saito en señal de agradecimiento—. Ha sido muy entretenido. El baño fue genial y tu historia también fue asombrosa —dijo agradecida—. ¿Puedo volver a oírle de nuevo algún día?

Saito asintió. Después de eso, ella bajó la mirada ruborizada y tímidamente jugó con sus dedos.

—Bueno... la conversación y el baño estuvieron geniales pero tú fuiste el más asombroso.

—¿Siesta?

—¿Podría...?

—¡¿Q-qué?!

Pero Siesta escapó a pasos pequeños. A Saito le parecía una broma que una cosa como ésta ocurriera con una chica de un mundo extraño, así que se acurrucó en el gran barreño de hierro, confuso.

\*\*\*

Después del baño regresó a la habitación de Louise y la encontró haciendo algo en la cama. Una vez le vio Louise entró en pánico. Era un viejo y antiguo libro. ¿Por qué? Bueno, él no le preocupó demasiado ya que era Louise. Puede que ni siquiera hubiera entendido si ella le hablara sobre eso. Además, la cabeza estaba llena de imágenes del cuerpo de Siesta. Aquello que vio bajo sus brazos se quedó firmemente grabado en la mente de Saito.

Saito se acercó a la cesta de la ropa mientras que se quitaba de encima esos pensamientos mundanos. Decidió lavar la ropa de inmediato y planeó usar el agua caliente restante del baño, así no se congelarían los dedos. Sin embargo, la cesta estaba vacía.

—Louise, ¿dónde está la ropa?

Louise negó con la cabeza cuando Saito preguntó.

—Ya está lavada.

—La lavaste...

Y entonces Saito la miró.

—¿Eh!? —respondió sorprendido.

Louise llevaba puesta la sudadera de nailon que se quitó y dejó en la habitación antes de marchar a tomar el baño. Cuando Saito iba a un baño público siempre dejaba esa sudadera de nailon e iba con la camiseta, porque se sentía acalorado antes de meterse en el baño.

Probablemente Louise la tenía puesta por encima de la ropa interior. Las mangas eran demasiado largas y la cintura era muy holgada, por lo que parecía un vestido raro.

—¡Tú! ¡¿Por qué llevas puesta mi mejor ropa?!

Louise ocultó la boca bajo la sudadera de nailon al escuchar a Saito.

—Porque... después de hacer la colada no tenía nada que ponerme —dijo Louise sonrojada por alguna razón.

—¡Tonterías! ¡Está lleno! —señaló el armario. Tenía un montón de vestidos. Ya que Louise era una noble, tenía montones de vestidos caros para escoger.

—De todas formas quería probarlo —se sentó en el lado derecho de la cama—. ¿No podrías llevar una ropa más informal? —contestó malhumorada.

Saito puso un vestido sencillo en las manos.

—¡No quiero llevar algo como esto!

—Pero esas son mis ropas. Devuélvemelas.

Sin embargo, Louise no trató de quitárselo, todo lo contrario, jugueteó con eso entre sus dedos.

—Bueno, es ligero y se adapta muy bien. ¿De qué está hecho?

En efecto, Saito tuvo que aceptar que le sentaba bastante bien. Al final desistió a regañadientes. La habitación no estaba fría incluso llevando una simple camiseta.

—Nailon.

—¿Nailon?

—Es un tipo de ropa de mi mundo. Está hecho de petróleo.

—¿Petróleo?

—El plancton que se recoge bajo el fondo del mar se acumuló durante años y después se convierte en petróleo.

—¿Plancton?

Louise le miraba fijamente. Parecía una niña que repetía cada palabra de Saito. Su expresión era irreconocible ya que media cara estaba escondida bajo la sudadera. Por un momento pensó que Louise estaba irresistiblemente guapa. Además la lavó para él. Era imposible, hasta entonces tales acciones

eran inimaginables en Louise.

Por algún motivo Saito comenzó a asustarse. Las mejillas estaban rojas, así que Saito decidió comprobar si ella no estaba enferma y tenía algo de fiebre. Louise se sorprendió cuando él se acercó. Ella temblaba y se dio media vuelta. Saito trató de no pensar en cuánto debía odiar la situación así que cogió los hombros de Louise y puso su frente cerca de ella. El cuerpo de Louise se puso rígido pero no se resistió.

Cerró los ojos en silencio.

«Tal y como pensaba. Debe encontrarse muy mal» pensó Saito.

—Parece que tienes fiebre.

Una vez que Saito apartó la frente Louise apretó el puño con fuerza por algún motivo.

—¿Qué es eso? —preguntó mientras que Louise le daba la espalda. Después susurró tranquila y se acurrucó bajo las sábanas.

—Eh —insistió Saito.

—Duérmete —respondió Louise y guardó silencio de nuevo.

«Vaya, puede que la fiebre le haya bajado» pensó Saito mientras caminaba hacia su montón de heno.

Hubo silencio por un instante y luego una almohada voló hacia él.

—¿Pero qué...? —preguntó Saito.

—Trae de vuelta la almohada que te lancé. ¿No te dije que durmieras en la cama a partir de ahora? Idiota —dijo Louise malhumorada.

No podía entender si el humor de Louise era dulce o descarado como siempre. «A quién le importa» pensó Saito mientras se metía en la cama de Louise. Aunque Louise se movía inquieta en el futón, pronto se tranquilizó.

Ahora podía pensar tranquilamente en cómo había pasado el día. De todas formas, no era capaz de sacarse a Siesta de la cabeza. Sus palabras se repetían en su cabeza una y otra vez. Siesta dijo sin duda alguna que 'lo más asombroso fuiste tú'. «¿Eso fue una confesión? No. ¿Estaba burlándose? Tampoco es eso. ¿Soy popular?» Tampoco era popular. «La única que mostraba interés era Kirche, pero seguramente era porque le convenía. Ah, pero Siesta es tan mona. Siesta tiene un encanto muy diferente: ingenua, simple pero honesta. A diferencia de Kirche parecía hermosa cuando se quitó la ropa. Bff, eso es. Genial. ¿Q-q-q-qué? Maldita sea. Cansado. Estoy cansado».

Por algo que no había considerado hasta ese momento el impacto fue enorme. Fascinado por la chica, Saito comenzó a pensar sobre las formas de volver a la Tierra. Encontraría la forma sin duda alguna, aunque no tuviera la más mínima idea de cómo.

Se sintió mareado y comenzó a pensar en Louise. La amaba. «Pero

como Louise es una noble nunca pensaría en mí de esa manera. Además decidí protegerla. De esa forma no llegaría más lejos de ser un amante. Aun así, para ser amantes uno necesitaría calar profundamente en una chica. No, incluso Siesta podría estar burlándose de mí. Ah, supongo que así son las cosas».

Somnoliento y pensando en varias cosas Saito cayó en las sensaciones felices del mundo de los sueños.

\*\*\*

Fuera de la habitación de Louise, flotaba Sylphid arriba del todo, donde estaban las siluetas de Kirche y Tabitha. Tabitha leía un libro bajo la luz de la luna. Kirche miraba hacia la habitación de Louise a través de la grieta de la ventana. Kirche resopló.

—Esto no tiene buena pinta después de todo.

Recordó el rubor de la cara de Louise mientras Saito la abrazaba en el dragón, de vuelta hacia Albión. Louise no parecía ser la misma de siempre.

—En serio, ¿por qué no me trata seriamente? Cada vez que me acerco a él me rechaza, hace que me preocupe en contra de mi voluntad.

Hasta ahora no había hombre que se negara a cortejarla. Era el orgullo de Kirche. Se sentía verdaderamente olvidada como si fuera una incomodidad.

Estaba enfadada. Hasta se bañó con la hija de un plebeyo hace poco. Fue ignorada dos veces. Habían herido su orgullo. Fue derrotada por Louise, fue derrotada por una plebeya, a esto se debía el apodo de 'ardiente'. Tenía que arrebatarle a Saito de cualquier forma posible. Quitar los novios de la familia La Vallière era una antigua tradición Zerbst.

—Sí, aunque los complots no son mi especialidad aún puedo pensar en algún tipo de estrategia. ¿Verdad, Tabitha?

Tabitha cerró el libro y señaló a Kirche.

—Celosa.

Kirche se sonrojó y negó con la cabeza las palabras de Tabitha.

—¡No digas eso! ¡No estoy celosa! ¡No puedo sentirme celosa! ¡Un juego! ¡Es sólo un juego de amor!

Sin embargo, Tabitha no estaba convencida. Repitió de nuevo la misma palabra.

—Celosa.

## Capítulo 4

### Triángulo amoroso

Louise estaba sentada en el patio este de la academia de magia conocido comúnmente como Austri y estaba tejiendo frenéticamente. La primavera empezaba a dejar paso al verano, aunque Louise vestía todavía la ropa de primavera. Incluso durante el verano el ambiente era bastante más seco que húmedo.

Habían pasado diez días desde que regresaron de Albión. Era un día libre. Louise fue hacia el patio para tejer después del almuerzo, sin tomar el postre. A veces dejaba descansar sus manos y miraba las páginas blancas del *libro de oraciones del Fundador* mientras pensaba un edicto apropiado para la ceremonia de la princesa.

Los estudiantes se divertían a su alrededor. Había un grupo jugando con una pelota. Usando la magia podían lanzar la pelota en una canasta sin usar sus manos y tratar de conseguir la mayor puntuación. Louise suspiró pesadamente tras mirar al grupo de gente y contempló lo que había comenzado a tejer.

El panorama parecía sacado de un cuadro. Louise, sentada allí en silencio, parecía una hermosa niña.

La afición de Louise era tejer. Cuando era pequeña su madre le conto que si no tenía talento para la magia debería poseer al menos algo en lo que fuera buena. Esa es la razón por la que su madre le enseñó cómo tejer.

Pero parecía ser que el cielo no le dio a Louise talento alguno para tejer. Había planeado tejer un suéter. Sin embargo, independientemente de cómo le sentara de bien, parecía más bien una bufanda desastrosa. En realidad se parecía más a un objeto complejamente enredado con lana. Louise miró al objeto con amargura y dejó escapar otro suspiro.

Resurgió en su mente la cara de la sirvienta trabajando en la cocina. Sabía que le preparaba comida a Saito. Él pensaba que Louise no lo sabía, pero ella no era completamente ajena a esto. «Esa chica puede cocinar bien. Kirche tiene buena apariencia. ¿Qué tengo yo?» Guardando estos pensamientos decidió insistir en su afición, tejer, aunque por lo visto no era una buena opción.

Justo cuando estaba deprimiéndose un poco por mirar la cosa que estaba tejiendo alguien dio un golpecito en el hombro. Era Kirche. Presa del pánico, Louise rápidamente ocultó lo que estaba tejiendo con el Libro de Oraciones del Fundador.

—¿Qué estás haciendo Louise?

Kirche esbozó su sonrisa habitual, bajó su mirada hacia ella y se sentó a su lado.

—¿N-no lo ves? Estoy leyendo.

—Pero ese libro está en blanco, ¿verdad?

—Este libro es un tesoro nacional llamado *el libro de oraciones del Fundador*. ¿Lo sabías?

—¿Por qué tienes un tesoro nacional?

Louise explicó a Kirche todo lo relacionado con la ceremonia de Henrietta, lo de leer el edicto en voz alta y cómo tenía que usar el *libro de oraciones del Fundador*, y así sucesivamente.

—Ya veo. Me figuro que la ceremonia de la princesa tiene algo que ver con el viaje a Albión.

Louise considero si debía responder a Kirche sinceramente o no, pero desde que Kirche comenzó a comportarse como un señuelo para que pudieran seguir adelante, asintió con la cabeza.

—¿Arriesgamos nuestras vidas para que la boda de la princesa continuara sin problemas? No es una tarea de gran prestigio. Entonces, ¿básicamente tiene algo que ver con la alianza entre Tristain y Germania que se anunció el otro día?

Kirche era bastante perspicaz.

—No digas nada a nadie sobre esto —dijo Louise con una expresión algo desanimada.

—Por supuesto que no lo haré. No soy Guiche, ya sabes. Nuestros dos países nativos se han convertido en aliados. Deberíamos intentar llevarnos bien a partir de ahora. ¿Verdad, La Vallière?

Kirche puso sus manos en los hombros de Louise y sonrió, casi a propósito.

—¿Lo oíste? El nuevo gobierno de Albión propuso un pacto de no agresión. Larga vida a la paz que nos traerá.

Louise respondió con poco entusiasmo. Por el bien de esta paz Henrietta tuvo que casarse con un príncipe al que ni siquiera amaba. Se podría decir que ella no tenía elección, pero no era algo por lo que estar feliz.

—Por cierto, ¿qué estabas tejiendo?

Louise se sonrojó profundamente.

—Y-Yo no estaba tejiendo nada.

—Lo estabas. Está aquí, ¿verdad?

Kirche lo cogió del *libro de oraciones del Fundador*.

—¡Eh! ¡Devuélvemelo!

Louise estaba tratando de recuperarlo, pero Kirche la contenía con





facilidad.

—¿Qué es esto? —preguntó atónita Kirche mientras miraba la tela.

—E-es un suéter.

—¿Un suéter? Se parece más a una estrella de mar. A una nueva especie de estrella.

—¡Cómo si fuera a tejer algo así!

Louise finalmente recuperó su suéter y miró avergonzada hacia abajo.

—¿Por qué tejes un suéter?

—No es asunto tuyo.

—Está bien. De todas formas sé el por qué.

Kirche puso sus manos en los brazos de Louise de nuevo y se acercó a su cara.

—Estás tejiendo esto para tu familiar, ¿no es así?

—¡N-no! ¡No haría tal cosa! —exclamó Louise con una cara de color rojo brillante.

—Ya sabes, eres como un libro abierto. Te gusta, ¿verdad? ¿Por qué? —preguntó Kirche mientras miraba a los ojos de Louise.

—N-no me gusta. Tú eres la única a quien le gustas. Ese idiota no tiene ninguna buena cualidad.

—¿Sabes, Louise? Cuando mientes los lóbulos de tus orejas tiemblan. ¿Lo sabías

Louise rápidamente cogió sus lóbulos. Al percatarse de que era una mentira puso sus manos en sus rodillas de forma nerviosa.

—D-de cualquier manera, no te lo daré. Es mi familiar al fin y al cabo.

Kirche rio.

—Está bien si lo quieres para ti —dijo—. Pero no soy yo de quien tienes que preocuparte, creo.

—¿A quién te refieres?

—Hm... ¿tal vez a la sirvienta de la cocina?

Los ojos de Louise cambiaron.

—Je, así que tenía razón.

—N-no realmente...

—Si vas a su habitación ahora puede que veas algo interesante.

Louise se puso rápidamente en pie.

—Pensaba que no te gustaba —contestó Kirche en un tono juguetón.

—¡Acabo de olvidar algo! —exclamó Louise mientras se marchaba corriendo.

\*\*\*

Saito estaba limpiando la habitación. Tenía que barrer el suelo con una escoba y limpiar las mesas con un paño. Puesto que Louise había estado haciendo recientemente su propia colada así como otras cosas relacionadas con su aspecto, el trabajo de Saito se había reducido a limpiar.

La limpieza se hacía muy rápido. En primer lugar, la habitación de Louise no tenía muchas cosas: un pequeño escritorio con cajones cerca del armario, una mesa con un pequeño jarrón que contenía una pequeña flor, dos sillas cerca de la mesa, una cama y una estantería. Y ya que Louise era una persona bastante estudiosa su estantería estaba llena de libros grandes.

Cogió uno de los libros. Tenía letras que nunca había visto antes. «Naturalmente» pensó Saito mientras lo ponía de nuevo en su sitio. Pero, ¿por qué era capaz de comunicarse con Louise entonces? Su lenguaje era diferente y han sido capaces de entenderse el uno al otro.

—¿Algo va mal, compañero? —pregunto Derflinger, que estaba apoyado contra la pared de la habitación.

—¡Derf! ¿Por qué entiendo lo que me estás diciendo? —preguntó Saito a la vez que presionaba a Derflinger.

—Bueno, si no nos entiéramos estaríamos en un aprieto.

—Vengo de un mundo diferente. ¡Y a pesar de todo aún soy capaz de entender vuestro lenguaje! ¡No entiendo cómo lo hago!

Saito recordó a la persona que salvó al viejo Osman hace casi treinta años. Era una persona de su mundo. Parecía que él y Osman habían hablado entre ellos.

—De todas formas, ¿cómo viniste a Halkeginia compañero?

—No estoy seguro... Había un extraño portal desprendiendo esa luz...

—Entonces puede que la respuesta tenga algo que ver con el portal —dijo Derflinger como si no fuera nada importante.

—¿Qué era ese portal exactamente?

—No sé.

Saito estaba un poco sorprendido.

—Eres una espada legendaria y ni siquiera sabes algo. Deberías saber un poco más ya que eres legendario. Como, por ejemplo, cómo llevarme a casa... —dijo Saito amargamente.

—Soy olvidadizo y de todas formas no estoy interesado. No puedes confiar demasiado en las leyendas.

Alguien llamó a la puerta. «¿Quién será?» Si fuera Louise no llamaría. Probablemente fuera Guiche o Kirche.

—No está cerrado —contestó Saito.

La puerta se abrió y Siesta asomó la cabeza.

—S-Siesta.

—Um...

Tenía su traje habitual de sirvienta, aunque parecía algo diferente. Su pelo negro y sedoso recién arreglado colgaba por la frente y las pecas de su cara emitían un cierto encanto. Estaba sujetando una bandeja grande de plata llena de comida.

—Em, no has pasado recientemente por la cocina —Saito asintió. Como Louise le permitía comer lo que quisiera visitaba la cocina con menos frecuencia—, así que estaba preocupada de que estuvieras pasando hambre —dijo Siesta nerviosamente.

Al ver sus lindos gestos el corazón de Saito comenzó a latir con fuerza.

—G-gracias, pero ahora Louise me permite comer en la mesa, así que no he pasado mucha hambre.

—¿De veras? He estado sirviendo las mesas de los profesores recientemente así que no me di cuenta. Si precisamente estoy siendo una molestia entonces... —Siesta bajó la cabeza ligeramente.

—¡N-no! ¡Para nada en absoluto! ¡Estoy muy feliz de que me hayas traído comida! ¡En realidad ahora tengo hambre! —contestó Saito, incluso estando lleno después de comer en el comedor de Alviss hacía unos momentos.

—¿En serio?

La cara de Siesta se iluminó.

—Bueno, come todo lo que quieras.

La pequeña mesa estaba repleta de comida. Siesta se sentó al lado de Saito, sonriendo. Saito comenzó a odiarse a sí mismo por comer mucho antes, aunque no podía tirar por la borda las buenas intenciones de Siesta. Con determinación empezó a comer.

—¿Está bueno? —preguntó Siesta.

—Sí, está muy bueno.

No estaba mintiendo, pero sabría mejor si estuviera hambriento.

—Je, je, come todo lo que quieras entonces.

Siesta miraba a Saito, que comía con gula.

—Oh, lo siento, dónde están mis modales...

—¡N-no! ¡No pasa nada! Todo lo contrario. Me hace muy feliz que te guste tanto la comida. ¡La comida y los cocineros estarían realmente encantados!

Ella, ruborizada, se secó los ojos con sus manos. Siesta era tan tierna. Saito no podía paladear más el sabor de la comida.

—Hice ese mismo —dijo Siesta con tono tímido.

—¿De veras?

—Sí. Fue difícil prepararlo en la cocina, pero ya que te lo estás comiendo me alegra haberlo hecho.

Saito sintió que su corazón se ponía tenso. «Siesta estaba pensando en mí, en mí sobre el resto de personas». Se perdió en sus pensamientos. La atmósfera entre ellos se puso tensa.

—¡Saito! —contestó Siesta de repente con un tono nervioso.

—¿S-sí?

—Um —Siesta hizo una pausa, como si tratara de escoger las palabras adecuadas—. Esa conversación, la que tuvimos antes, ¡fue muy divertida! ¡Especialmente esa cosa! Em, ¿cómo se llamaba? ¡Oh! ¡El avión!

Saito asintió. Había hablado con Siesta acerca de su mundo y de los baños de Japón. Siesta provenía de un pueblo y no sabía mucho sobre el mundo, aunque fue capaz de comprender lo que Saito le dijo como si fueran cosas diferentes y normales de otro país.

—Ah, el avión.

—¡Sí! ¡Ser capaz de volar sin magia debe ser maravilloso! Entonces los plebeyos como nosotros, ¿pueden volar libremente en el cielo como pájaros?

—¿No hay dirigibles?

—Sólo planean.

—Mi pueblo en realidad es un lugar muy agradable. Se llama Tarbes. Está en caballo a tres días de aquí, en dirección a La Rochelle —Saito escuchó con atención mientras comía—. Es un pueblo muy remoto y no hay nada especial, pero... tiene un precioso y hermoso campo. En primavera, las flores de primavera florecen, y durante el verano lo hacen las de verano. Es como un mar de flores, tan grande como la vista alcanza, más allá del horizonte —narraba Siesta con sus ojos cerrados, como si estuviera buceando en sus memorias—. Me gustaría ver ese mar de flores por una vez desde un avión.

—Suena bien.

—¡Oh! ¡¿Por qué no se me había ocurrido antes?! —gritó Siesta que de repente tomó la mano de Saito. Él casi se cayó atrás por la sorpresa.

—¿Q-qué?

—¿Quieres visitar mi pueblo, Saito?

—¿Eh?

—La princesa se va a casar, ¿verdad? Tendremos vacaciones especiales. Ha pasado bastante tiempo desde que regresé al pueblo. Si no te importa ven conmigo, por favor. Quiero enseñarte ese precioso campo de flores. Mi pueblo también tiene una rica forma de cocinar guiso. Se llama Yosenabe.

Está hecho de verduras que la gente no suele usar. ¡Tengo muchas ganas de que lo pruebes!

—¿P-por qué quieres que vaya?

—Me dijiste que había una posibilidad —contestó Siesta mirando nerviosa hacia abajo.

—¿Una posibilidad?

—Sí. Una posibilidad que incluso los plebeyos pueden usar contra los nobles. Vivimos con miedo de los nobles. Sabiendo que hay gente que no vive de esa forma me hace feliz, ya que su felicidad es mi felicidad. Todos los de la cocina así lo creen también. Quiero que mi pueblo conozca una persona así —dijo Siesta.

—Y-ya veo...

Saito se sintió nervioso. «No soy grande ni nada parecido. De vez en cuando soy el familiar legendario, pero eso es todo. No es algo por lo que deban elogiarme».

—Por supuesto que no sólo es eso. También quiero mostrarte el pueblo... Pero si llevo a un hombre tan de repente mi familia se quedará sorprendida. ¿Qué debería hacer...?

De repente Siesta se ruborizó profundamente y suspiró.

—Puedo decir que eres mi marido.

—¿Q-qué?

—Sí digo que nos casamos ellos se pondrán contentos. Mi madre, padre, hermano y hermana estarán felices.

—¿Siesta?

Cuando Siesta miró a Saito, que estaba atónito, negó con la cabeza.

—¡Lo siento! ¡Eso sería embarazoso! ¡No estoy seguro de si vendrás! ¡Ja, ja!

—Siesta, a veces eres muy atrevida —contestó Saito avergonzado—. Como cuando tomamos el baño.

Siesta se ruborizó una vez más.

—No estoy siendo atrevida o lo que sea.

—¿Eh?

—Cuando dejé mi hogar mi madre me dijo que no mostrara mi cuerpo a nadie excepto al hombre de mi elección.

Y con esto Siesta extendió su mano y tomó la de Saito. El corazón de Saito latía fuerte.

—Te lo enseñaría si me lo pides.

—E-Estás de broma... ¿verdad? —dijo Saito con la mandíbula floja.

Siesta miró directamente a la cara de Saito.

—¿No soy atractiva?

—No, no me refería a eso.

Era atractiva. Bastante atractiva.

—¿De verdad?

Siesta continuaba mirando a Saito. «Para», pensó Saito sintiéndose como si fuera arrastrado hacia esos ojos negros.

—Entonces, ¿por qué no hiciste nada cuando estábamos tomando un baño?

Siesta ocultó sus ojos con tristeza. «Ah, no mires de esa forma. Me sentiré como si hubiera hecho algo malo».

—Ya veo, no soy atractiva. Tienes a tu lado a una chica mona. Esa La Vallière es una noble. Sólo soy una chica de pueblo después de todo —dijo Siesta tristemente, suspirando.

—¡No! ¡No es eso!

—Saito.

—Eres muy atractiva. Te lo aseguro. Te ves espectacular sin la ropa puesta.

Normalmente esa plabras conducirían a una paliza, pero Siesta se alegró. Se había estado preguntando si servir el postre o no. Aunque Saito estaba divagando ella cerró los ojos y se levantó. Tomando aire profundamente dejó caer el delantal al suelo.

—¡Siesta! —contestó Saito conmocionado.

Siesta le miró con calma. Era la clase de persona que haría algo así una vez hubiera tomado la decisión. Comenzó a desabrochar los botones de su blusa, uno por uno.

—¡Siesta! ¡No creo que sea una buena idea! —gritó Saito sacudiendo la cabeza.

—No te preocupes.

Su blusa estaba medio desabrochada. Su escote de buen tamaño capturó la vista de Saito. Saltó sobre Siesta y se encontró a si mismo girando la cabeza, gritando.

—¡E-espera! ¡Espera un momento! ¡Tengo que pensar este tipo de cosas!

—¡Ah!

Siesta estaba sujeta a Saito por brazos, perdió el equilibrio y cayó sobre la cama de Louise, como si Saito la hubiera empujado.

—Lo siento...

Siesta estaba debajo de Saito con la blusa medio abierta. Ella puso las manos sobre su pecho y cerró los ojos. Y en ese magnífico momento Louise

abrió la puerta.

En diez segundos ocurrieron varias cosas. La primera fue que Louise se dio cuenta de que Siesta estaba tumbada en la cama debajo de Saito. La segunda que Louise observó que Siesta tenía la blusa medio desabrochada. La tercera que ambos se levantaron aturridos. La cuarta que Siesta se abrochó la blusa. La quinta que Siesta salió corriendo de la habitación por detrás de Louise. La sexta fue que Saito gritó '¡Espera! ¡Siesta!'. La séptima que Louise volvió en sí. Y la octava que Saito sintió un dolor intenso al recibir una patada justo cuando estaba a punto de explicar lo que había sucedido.

Al final, Saito estuvo tirado en el suelo diez segundos después de que Louise abriera la puerta. Le pisó la cabeza. Su voz y su cuerpo temblaban.

—¿Qué estabais haciendo exactamente?

—No es lo que parecía, Louise.

—¿Qué estabais haciendo en mi cama?

—Es una larga historia. Siesta me trajo la comida y...

—Un familiar haciendo algo como eso en la cama de su ama. No puedo perdonarte.

—No es lo que crees. No planeaba hacer nada como...

—Esta es la gota que colma el vaso.

De los ojos de Louise comenzaron a caer lágrimas. Saito se levantó y agarró los hombros de Louise.

—¡Escúchame! ¡Es un malentendido!

—Ya basta.

Louise miró a Saito.

—¿Qué?

Saito no podía entender por qué Louise estaba tan enfadada. Ni siquiera le gustaba. Definitivamente, no era algo por lo que llorar.

—Fuera.

—Em, justo en ese momento no me refería a que ocurriera...

—¡Largo! ¡Estás despedido!

Saito comenzó también a sentirse enfadado. «Primero me convocas, ¿y luego me despidas? ¿Qué se supone que tengo que hacer?»

—¿Estoy despedido?

—¡Sí! ¡Estás despedido! ¡Vete y muérete en una cuneta!

Esas fueron unas palabras duras, no importa lo que hubiera hecho. Y todo porque él y Siesta estaban tumbados en la cama. «Ni siquiera estábamos haciendo nada. Y pensaba que se estaba volviendo más agradable».

—Vale, está bien.

—¡No quiero volver a ver tu cara de nuevo!

Saito cogió a Derflinger y dejó la habitación sin decir una palabra.

Louise se tumbó en la cama, sola en su habitación. Se puso la manta sobre la cabeza. «Es tan malo» pensó Louise. «No ha sido sólo hoy. Cuando he estado dando clases ha estado trayendo a esa chica para hacer eso y no lo sabía. No le perdonaré». Louise se mordió el labio. Así que resultaba que sus sentimientos hacia ella eran todo mentira. Las lágrimas corrían por su mejilla. «Te odio...Y me besaste» Susurró las palabras repetidamente como si significaran algo para ella. «Hasta me besaste».

\*\*\*

Guiche vio una tienda de campaña en la esquina del patio Vestri mientras buscaba a Verdandi. Por algún motivo había un enorme barreño cerca del patio. Guiche se preguntó para qué serían la tienda de campaña y el barreño. Era una destartada tienda de campaña hecha con un palo y un trapo viejo. Había restos de comida, huesos y pieles de frutas repartidos por el suelo. Parecía que alguien estaba viviendo allí.

Su querido familiar salió de la tienda de campaña mientras buscaba curiosa con la cabeza inclinada.

—¡Verdandi! ¡Así que estás aquí!

Guiche se puso de rodillas y se frotó contra las mejillas del gran topo. El topo movió feliz su nariz.

—Verdandi, ¿qué estás haciendo aquí?

Alguien salió a gatas de la tienda y llamó al topo.

—Ven aquí, topo. Tú y yo somos amigos, ¿no es cierto?

Era Saito, despeinado y con una botella de vino en su mano. Obviamente estaba borracho.

—¿Pero qué demonios estás haciendo? —preguntó Guiche sorprendido. Saito tomó un sorbo de la botella y siguió llamando al topo ignorando a Guiche.

—Hey, ven aquí. Eres el único en quien puedo confiar.

El gran topo miró tanto a Guiche como a Saito, como si estuviera en problemas.

—Verdandi, no te vayas por ahí. Por cierto, ¿por qué Verdandi es tu amigo?

—Porque soy un lunar —replicó Saito a Guiche con una voz muerta, tirado en el suelo—. Un lunar inútil, pobre y desgraciado.

—No sé qué sucedió, pero no vayas pensando que Verdandi es igual que tú.



Guiche echó un vistazo dentro de la tienda. Derflinger estaba allí junto con la salamandra de Kirche, que por algún motivo se encontraba allí también.

—Kyuru, kyuru.

—¿Qué quieres? —contestaron ambos.

Había un montón de paja en el suelo y una taza boca arriba. Eso era todo lo que se apreciaba en la tienda de campaña.

—Guiche se giró a Saito.

—Entonces, ¿Louise te ha echado de su habitación?

Tirado en el suelo, Saito asintió con la cabeza.

—¿E hiciste esta tienda?

Saito asintió de nuevo.

—¿Te sentiste solo y te juntaste con los familiares del resto y te emborrachaste?

Saito asintió vigorosamente. Guiche cerró los ojos y asintió con la cabeza para sí mismo.

—Hm. Menudo inútil que eres.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? No tengo lugar a donde ir. Ni siquiera tengo una pista para regresar a casa. Solo puedo beber.

Saito tragó el vino. Alguien vino corriendo hacia ellos. Era Siesta.

—Oh, lo siento, llego tarde. Aquí tienes tu almuerzo.

Parecía que la sirvienta se estaba encargando de Saito.

—¿Has bebido mucho esta vez? ¡Te dije que una botella al día! —agarraba su mano mientras le regañaba.

—Lo siento —Saito bajó tristemente la cabeza.

—¡Vosotros! ¡Os dije que vigilarais para que no bebiera demasiado!

—Kyuru, kyuru.

—Disculpa —replicó tanto Derflinger como la salamandra en un tono lastimero.

Siesta limpió con rapidez el desorden alrededor de la tienda de campaña e hizo que Saito se levantara.

—¡Vendré de nuevo por la noche! ¡No bebas demasiado!

Y Siesta se alejó de la misma forma en la que vino.

—Bueno, Louise se enfadaría si vosotros dos estábais flirteando.

—¡No estoy flirteando! ¡Ni siquiera estoy con alguien! ¡Ni con Louise ni con Siesta!

Había besado a Louise cuando ella dormía, aunque no dijo eso. Prefería olvidarlo.

—Bueno, lo que tú digas, pero, ¿planeas vivir aquí?

—¿Algún problema?

—Estás arruinando la preciosa imagen de la escuela.

—Cállate.

—Los profesores te llamarán la atención si te ven aquí. ¿Lo sabías?

Saito trago de su vino sin decir una palabra y regresó a la tienda de campaña abrazado el topo de Guiche. El topo miró desesperado hacia su amo.

—¡Hey! ¡Devuélveme a mi Verdandi!

\*\*\*

Mientras tanto, Louise había estado saltándose las clases y permanecía en la cama preocupándose eternamente. Habían pasado tres días desde que echó a Saito. Estaba pensando sobre el familiar que despidió. «Hasta me besó, hasta me besó, hasta me besó» pensaba incesantemente. Que hieran tu orgullo es algo realmente terrible. Miró tristemente hacia el pajar que solía usar Saito. Quería deshacerse de eso, pero no se atrevía a hacerlo.

De repente alguien tocó la puerta. El primer pensamiento de ella fue que Saito regresó finalmente. Su tristeza se convirtió en alegría y dentro de esa alegría sentía ira. «¿Por qué me alegro de que esté de vuelta? No debería permitirle que entre por volver tan tarde».

La puerta se abrió. Louise saltó y lloró enfadada.

—¡Idiota! ¿Donde has...! ¿Eh?

Louise regresó hacia la cama. Kirche caminó rápidamente hacia la cama y se sentó. Tiró de la manta de una sola vez revelando a Louise con su bata y acurrucada de mal humor.

—Has estado ausente por tres días, así que vengo a verte.

Kirche suspiró profundamente. Era realmente consciente de su dolor. No pensaba que Louise la echaría de la habitación. Pensó que sería mejor para las dos tener una pelea y separarse la una de la otra, pero no pensaba que Louise fuera tan lejos.

—Bueno ¿Qué tienes planeado hacer? Ya que has echado a tu familiar de tu habitación.

—Nada que te importe.

Kirche miró fríamente a Louise. En sus mejillas sonrojadas había vestigios de lágrimas. Probablemente había estado llorando durante un rato hasta que ella entró en la habitación.

—Sabía que eras una estúpida arrogante y orgullosa, pero no pensé que fueras tan insensible. Sólo estaban comiendo juntos.

—No sólo fue eso. Todas esas cosas que estaban haciendo en mi cama... —murmuró Louise.

—¿Estaban abrazados?

Louise asintió. Kirche estaba bastante sorprendida. Para lanzarse así hacia una chica que le trae la comida Saito era bastante bueno.

—Bueno, al ver que el chico que te gusta estaba con otra debió sorprenderte bastante.

—¡No me gusta! Es solamente que estaban en mi cama...

—Eso es precisamente una excusa. Le echaste porque te gusta y te enfadaste con él. —Las palabras de Kirche acertaron en el blanco, aunque Louise estuviera en desacuerdo e hiciera pucheros con los labios—. No puedo decir que no lo veía venir. Todo fue porque no le diste nada. Es natural que flirtee con otra chica.

Louise permaneció en silencio.

—La Vallière. Eres una chica extraña, ¿sabes? Te enfadaste y lloraste por un chico que ni siquiera has besado. No puedes ganar de esa manera —dijo Kirche con un tono aburrido mientras se levantaba—. Haré algo respecto a Saito. Tenía ganas de coger a Saito y apartarlo de ti. Le has golpeado, le has pateado y lo echaste. En realidad siento pena por ti. Él no es un juguete que está a tu disposición, ¿sabes?

Louise se mordió los labios.

—Un familiar es el compañero de un mago. Fallas como mago porque no puedes tratarle apropiadamente. En fin, eres *la Zero* después de todo.

Y con eso Kirche se marchó. Louise no replicó. Se arrastró de vuelta a la cama repleta de dolor y lamentos y lloró como solía hacer cuando era pequeña.

\*\*\*

Ya era tarde por la noche cuando Kirche llegó a la tienda de campaña de Saito. La voz ebria de Saito se podía oír desde fuera del rudimentario e improvisado hogar. El 'kyuru, kyuru' de Flame se podía oír también en la tienda. Debía haber venido aquí para jugar cuando ella se marchó a la calle.

Kirche abrió la solapa de la tienda. La escena interior era desagradable. Guiche lloraba con la cabeza hundida en el topo. Saito estaba abrazado a Flame con la botella de vino en la otra mano y quejándose.

—¡Es justo como dijiste! ¡Eres un idiota! —gritó Saito. Parecía que había bebido tanto que ni podía vocalizar apropiadamente.

—Ni siquiera hice algo con Katie. ¡Tomó mi mano! ¡Apenas había besado a Mortmerncy! ¡A pesar de eso yo...!

Guiche comenzó a llorar de repente. Él era esa clase de persona que

se ponía a llorar cuando bebía. Kirche suspiró. «¿Por qué los hombres tienen que ser tan idiotas?»

Derflinger se dio cuenta de que estaba Kirche.

—Caballeros, tenemos visita —informó Derflinger a Saito.

—¿Visita?

Saito miró aturdido a Kirche.

—¿Kirche?

—Parece divertido. ¿Puedo unirme? —dijo Kirche con una sonrisa en su rostro.

Saito, quien no podía ponerse más borracho de lo que estaba, se enfadó por la visita de una mujer.

—Qué tetas más grandes. Si me las enseñas, puedes unirme —dijo Saito.

Guiche comenzó a aplaudir.

—¡Estoy totalmente de acuerdo! ¡En el nombre de los nobles de Tristan que si estoy de acuerdo!

En vez de responder Kirche sacó su varita y comenzó a recitar un conjuro.

—¿Estáis menos borrachos?

Saito y Guiche asintieron, ambos sentados el uno junto al otro. Todo lo que les rodeaba estaba socarrado, incluso ellos mismos. La magia de fuego de Kirche hizo que el pelo de Saito y la bonita camisa de Guiche parecieran andrajos. Habían oído que el agua era un buen remedio, pero no pensaron que el fuego funcionara igual de bien.

—Bueno, prepararos para partir entonces.

Guiche y Saito se miraron el uno al otro.

—Sí. Ey, Saito —Kirche le llamó por su nombre en vez de ‘cariño’.

—¿Qué?

—¿Pretendes vivir en una tienda de campaña el resto de tu vida?

—No, pero... me han echado y tampoco he encontrado una forma de regresar a casa.

—¿Una forma de volver a casa? —Kirche y Guiche se miraron el uno a otro. Saito agitó su cabeza.

—No, quiero decir, esto... ¡Rub’ del este!

—Ah, naciste allí, ¿verdad?

Kirche asintió como signo de comprensión. Saito suspiró aliviado.

—¿No querías convertirte en noble? —dijo Kirche mientras acariciaba la mejilla de Saito.

—¿En noble?

Guiche se sorprendió ligeramente.

—Pero Kirche, él es un plebeyo. No puede ser un noble ya que no es un mago.

—Así es en Tristain. Por ley los plebeyos tienen prohibido comprar tierras o convertirse en nobles.

—Exactamente.

—Pero en Germania es diferente. Si tienes dinero, aunque seas un plebeyo puedes comprar tierras y convertirte en noble, o comprar puestos y llegara a ser un recaudador de impuestos o un comandante.

—Y por esto se conoce a Germania como un país incivilizado —dijo Guiche como si pareciera estar enfermo.

—¿Incivilizados? La gente que se preocupa de las tradiciones y costumbres tales como ‘si no eres un mago no puedes ser un noble’ que hacen débil al país, no tiene derecho a hablar. Es por ese motivo que Tristain se ha aliado con Germania para poder hacer frente a Albión.

Saito estuvo escuchando en silencio y finalmente abrió su boca.

—Em, entonces Kirche, ¿lo que estás diciendo es que podría convertirme en noble con dinero? ¿En tu país?

—Justamente eso.

—No tengo tal cantidad de dinero. Estoy sin un céntimo.

—Entonces gana algo.

Kirche golpeó la cara de Saito con un rollo de pergamino.

—¿Qué es eso?

Guiche y Saito miraron al rollo. Parecían ser mapas.

—Son mapas del tesoro.

—¿¿Tesoros?! —dijeron sorprendidos Guiche y Saito.

—Sí. Vamos a ir en busca de tesoros y vender los que encontremos. Saito... podrás hacer lo que quieras entonces.

Saito tragó saliva. Kirche estaba abrazada presionando sus pechos contra él.

Saito estaba temblando y pensaba que se estaba asfixiando.

—Cuando te conviertas en noble podrás proponerme matrimonio, ¿vale? Me gustan los tíos como tú. No me importa si eres un plebeyo o un noble. Gente que puede superar las dificultades y obtener cosas más allá de lo que la gente imagina... me gustan las personas así. —respondió Kirche sonriendo seductoramente.

—No importa cuántas veces los mire —susurró incrédulo mirando un mapa—, estos mapas parecen algo sospechosos.

—Los obtuve de varios lugares tales como tiendas mágicas, puestos

de venta, ultramarinos...

—Definitivamente es algo poco fiable. Sé de algunas personas que venden mapas ordinarios y los llaman mapas del tesoro. Incluso hay nobles que caen en la bancarrota debido a estos engaños.

—¡Esa actitud no ayudará! —dijo Kirche apretando sus manos en pequeños puños.

—La mayoría de ellos pueden ser basura, pero puede que haya alguno oculto por ahí.

—Bah... —gimió Guiche mientras se daba una palmada en la frente.

—Saito, vamos. Encontremos un tesoro y abandona a Louise... y después me propones matrimonio, ¿vale?

Abandonar a Louise... eso sonaba bien. Los nobles son siempre tan orgullosos e incluso olvidan a la gente que les había salvado antes. Saito tomó una decisión.

—Está bien, estoy de acuerdo. ¡Vamos!

Kirche abrazó a Saito con fuerza. De repente alguien irrumpió.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No! ¡No puedes hacer eso!

—¿Siesta?

Detrás de ellos estaba Siesta vestida con su traje de sirvienta.

—¡No puedes casarte, Saito! —Siesta tiró de Saito.

—¿No deseas que el hombre que amas sea feliz?

Las palabras de Kirche sorprendieron a Siesta, luego miró a Saito. Agitó la cabeza al instante.

—Sólo porque seas noble no quiere decir que seas feliz. ¡Puedes quedarte en mi pueblo y comprar un viñedo con ese dinero!

—¿Un viñedo?

—¡En mi pueblo hay un montón de buenos viñedos! ¡Podemos hacer buenos vinos juntos! ¡El nombre de marca podría ser Saito-Siesta!

Tanto Kirche como Siesta estaban tirando de Saito. Era la primera vez en su vida que estaba metido en medio de una pelea de chicas. Se sonrojó profundamente. Probablemente no ocurriría de nuevo.

—Como si te gustara encontrar tesoros —dijo Guiche con un tono aburrido.

—Guiche, si encontramos un tesoro puedes ofrecerlo a la princesa como un regalo y tal vez vea con buenos ojos.

Guiche se puso en pie.

—Damas y caballeros, vamos.

—¡Llévadme con vosotros! ¡Por favor! —exclamó Siesta. Si no iba con ellos tenía por seguro que Kirche seduciría a Saito.

—No, no puedes. Los plebeyos son solo una carga.

—¡No me trates como a un idiota! Aunque tenga esta imagen, yo...

Siesta estaba temblando. Apretó ambas manos con fuerza.

—¿Sí? Continúa.

—¡Puedo cocinar!

—Como si no supiéramos cocinar —dijeron todos.

—Pero, pero las comidas son importantes, ¿verdad? Mientras estemos buscando tesoros estaremos acampando, ¿verdad? No podemos confiar en la comida que llevamos. Podría preparar buena comida para todos.

Estaba en lo cierto. Tanto Guiche como Kirche eran nobles y no podían soportar comer mala comida.

—Pero tienes trabajo que hacer, ¿verdad? ¿Acaso vas a tomarte un descanso?

—El cocinero siempre me deja salir si digo que estoy haciendo algo por Saito.

Al jefe de cocina le caía realmente bien Saito. Probablemente haría exactamente lo que había dicho Siesta.

—Bien, haz lo que quieras. Pero te diré de antemano que las ruinas, bosques y cuevas a las que haremos frente son lugares peligrosos. Hay montones de monstruos por ahí.

—Estaré bien. ¡Saito me protegerá! —agarró el brazo de Saito y éste fantaseó con los pechos desnudos que justo ahora estaban presionados contra él.

Kirche asintió y se volvió hacia todos.

—¡En cuanto terminemos los preparativos nos vamos!

## Capítulo 5

### El arsenal y la Familia Real

El arsenal de las fuerzas del aire de Albión estaba localizado en las afueras de la capital, Londinium, en la torre de Rosyth. Antes de la Guerra Revolucionaria (así es como llama Reconquista a la guerra civil que había acabado recientemente), el lugar solía ser llamado ‘arsenal de las fuerzas reales del aire’. Y, por lo tanto, había todo tipo de edificios. Aquellos que tenían numerosas chimeneas se usaban para fabricar hierro. Cerca de ellas había pilas y pilas de madera que se empleaban para construir barcos y hacer reparaciones.

El edificio grande de ladrillo rojo era el centro de operaciones. Se podía ver las tres coloridas banderas de Reconquista ondeando con orgullo. Pero la cosa que destacaba más era el gran buque de guerra que parecía alcanzar los cielos.

Lexington, el buque insignia de la flota, estaba anclado y cubierto por un paño similar a una gran tienda de campaña para protegerlo de la lluvia. El buque de guerra medía doscientos metros y estaba situado sobre un gran tablero de madera para poder remodelarlo tan pronto como fuera posible.

El rey de Albión, Oliver Cromwell, estaba observando la estructura junto con algunos asistentes.

—Qué barco tan grande y confiable. Con algo así uno siente que se puede gobernar el mundo, ¿no es así, comandante?

—Habla demasiado bien de mí —respondió a medias el comandante designado para dirigir la flota del Lexington, Sir Henry Bowood.

Él estaba en el bando Reconquista y fue el capitán de los cruceros durante la Guerra Revolucionaria. Le ascendieron a comandante a los mandos del Lexington cuando destruyó dos barcos enemigos. Tendría que asumir el rango cuando la remodelación se completara. Era una de las costumbres de la fuerza aérea de Albión.

—¡Mirad esos grandes cañones!

Cromwell señaló a los cañones del lateral del barco.

—Estas nuevas armas son como el símbolo de la confianza que he puesto en ti. Fueron fabricados por los alquimistas de Albión. Tienen un cuerpo alargado que según los cálculos...

—Tiene un rango de fuego de aproximadamente 1.5 veces superior a los cañones empleados en los buques de guerra de Tristain y Germania —respondió la mujer de pelo largo que estaba cerca de Cromwell.

—Gracias, señorita Sheffield.



Bowood miró a Sheffield. Emanaba un aura un tanto fría. Tenía alrededor de 25 años y llevaba un abrigo negro, delgado y aseado. Nunca había visto tal extraño aspecto. No llevaba una capa. ¿Acaso era una maga?

Cromwell asintió con satisfacción y dio unas palmaditas a la espalda de Bowood.

—Ella es de Rub' al Khali. Diseñó estos cañones a partir de la tecnología que aprendió de los elfos. Sus puntos de vista de la tecnología... no siguen nuestras artes mágicas. Posee un conocimiento de la tecnología que es nuevo para nosotros. Deberían conocerse mutuamente.

Bowood asintió, aburrido. En realidad era monárquico, pero creía firmemente que los soldados no debían involucrarse en política. En otras palabras, era una persona puramente militarista. El comandante de la flota, que le superaba en rango, se juntó a la armada rebelde y él no tuvo más opción que participar en la Guerra Revolucionaria como capitán de la flota de Reconquista. Para él, había ejercido su deber en aras de la defensa de las tradiciones de Albión. *Noblesse oblige*, los nobles deben actuar como tales. Albión era todavía un mero reinado. Cromwell era alguien despreciable que precisamente había tomado el poder y el trono.

—Probablemente no haya flota en Halkeginia en estos instantes que pueda enfrentar al poder de nuestra real armada soberana.

Bowood había usado a propósito el viejo nombre de la armada. Cromwell sonrió al notar su cinismo.

—Señor Bowood, la real armada soberana dejó de existir en Albión.

—Cierto. Sin embargo, si asiste a la ceremonia con esos nuevos cañones me temo que probablemente sea visto como una vulgar demostración de poder.

—¿Intriga?

—¿Otra conspiración? —Bowood sintió venir un dolor de cabeza.

Cromwell susurró en voz baja a los oídos de Bowood.

—¿Qué?! ¡Nunca he oído semejante acto de desvergüenza en toda mi vida!

—Todo forma parte de maniobras militares —contestó Cromwell sin compasión.

—¿No hemos acabado de firmar recientemente un pacto de no agresión con Tristain?! ¡En la larga historia de Albión no hemos roto un solo tratado! —gritó un enfurecido Bowood.

—Señor Bowood, no le perdonaré ni una crítica política más de ahora en adelante. Esto es algo que el concilio ha decidido y aprobado. ¿Planea ir en contra del concilio? ¿Desde cuándo se convirtió en un político?

Con esas palabras, Bowood se quedó sin habla. Para él, los soldados eran espadas y escudos que no se oponían a nada. Ellos eran los perros fieles guardianes del país, orgullosos de serlo. Si era una decisión de alguien de mayor rango entonces sólo podrían seguir esas órdenes.

—Ensuciará el nombre de nuestro país a lo largo de Halkeginia. Se nos conocerá por romper cobardemente los tratados —dijo Boodwood angustiado.

—¿Ensuciar el nombre del país? Todos los de Halkeginia serán gobernados bajo la bandera Reconquista. Cuando recuperemos las tierras sagradas de los elfos a nadie le importará esos asuntos tan triviales.

Bowood se acercó a Cromwell

—¿Romper un tratado es algo trivial? ¡¿Planea traicionar incluso a su propio país?!

Un hombre que estaba cerca contuvo a Bowood con su varita. Él pudo reconocer la cara oculta bajo la capucha.

—¿S-su alteza? —susurró un estupefacto Boowod.

La cara era del príncipe Wales quien murió en batalla.

—Comandante, me pregunto si sería capaz de decir semejantes palabras a su capitán general.

Bowood se dejó caer de rodillas. Wales extendió sus manos y Bowood las besó. Se puso pálido. Esas manos estaban tan frías como el hielo.

Cromwell salió con sus asistentes. Wales hizo lo mismo. El único que se quedó fue Bowood, de pie, impactado. Wales, quien murió, estaba vivo y caminaba. Bowood era un mago triangular en las artes del agua. Incluso él, que era un experto en magia de agua, que manejaba la composición de los seres vivos, no conocía un hechizo que pudiera traer a la vida a alguien que ya estaba muerto.

«¿Tal vez fuera un golem? No, ese cuerpo estaba lleno de vida». Siendo un conocedor de la rama del agua, conocía perfectamente el flujo del agua a través de los seres vivos, incluyendo al tal Wales.

Definitivamente, era una forma desconocida de magia. Y Cromwell podía controlarlo. Recordó un rumor convincente que había oído y comenzó a temblar.

Que el santo rey Cromwell podía controlar el Vacío...

La legendaria rama de magia Zero.

—¿Qué demonios está planeando hacer a Halkeginia? —susurró con voz temblorosa.

\*\*\*

Cromwell hablaba con el hombre que caminaba junto a él.

—Vizconde, únase a la flota Lexington como comandante de los dragones.

Sus ojos brillaron bajo su sombrero de plumas.

—¿Me está pidiendo que no le quite el ojo de encima?

Negó con la cabeza rechazando la insinuación de Wardes.

—Ese hombre no nos traicionará. Es demasiado terco y directo, por eso podemos confiar en él. Sólo le estoy prestando su poder en vista de que lideró en una ocasión el escuadrón de defensa mágica. ¿Ha montado alguna vez un dragón?

—No. Pero no hay bestia en Halkeginia que no pueda dominar.

Cromwell sonrió en concordia. De repente se giró hacia Wardes.

—Vizconde, ¿por qué me obedece?

—¿Duda de mi lealtad?

—No, para nada. Obtiene tan buenos resultados que todavía no ha pedido nada a cambio.

Wardes rio un poco. Se tocó la mano artificial que le pusieron recientemente.

—Sólo quiero ver eso que su Excelencia me mostrará

—¿Las tierras sagradas?

Wardes asintió.

—Creo que estoy buscando mentiras allí.

—¿Tu ‘crees’? ¿Realmente no tiene algún deseo? ¿De verdad? —dijo Cromwell.

El rey en principio era un clérigo, pero no albergaba ni una pizca de fe. Wardes bajó la mirada hasta un viejo relicario de plata. En su interior había el retrato dibujado de una preciosa mujer. Su corazón, que siempre daba la impresión de ser frío a la gente, comenzó a calentarse

—No, Su Excelencia —susurró después de mirar el pequeño retrato—. Soy un hombre que desea la mayoría de este mundo.

\*\*\*

Mientras tanto, en la habitación de Henrietta, dentro del palacio real de Tristain, los sirvientes estaban ocupados cosiendo el vestido de novia que la princesa iba a llevar. Marianne, la reina, también estaba allí. Observaba con una sonrisa a su hija con un vestido de puro blanco. Sin embargo, la expresión de Henrietta era como la del hielo. Cuando los costureros le pedían cosas de las mangas y la posición de la cintura ella se limitaba a asentir. Marianne pidió

a las sirvientas que salieran al ver a su hija en ese estado.

—Mi querida hija, no te veo bien.

—Madre.

Henrietta hundió su cara en las rodillas de su madre.

—Entiendo que no quieras esta boda.

—No, no es eso en absoluto. Soy una persona feliz. Soy capaz de casarme.

¿No dijiste una vez que una mujer debería estar feliz de casarse?

A diferencia de sus palabras, la belleza del rostro de Henrietta se abatió y comenzó a llorar de pena. Marianne dió unas palmaditas con suavidad a la cabeza de su hija.

—¿Tienes a alguien a quien ames?

—Tuve a alguien a quien amé. Es como si estuviera flotando en un río muy rápido. Todo ha pasado ante mí. Amor, palabras amables... nada permanece ahora.

Marianne negó con la cabeza.

—El amor es como el sarampión: si se alivia, te olvidarás de eso.

—¿Cómo voy a olvidar...?

—Eres una princesa. Debes olvidar lo que debes olvidar. La gente estará incómoda si te ven de esta forma —contestó Marianne con un tono admonitorio.

—¿Para qué me estoy casando? —preguntó triste Henrietta.

—Para el futuro.

—¿Para el futuro... del país y de la gente?

Marianne negó con la cabeza.

—Es también por tu futuro. Cromwell de la facción Reconquista, quien está controlando Albión, es un hombre ambicioso. Según lo que he oído controla el elemento del vacío.

—¿No es esa la legendaria rama de la magia?

—Sí. Si eso es verdad entonces sería espantoso, Henrietta. Tener demasiado poder corrompe a la gente. Aunque tengamos un pacto de no agresión, un hombre como él no bajará la mirada de los cielos hacia Halkeginia obedientemente. Es mejor para ti que estés en un poderoso país como Germania.

Henrietta abrazó a su madre.

—Perdóname, madre, por ser tan egoísta.

—Está bien. El amor lo es todo a tu edad. No es como si no lo comprendiera.

Se abrazaron con fuerza la una a la otra.

## Capítulo 6

### La caza del tesoro

Tabitha se ocultó tras un árbol aguantando la respiración. Frente a ella había un templo en ruinas. Las columnas que una vez alardeaban de magnificencia estaban derruidas y las cercas se habían oxidado. Brillaban los vidrios de colores destrozados en el suelo y las malas hierbas llenaban el jardín. Era el templo de un pueblo innovador abandonado hacía décadas. Estaba completamente desolado; no había nadie cerca. Sin embargo, cuando la luz del sol brillaba sobre el lugar había una especie de atmósfera pastoral. El sitio probablemente sería usado por los viajeros para almorzar o actividades similares.

De repente, una explosión rompió la atmósfera de calma. Kirche se colocó en un árbol cercano al poste de la entrada en llamas. Tabitha, a la sombra de los árboles, agarró su varita. La razón de porque el pueblo había sido abandonado pronto saldría a la luz: orcos. Medía dos metros de altura y pesaba unas cinco veces más que un humano promedio. Su cuerpo gordo y feo estaba cubierto por una piel hecha de animales. Con esa nariz grande que tenía su rostro recordaba al de un cerdo. En efecto, podría decirse que era un cerdo a dos patas.

Había alrededor de diez de ellos. A los orcos les gustaban los niños humanos y al ser atacados por un grupo de criaturas con unos gustos tan problemáticos, los aldeanos abandonaron el pueblo y huyeron. Hablaron con el rey del lugar, pero le disgustó la idea de enviar soldados a los bosques, así que ignoró la petición. Este pueblo era sólo uno de los muchos en Halkeginia que había sufrido un destino similar.

El orco se comunicaba con el resto mediante sonidos similares a los de un cerdo, mientras señalaba el fuego ardiente alrededor del poste de la entrada.

—¡Fugii! ¡Pigii! ¡Agi! ¡Nguiiii! —se gritaron entre ellos enfadados.

Por la forma en que agitaban las cachiporras de sus manos, estaban evidentemente enfurecidos. Había una fogata, lo cual significaba que había humanos cerca. Eran enemigos y el fuego era un cebo. Observando la situación, Tabitha pensó en qué hechizo usar. Había más enemigos de lo que ella esperaba. No podía disparar continuamente hechizos de fuego. Si no actuaban con cautela podrían perder la ventaja del ataque sorpresa.

Justo en ese instante el aire alrededor de los orcos brilló y aparecieron tras de ellos siete damas de bronce; eran los gólems de Guiche. Tabitha frunció las cejas. Eso no era lo que habían decidido; Guiche debía de haberse impacientado.



Las siete valkirias de Guiche cargaron contra el cabecilla orco con las lanzas por delante. La puntas de las lanzas se hundieron en el estómago del orco y lo tiraron. Sin embargo, la herida era superficial. Su gruesa y gorda piel había actuado como escudo protegiendo los órganos internos del daño. Rápidamente se puso en pie y agitó su cachiporra ignorando la pequeña herida. Los otros orcos corrieron con sus armas y las agitaron contra las damas de bronce. Las cachiporras en movimiento eran del tamaño de un humano. Un golpe sobre los delicados gólems y volaron por los aires, hechos trizas en el suelo.

Tabitha comenzó a recitar un conjuro mientras agitaba su varita. Agua, viento, viento. Uno de agua y dos vientos. Los dos elementos se entrelazaron entre sí y el hechizo se completó. El vapor en el aire se congeló y se convirtió en carámbanos, que impactaron sobre los orcos desde todas las direcciones. Era uno de los ataques más fuertes de Tabitha: *carámbanos de viento*. El orco herido cayó al suelo.

Kirche, que estaba observando sobre la copa de un árbol situado a una distancia considerable de la escena, movió su varita. Fuego, fuego. Dos fuegos. Se lanzó hacia los orcos una bola de fuego más grande que un hechizo normal de bola de fuego. Era el hechizo *bola de fuego*. Con una serie de movimientos ágiles que no parecían posibles para su estatura, el orco trató de esquivar la bola de fuego. Sin embargo, ésta se autodirigía como si estuviera atada a una cadena. El disparo acabó dentro de la boca de un orco y su cabeza comenzó a arder, no obstante no podrían seguir usando esos hechizos tan fuertes.

Los orcos se asustaron, pero se dieron cuenta que solo les atacaban un puñado de magos. Después de percatarse recordaron una larga batalla que tuvieron una vez contra humanos. Si perdían, sería en un instante. Sin embargo, sólo dos de ellos murieron por magia, lo que significa que los ataques humanos habían fracasado.

La rabia se sobrepuso al miedo. Las narices afiladas vibraban en busca de los humanos. Se podía oler un aroma delicioso de un joven humano. Los orcos corrieron al unísono. De repente apareció una persona con una espada a su espalda. Cerca de él había una salamandra de fuego. Sin dudarlo los orcos continuaron con su carga. La salamandra sería un enemigo fuerte, aunque con los dos solos no sería problema. El guerrero humano no iba a ser un impedimento. Se dice que un orco puede igualar a cinco guerreros humanos y esto se aplica a los guerreros experimentados. Un niño como ese podía ser despachado con un giro al aire de la cachiporra.

—Les atacaré por la derecha —susurró Saito a la salamandra que estaba a su lado—. Detén a cualquiera de los monstruos que se acerque a Kirche.

El fuego brilló desde la punta de la boca del lagarto de fuego y asin-

tió con un 'kyuru-kyuru'. Los cerdos grandotes formaron grupos para atacar, intentaban intimidarlos. La mano de Saito estaba temblando. «Una pena no ir tan elegante como ellos. Un momento...¿Pero qué demonios es eso? Es aterrador».

El orco llevaba un collar. Después de observarlo mejor por segunda vez se podía ver que era un collar hecho a partir de una cuerda de paja y cráneos humanos. «Las normas de mi mundo realmente no existen en éste». Se podía percibir el hedor de la bestia.

Empuñó a Derflinger con su temblorosa mano izquierda. Las runas del dorso de la mano brillaron. La ira y el vigor estallaron dentro de su cuerpo e hizo que se calentara. Comenzó a tocar un ritmo con el dedo índice ayudándole a calmarse. Calculó sus pulsaciones.

Pum-pum, pum-pum, pum-pum, el ritmo de su pulso.

Saito abrió los ojos y miró a los orcos que rugían hacia él. Un orco zarrandeó la cachiporra contra el chico. Dio en el blanco... debería haber sido así, pero el arma impactó justamente en el suelo. Intentó levantar la cabeza para ver el terreno pero su visión se vino abajo. No volvería a mover el cuello nunca más. Sus manos alcanzaron desesperadamente la cabeza para descubrir que ya no estaba.

Saito había saltado más rápido que el golpe del orco y había cercenado la cabeza. ¡¿Cómo era posible?! El orco decapitado cayó al suelo. Saito saltó cerca de un orco aturdido y lo redujo. Con la fuerza de su espada acabó con él. A la izquierda el lagarto de fuego estaba luchando contra un orco, esparciendo fuego por todas partes. Flame subyugó a otro que estaba y escupió una llamarada infernal hacia su cabeza.

El resto rodeó a Saito con cautela ya que habían perdido a tres aliados. Con la espada preparada, Saito miro a los orcos fríamente. Era como si un dragón los mirara. Sus instintos les decían que era peligroso, les decían que no podrían ganarle. Los orcos se miraron los unos a los otros.

Pero si era un humano. Posiblemente no perderían, debía haber sido un error de ellos. Ignorando sus instintos, su experiencia y el sentido común rugieron y cargaron en un ataque final.

Y de esta forma perdieron la vida. Con la ayuda de la magia Saito y Flame los diezmaron en dos minutos.

El dragón de Tabitha aterrizó en el suelo. Si el dragón de viento hubiera sido herido significaría que tendrían que caminar de vuelta a casa, así que habían decidido que no entrara en batalla

Kirche bajó del árbol y dio un empujón a Guiche.

—¡Au! ¿Qué estás haciendo?



—¡Por tu culpa nos hemos metido en ese desastre!

El plan consistía en atraerlos a un hoyo que Verdandi había excavado y prender el aceite que estaba preparado en él. Todos los orcos se habían quemado hasta la muerte.

—Como si cayeran todos así de simple en un hoyo como ese. El primero que hace un movimiento gana. Sólo lo puse en práctica —refunfuñó Guiche.

—Tu topo lo excavó, ¿verdad? ¡Ten más fe!

—Bueno, estamos todos bien, así que no importa —dijo Saito.

Siesta, que estaba escondida y temblando, se tiró hacia Saito y lo abrazó desbordada por la emoción.

—¡Eso fue increíble! ¡Matar a todos esos en nada de tiempo! ¡Eres increíble, Saito! —Luego miró tímidamente hacia los cadáveres orcos—. Con esos merodeando me figuro que no puedes ir realmente tranquila a recoger setas en el bosque.

Saito limpió la sangre y la grasa pegada en Derflinger. Sus manos todavía temblaban. «Supongo que todavía no me he acostumbrado todavía a las batallas» pensó. «A pesar de que son monstruos son seres vivos. Hablar de batallas es muy fácil, pero son seres vivos que se matan los unos a los otros. Incluso si ganas no deja buen sabor de boca. A pesar de que tengo poderes del familiar Gandàlfr mi cuerpo sigue siendo de carne y sangre. Si hubiera resbalado y recibido un golpe de una de esas cachiporras... ahora podría estar yaciendo en el suelo».

Siesta agarró firmemente las manos de Saito al percatarse que le temblaban.

—¿Estás bien? —parecían preguntar sus ojos.

Saito forzó una sonrisa y asintió con la cabeza.

—Estuviste increíble... pero supongo que tales peligros son malos... —susurró Siesta.

Mientras tanto Kirche actuaba como si nada hubiera pasado, a pesar de la batalla. Miró hacia el mapa.

—Hm, dentro del templo hay un altar... y bajo el altar hay un cofre oculto —dijo.

—Y dentro de ese cofre...

—Está el legendario tesoro de oro y plata Brisingamen que aparentemente ocultó el sacerdote cuando abandonó el templo —Kirche se atusó el pelo triunfantemente.

—¿Qué es un Brisingamen? —preguntó Guiche.

—Em, parece que es un collar hecho de oro —Kirche iba leyendo las anotaciones del mapa—. ¡Está hecho de oro fundido! Uau, hasta el nombre me

emociona. Cuando lo llevas estarás protegido de cualquier desastre y...

\*\*\*

Esa noche... se apelotonaron en una hoguera en el jardín del templo. Todos lucían rostros cansados.

—¿Así que eso era lo que llamaban tesoro? —dijo Guiche amargamente tras apuntar a los colores desteñidos de unos accesorios y a unas cuantas monedas de cobre sucias.

Bajo el altar había un cofre. Sin embargo estaba lleno de broza que ni siquiera habían considerado llevarla de vuelta a casa.

—Esto está hecho de latón. Todos esos collares y pendientes baratos no son precisamente el Brisingamen, ¿verdad?

Kirche no contestó y se limitó a mirar a sus uñas, aburrida. Tabitha estaba leyendo un libro, como de costumbre. Saito estaba tumbando mirando a la luna.

—¡Ey!, ¡Kirche!, ¡esta ya es la séptima vez! ¡Hemos seguido esos mapas con tanto esfuerzo y todo lo que tenemos son unas pocas monedas de cobre! ¡Ni siquiera se acercan a lo que dicen sus anotaciones! ¡Sólo son patrañas!

—Cállate. Dije que puede que haya un mapa verdadero en el montón.

—¡Esto no va bien! ¡Los monstruos y las bestias pululan por ruinas y cuevas! ¡Esta recompensa ni de lejos es suficiente tras vencer a los monstruos!

Guiche sostuvo la rosa artificial en su boca, se recostó y extendió la manta.

—Bueno, vale. Si pudieras hacerte con tesoros limitándote a matar monstruos entonces nadie sería pobre.

Una atmósfera sombría flotaba entre ellos, pero la voz alegre de Siesta la disolvió.

—¡Chicos, la cena está lista!

Siesta comenzó a racionalizar para todos el guiso de la olla en la hoguera. Tenía buen olor.

—¡Está bueno! ¡Está realmente bueno! ¿Qué tipo de carne empelaste? —preguntó Guiche con la boca llena.

Todos lo probaron y enseguida dijeron lo bueno que estaba. Siesta sonrió y contestó.

—Carne de orco.

Guiche escupió el guiso al instante. Todos la miraron con la mandíbula floja.

—¡E-era una broma! Es carne de conejo. Lo cacé con una trampa.

Siesta pasó a explicar cómo colocó las trampas para atrapar a conejos y perdices y cómo recogió las hojas y verduras para el cocido, todo mientras ellos estaban a la caza del tesoro.

—No me asustes de esa forma. De todas formas has resultado ser útil, has sido capaz de hacer algo de calidad con cosas que has cogido en el bosque —contestó Kirche con un tono de alivio.

—Bueno, vivo en un pueblo —dijo Siesta tímidamente.

—¿Cómo se llama este guiso? Las hierbas que has utilizado son un poco diferentes de las que normalmente se usan. Ni siquiera he visto algunas de estas verduras —dijo Kirche mientras enrollaba una de las verduras en el tenedor.

—Es un guiso que se hace en mi pueblo, se llama Yosenabe —explicaba Siesta mientras removía el tazón—. Mi padre me enseñó cómo hacerlo. Las plantas silvestres, las raíces... mi padre aprendió de mi abuelo. Es una especialidad de donde vivo.

Todos se relajaron bastante gracias a esta deliciosa comida.

Habían pasado diez días desde que habían dejado el colegio. Saito miraba al cielo y se preguntó qué estaría haciendo Louise.

—¿Está bueno, Saito?

Siesta estaba cerca de él, sonriéndole. Con la boca llena de guiso le devolvió la sonrisa. La sonrisa de Siesta, el sabor del guisado; ambos le recordaban algo. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba fuera, pero le recordaba a su mundo.

Después de la cena Kirche extendió un mapa nuevo.

—Vamos a dejarlo y volvamos a la escuela —instó Guiche, aunque Kirche no se movió.

—Sólo uno más. Uno más.

Los ojos de Kirche brillaban al mirar los mapas, como si estuviera obsesionada. Cogió uno y lo colocó en el suelo.

—¡Vale! ¡Este mismo! ¡Si este mapa resulta ser una engañifa volveremos al colegio!

—¿Cuál es el tesoro?

Kirche cruzó los brazos y respondió.

—*La montura del dragón.*

—¿D-de verdad? —Siesta se atragantó con el guiso que estaba comiendo una vez el resto había acabado.

—¿Qué pasa? ¿Sabes algo? Esta cerca de un pueblo llamado Tarbes. Ahora, ¿dónde está Tarbes...?

—Está en dirección hacia La Rochelle —replicó al instante—. Es un

terreno extenso... es mi pueblo natal.

\*\*\*

A la mañana siguiente Siesta explicó todo mientras viajaban en el dragón de viento. No había mucho que contar: había un templo cerca del pueblo y en ese templo había algo llamado *montura del dragón*.

—¿Y por qué lo llaman *la montura del dragón*?

—Parece ser que puedes volar en él si lo montas —dijo Siesta débilmente.

—¿Volar? ¿Es un objeto de tipo viento?

—En realidad no es algo tan importante como eso —contestó Siesta como si estuviera en un apuro.

—¿Por qué?

—Es un engaño. Es uno de esos ‘tesoros’ que puedes encontrar en cualquier lado. Sólo fíjate en el nombre. La gente se siente agradecida, decoran el templo, lo adoran...

—¿De verdad?

—En realidad... el propietario era mi abuelo. Aparentemente les contó a todos que vino del este con *la montura del dragón*.

—Uau...

—Pero nadie le creyó. Todos dicen que mi abuelo era raro.

—¿Por qué?

—Alguien le dijo que volara con eso, pero les contó que no podía. Puso un montón de excusas, pero nadie tenía motivos para creerle. Después de eso dijo que ‘no podía volar más’ y se fue a vivir al pueblo. Trabajó muy duro y le dio su dinero a los nobles pidiéndoles que le echaran un *hechizo de permanencia* en *la montura del dragón*. Lo trató con mucho cariño.

—¿Qué persona más rara. Debió de ser un hombre rudo en tu familia, ¿no?

—No, aparte de *la montura del dragón*, era una persona agradable y trabajadora. Caía bien a todos.

—Fue algo famoso en el pueblo, ¿no? Justo como el Yosenabe... no podemos llevárnoslo.

—Es que... es como una propiedad de mi familia... si Saito quisiera podría pedirle a mi padre que te lo enseñe —dijo como si se metiera en problemas.

Saito pensaba que esos falsos mapas eran inútiles de todas formas, pero Kirche remarcó:

—Incluso si es un engañabobos siempre hay formas de vender estas. Hay muchas personas con diferentes gustos en este mundo.

—Eres una mujer horrible —dijo Guiche consternado.

El dragón de viento agitó sus alas y se dirigió hacia Tarbes.

Mientras tanto, en el colegio, Louise seguía saltándose las clases. No quería ver a nadie debido a su actual estado de ánimo. Solo dejaba su habitación para comer en el comedor y cuando se disponía a tomar un baño. Sabía que Saito estaba viviendo en una tienda de campaña en el patio Vestri, por lo que bajó allí hace unos pocos días para ver qué estaba haciendo, pero no había nadie. Preguntó a Montmorency, que estaba de paso por allí, y descubrió que Saito, Guiche, Kirche y Tabitha se habían saltado las clases para irse a cazar tesoros. Apparently los profesores se volvieron locos y dijeron que les harían limpiar el auditorio entero nada más regresar. Incluso se sintió más triste cuando pensó en lo divertido que debía ser. Se sentía como si fuera la única que había sido abandonada.

Louise lloró de nuevo en su cama. Cada vez que veía vacío el pajar las lágrimas regresaban a sus ojos. Se oyeron unos golpecitos tras la puerta. Ésta se abrió con un ruido metálico tan pronto como Louise respondió que no estaba cerrado. El director de la escuela, el viejo Osmond, estaba en la entrada de la puerta, lo cual sorprendió a Louise. Rápidamente se puso su vestido y salió de la cama.

—¿Cómo te sientes?

—Lamento que te haya preocupado —contestó Louise, triste—. Osman cogió una silla y se sentó.

—Has estado descansando durante un buen tiempo. Estaba preocupado, pero parece que estás bien.

Louise asintió y se sentó en una silla. Miraba por la ventana con un rostro cansado.

—¿Has acabado el edicto?

Louise se quedó sin aliento y bajó la cabeza. Negó con la cabeza con una expresión de arrepentimiento.

—Por lo que se ve no se ha hecho nada.

—Lo siento.

—Aún quedan dos semanas. Piensa en ello con más calma. Es la importante boda de tu amiga después de todo. Asegúrate de escoger tus palabras cuidadosamente.

Louise asintió. Estaba avergonzada por haber olvidado el edicto porque estaba muy absorta con sus propios pensamientos.

—Soy un desastre, de verdad. Me considera como una amiga y hasta

me dejó ser la madrina.

—Por cierto, ¿dónde está tu familiar?

Ella apartó la mirada y guardó silencio. Osman sonrió.

—¿Tuvisteis una discusión? Cuando eres joven no sabes cómo comprometerte. A veces algunas heridas no llegan a repararse. Deberías tener cuidado.

Osman dejó la habitación, riéndose.

—No es algo pequeño... —susurró Louise.

Louise fue a su escritorio, hizo caso omiso de todo lo demás y abrió el *libro de oraciones del Fundador*. Cerró los ojos como si sus pensamientos se hubieran clarificado. Se concentró tratando de pensar en el edicto. «Debo pensar en un gran edicto para Henrietta». Mantuvo sus ojos cerrados. «¿Eh?» Apareció una brillante luz. De repente pudo ver las letras en las páginas. Sus ojos se congelaron. Sin embargo, al poco rato desaparecieron de las páginas como la niebla. «No puedo verlo más. Mis ojos probablemente ya están cansados» pensó.

—Todo es culpa de Saito —susurró.

## Capítulo 7

### La montura del dragón

Los ojos de Saito dieron un rodeo por *la montura del dragón*. Estaban en Tarbes, en un templo erigido cerca del pueblo natal de Siesta. Allí descansaba la *montura del dragón*. En realidad, sería más correcto decir que el templo se había construido para guardarlo. La forma en que el abuelo de Siesta construyó el templo generó nostalgia en Saito: estaba levantado al final del campo. La puerta estaba hecha de troncos unidos entre sí y las paredes fabricadas con tablones y mortero en vez de piedra. Además, había una zona de madera pintada de verde oscuro donde se encontraba la reliquia. Tal vez era cosa de un *hechizo de permanencia*... pero no había signos de oxidación. Parecía como nuevo.

Kirche y Guiche miraban con desánimo a *la montura del dragón*. Tabitha lo miraba con sumo interés, como si le hubiera dado un ataque de curiosidad. Saito observaba asombrado a *la montura del dragón*.

—Saito, ¿estás bien? Si te he mostrado algo que te haya hecho sentir mal... —replicó Siesta con un tono preocupado.

Saito no respondió. Continuó mirando a *la montura del dragón* como si estuviera profundamente conmovido.

—Es evidente que esta cosa no puede volar —dijo Kirche.

Guiche asintió.

—Se trata de una especie de canoa, ¿verdad? Y mira a las alas, ni siquiera se pueden mover. Es como un pájaro de juguete o algo así, sin mencionar que incluso las alas de dragones más pequeños tienen ese tamaño. Los dragones y los wyverns pueden volar porque pueden batir sus alas. Una desilusión esta *montura del dragón* —Guiche lo señaló y asintió convencido de que estaba en lo cierto.

—Saito, ¿estás bien?

Saito agarró los hombros de Siesta mientras ella le miraba a su cara.

—Siesta —replicó febrilmente.

—¿S-sí?

—¿Tu abuelo dejó algo más?

—Um... las únicas cosas dignas de mención son su tumba y algunas de sus pertenencias.

—Enséñamelas.

La tumba del abuelo de Siesta se encontraba en el cementerio del pueblo. Las lápidas estaban hechas a partir de grandes piedras blancas. Entre ellas había una lápida de piedra negra que creaba un contraste con las otras.

Había letras inscritas en la misma.

—Mi abuelo hizo esta lápida antes de morir. Está escrita en un lenguaje de un país diferente, así que nadie ha sido capaz de leerlo. Me pregunto qué dirá... dijo Siesta.

Saito lo leyó en voz alta.

—Insigne Sasaki Takeo, de la Armada del Aire. Descansa en otro mundo.

—¿Qué?

Siesta abrió los ojos como platos cuando Saito lo leyó con fluidez. Él devolvió la mirada febril a Siesta e hizo que se sonrojara.

—Para... si me sigues mirando de esa manera...

«Cabello negro, pupilas negras... ese sentimiento nostálgico... Así que era eso» pensó Saito una vez se dio cuenta de porqué sentía esa morriña.

—Siesta, te dijeron que el color del cabello y los ojos eran parecidos a los de tu abuelo, ¿no es cierto? —contestó Saito, para sorpresa de Siesta.

—¡S-sí! ¿Cómo lo sabes?

\*\*\*

Una vez de vuelta al templo, Saito tocó *la montura del dragón*. Al hacerlo, las runas de la mano comenzaron a brillar. «Ya veo, esto también debe considerarse como una arma» pensó Saito mientras miraba a las ametralladoras que sobresalían de las alas. Así como brillaban las runas en su mano, la estructura y los controles de la *montura del dragón* se aparecieron en su mente con claridad. «Pudo volar con esto por su cuenta» pensó.

Saito encontró el tanque de combustible y lo abrió. Tal y como esperaba estaba vacío. No importaba lo bien preservado que estuviera, no volaría sin gasolina. «Me pregunto cómo acabó perdiéndose en Halkeginia con este avión...» Saito intentaba encontrar pistas, no importaba a qué respuestas condujeran.

Siesta regresó de la casa de sus padres.

—Todos están realmente sorprendidos de que me presentara dos semanas antes de lo que dije en un principio.

Siesta entregó emocionada a Saito el objeto que tenía entre sus manos. Eran unas viejas gafas, probablemente las que llevaba su abuelo como alférez de la armada aérea. Él era como aquel propietario del *báculo de la destrucción*, alguien de otro mundo. Un extraño al igual que Saito.

—El abuelo sólo nos dejó esto. No guardó un diario o cosas por el estilo. Pero padre dijo que dejó una última voluntad.



—¿Una voluntad?

—Sí. Si aparecía alguien que pudiera leer la inscripción de la tumba, dadle la montura del dragón.

—¿Eso significa que ahora es mío?

—Sí. Padre dijo que no hay problema en dártelo. Es una molestia tener que mantenerlo ahí... es grande y hay algunas personas que lo adoran... pero sólo está acumulando polvo en este pueblo.

—Bueno, no dudaré entonces —contestó Saito.

—Padre quiso que te dijera algo.

—¿El qué?

—Dijo que quiere que lleves la *montura del dragón* al rey. El rey... me pregunto a qué rey se referiría. Ni siquiera sabemos de qué país era mi abuelo.

—Él es de mi país —dijo Saito.

—¿En serio? Eso explica que pudieras leer las letras de la lápida. ¡Uau! Estoy un poco emocionada. Mi abuelo era del mismo país que Saito. Parece que es el destino —dijo Siesta distraídamente.

—Entonces, mi abuelo vino a Tarbes usando la *montura del dragón*.

—Esto no se llama *montura del dragón*.

—¿Cómo se llama en tu país?

Cuando miró a la *montura del dragón* Saito recordó un modelo de plástico que tenía cuando era pequeño. ¿Por qué alguien lo llamaría *montura del dragón*? Tal vez era más fácil de entender de esa forma. Lo mismo sucedía con el *báculo de la destrucción*.

Miró al símbolo del país dibujado en las alas y el cuerpo del avión. Un punto rojo. Parecía como que tenía algo de blanco alrededor pero estaba cubierto por la misma pintura verde oscura usada en el resto del avión. El símbolo del dragón del zodiaco estaba impreso en el carenado negro. Era probablemente el nombre de la unidad de la que formaba parte.

Saito se sintió muy nostálgico con tan sólo ver un artilugio tan antiguo de su propio mundo.

—Se llama *Zero Fighter* —contestó Saito—. Era un caza de combate que fue usado en mi país en el pasado.

—¿*Zero Fighter*? ¿Caza de combate?

—En otras palabras, un avión.

—¿Es un avión? ¿El que dijiste la otra vez?

Saito asintió.

\*\*\*

Durante todo ese día permanecieron en la casa de Siesta. Como los nobles eran de clase alta el jefe del pueblo vino a saludarlos. Siesta presentó a Saito a su familia: su padre, madre y hermanos. Siesta era la hermana más joven de los ocho hermanos. Al principio sus padres miraron a Saito con desconfianza, pero eso acabó pronto cuando Siesta les dijo que la estaba cuidando en la academia. Ella estaba muy contenta rodeada de su familia después de no haber estado en casa por un tiempo.

Saito tenía envidia de ella. Cuando lo pensó, Louise, Kirche, Tabitha y Guiche, todos ellos tenían familias. Él también tenía una, pero no podía estar con ellos de la misma manera. Incluso si quisiera volver con ellos ni siquiera sabría por dónde comenzar.

Saito contemplaba el vasto campo por la mañana. El sol se ponía detrás de las montañas más allá del campo. Y justo como le dijo Siesta las flores estaban floreciendo por todas partes. «Así que era este el campo, lo que Siesta quería mostrarme».

El piloto que descendió a este mundo con el *Zero Fighter* probablemente intentó encontrar un camino de vuelta a casa volando por el cielo... pero se agotó el combustible y tomó tierra en este campo. Era plano y amplio, así que aterrizar aquí era probablemente fácil. No podía volar cuando se lo pedían porque no tenía gasolina.

Siesta se dirigió a Saito, que estaba mirando el campo, sumergido en los recuerdos de su mundo. En vez de su habitual traje de sirvienta llevaba una falda marrón, zapatos de madera y una camisa verde oscura. Su aspecto era tan radiante como el olor del campo en el ocaso, como el que tenía en frente.

—¡Así que estás aquí! La cena está lista. Padre insiste en que comamos juntos —dijo Siesta tímidamente.

—Te pedí hacer una visita, pero no esperaba que fuera a ir todo de esta manera.

Siesta estiró ambos brazos hacia el campo que tenía enfrente. El sol poniente bañaba el campo con una preciosa luz.

—¿No es bonito este paisaje? Era esto lo que quería enseñarte, Saito.

—Sí, lo es.

Siesta puso la mirada abajo y jugueteó con sus dedos.

—Mi padre dice que conocer a alguien que viene del mismo país de mi abuelo es cosa del destino. Me pidió si podrías quedarte en el pueblo. Y luego dijo que si... podría dejar de trabajar en la academia para volver aquí contigo.

Saito no respondió, tan solo miraba al cielo. Estaba pensando en lo amable que era Siesta con él. Si le decía más cosas tan enternecedoras como esas probablemente su corazón se fundiría. Se sintió solitario cuando vio a



Siesta tan feliz sentada y charlando con su familia. Después de ver el *Zero Fighter* su nostalgia aumentó con más intensidad.

—Pero no pasa nada. Sé que no va a funcionar. Eres como un pájaro. Tendrás que volar de aquí algún día.

Y entonces Saito decidió contarle la verdad.

—Tu abuelo dijo que vino del este, ¿verdad?

—Um... sí —dijo Siesta un poco preocupada.

—Tu abuelo, al igual que yo, no nacimos en este mundo.

—Naciste en Rub' al Khali del este, ¿cierto?

—No, eso no es del todo así. No te estoy tomando el pelo.

—¿Hay alguien allí que te esté esperando?

—No. Pero mi familia está esperando. Algún día tendré que dejar este lugar por mi cuenta.

Saito se giró hacia Siesta.

—Es por eso que no puedo hacer las cosas que me contaste —dijo con debilidad.

Saito estaba muy serio. Siesta notó que no estaba bromeando.

—Puedo proteger a la gente con mi poder mientras siga aquí, pero eso es todo. No tengo derecho a vivir con nadie. No.

—Pero mi abuelo lo hizo, ¿no es así?

—Tu abuelo no tuvo el poder de Gandàlfr que yo sí tengo. Hasta ahora he tenido a muchos enemigos y los he derrotado con este poder. Siento como si me guiara.

—Entonces, ¿puedo esperarte? No tengo ningún talento, pero puedo esperar. Si das lo mejor de ti al encontrar una forma de regresar a casa y aun así no lo logras, entonces...

Siesta se quedó en silencio. «Si eso ocurre realmente, ¿qué haría?» pensó Saito. Su pulso se aceleró con mirar a Siesta. Era linda, e impresionante sin la ropa puesta. Era amable y hasta cocinaba bien. Era una gran muchacha. Con mayor motivo que no podía prometérselo.

Siesta sonrió una vez se recuperó.

—Un búho mensajero acaba de enviar esto. Parece que los profesores están muy enfadados. La señorita Zerbst y el señorito Gramont estaban pálidos. Dijeron que podrían tomarse unas vacaciones por el momento. La boda de la princesa está próxima de todas formas. Estaré aquí hasta que acaben las vacaciones.

Saito asintió.

—Um... ¿entonces puedes hacer volar la *montura del dragón*?

«Con gasolina, probablemente» pensó Saito.

—No estoy seguro. Tengo que hablarlo con alguien primero. Si lo hago volar quiero marchar a las tierras del este. Tu abuelo vino volando desde allí, ¿verdad? Allí debe de haber una pista —contestó Saito, mirando el ocaso.

—¿De verdad? Si pudieras hacerlo volar entonces sería maravilloso. La *montura del dragón* se llama *Zero Fighter*, ¿no? Si lo haces volar, por favor deja que monte al menos una vez.

Saito asintió.

—Puedo llevarte todas las veces que quieras. De todas formas era algo de tu familia.

\*\*\*

A la mañana siguiente, utilizando algunos contactos del padre de Guiche, Saito se las ingenió para obtener los servicios de algunos jinetes y sus dragones. Llevaron al *Zero Fighter* en una gran red en dirección a la academia. En un principio Guiche se preguntó por qué llevaban a la inservible *montura del dragón*, pero ya que Saito insistió lo hicieron. Los costes de hacer una gran red y llamar a los jinetes eran ridículamente caros. Saito estaba preocupado porque evidentemente no podría afrontar los gastos de transporte. Sin embargo, tan pronto como el *Zero Fighter* llegó al patio de la academia alguien apareció al instante y pagó los gastos. Era el señor Colbert.

## Capítulo 8

### El laboratorio de Colbert

El señor Colbert tenía cuarenta y dos años. Había estado sirviendo a la academia durante veinte años. Era un mago apodado *serpiente de fuego*. Su afición... o mejor dicho, su vida estaba centrada en torno a la investigación y la invención.

Una vez que vio desde su laboratorio de desarrollo que los dragones habían traído el objeto salió como una bala al patio. Su curiosidad se había disparado.

—Tú, ¿qué es esto? ¿Me lo puedes explicar?

Los ojos de Colbert brillaban mientras miraba a Saito, el cual observaba como descendía el *Zero Fighter*.

—Ah, en realidad quería hablarte de ello.

—¿Conmigo?

Colbert se sorprendió. ¿Quién era este joven plebeyo exactamente? Todo lo que sabía es que él era Gandálfr, el famoso familiar convocado por la señorita Vallière. Nacido en Rub' al Khali. Fue la única persona que dijo que el invento de Colbert era 'genial'.

—Esto se llama avión. En mi mundo se ven volar por todas partes.

—¿Esto vuela? ¡Uau! ¡Maravilloso!

Colber examinaba todas las numerosas partes del *Zero Fighter* con sumo interés.

—¡Esto puede que sea el ala! ¡Parece que no puede ser batida como las alas normales! ¿Y qué hay de este molino de viento?

—Eso se llama hélice. Cuando gira hace que el avión vaya hacia adelante.

Colbert se acercó a Saito con los ojos rebosantes de asombro.

—¡Ya veo! ¡Cuando gira genera el poder del viento! ¡Está bien hecho, ¿verdad?! ¿Podrías hacerlo volar para mí? ¡Mira! ¡Me tiemblan las manos de la emoción!

Saito se rascó la cabeza en señal de preocupación.

—Em... para hacer girar la hélice necesito gasolina.

—¿Gasolina? ¿Qué es eso?

—De eso quería hablar. ¿Recuerdas esa lección en la que nos mostraste ese invento tuyo?

—¿La serpiente alegre?

—¡Sí! Necesitaba quemar petróleo para que se moviera, ¿verdad?

—¿Así que necesitas petróleo? ¡Es un problema que se resuelve fá-

cilmente!

—No, no creo que ese funcione. Tiene que ser gasolina.

—¿Gasolina? Hm... bueno, hay muchos tipos diferentes de petróleo. Saito se dio cuenta de que los jinetes les sonreían ampliamente.

—Discúlpame si estás ocupado, pero si no pagas los gastos de transporte...

—Vosotros dos también sois nobles, ¿no? Dejad de hablar constantemente de dinero.

—Oye, que los soldados somos pobres, ya lo sabes.

Saito sonrió a Colbert.

—Señor Colbert, ¿podría ser posible que pagara los gastos de transporte, al menos por ahora?

\*\*\*

El laboratorio de Colbert estaba situado en una pequeña zona entre la torre central y la torre de fuego. Era muy parecido a un viejo refugio destartado.

—Al principio comencé mis experimentos en mi propia habitación, pero como los ruidos y los malos olores están naturalmente ligados con la investigación, al cabo de poco tiempo la gente cercana a mí se quejaba.

Los estantes de madera estaban atestados de botellas de medicina, tubos de ensayo, frascos que contenían nostrum y cosas por el estilo. Cerca de todo eso había una estantería repleta de libros. Había un globo celestial hecho de papel pegado a una esfera y otros tipos de mapas. Había lagartos, serpientes y pájaros que nunca había visto antes enjaulados. Un olor a almizcle llenaba la habitación entera y no era producto del moho o del polvo.

Saito se pellizcó la nariz.

—Pronto te acostumbrarás al olor, sin embargo una mujer no lo haría. Es la razón por la que estoy soltero.

Colbert se sentó mientras murmuraba respuestas a preguntas que no habían sido planteadas. Olió la gasolina que había recogido del tanque de gasolina del *Zero Fighter*. Puesto que el avión de combate tenía un *hechizo de permanencia* la gasolina no había cambiado su posición química.

—Hm... jamás he oído un aroma como éste. Partiendo de que el olor sale sin siquiera calentarla... puede que sea de fácil combustión. Si se utilizara como explosivo pegaría un fuerte estruendo.

Cogió un pergamino cercano a él y comenzó a tomar notas.

—Si replico este tipo de petróleo, ¿ese 'avión' podrá 'volar'?

—Probablemente... a no ser que ya se haya averiado.

—¡Interesante! Elaborar sustancias es un trabajo duro, ¡pero lo intentaré!

Mientras murmuraba para sí mismo sacó todo tipo de sustancias y encendió la lámpara de alcohol.

—Te llamabas Saito, ¿no?

Saito asintió.

—¿Dijiste que en tu pueblo natal eso puede verse volando por cualquier lugar? La tecnología de las tierras de los elfos que gobiernan el este parece superar enormemente todo tipo de tecnología de Halkeginia.

Saito se sintió algo mal por mentir a Colbert. Había pagado los gastos de transporte y le estaba ayudando en la producción de gasolina.

—Señor Colbert, en realidad yo... no soy de este mundo. Ese avión, así como el *báculo de la destrucción* que destruyó el golem de Fouquet y yo mismo somos de otro mundo.

La mano de Colbert se paró de repente.

—¿Qué dijiste?

—Que vengo de otro mundo.

Colbert miró fijamente a Saito y después asintió con la cabeza, como si estuviera impresionado.

—Ya veo —susurró.

—¿No está sorprendido?

—Sí, por supuesto que lo estoy. Pero sin duda eso es lo que parece; la forma en la que hablas y tu comportamiento tienen un cariz diferente. Hm, esto se hace cada vez más y más interesante.

—Vos es una persona extraña, ¿no cree señor Colbert?

—Muchas personas me llaman raro. Todavía no he encontrado alguien dispuesta a casarse conmigo. Pero tengo una creencia.

—¿Una creencia?

—Sí. Creo que los nobles de Halkeginia enfocan la magia como una mera herramienta... como una escoba, que sólo la ven como una herramienta muy útil. No creo que la magia sea algo así. La magia puede ser usada para muchas más cosas. En vez de apegarse simplemente a los usos tradicionales deberíamos experimentar para encontrar formas diferentes de emplearla— asintió con la cabeza y continuó—. Después de verte mi creencia ha crecido más fuerte. ¡Quién hubiera pensado que existiera otro mundo! ¡Esto demuestra que las reglas de Halkeginia no son absolutas! ¡Interesante! ¡Mucho más que interesante! Quiero ver ese mundo. ¡Probablemente haya montones de cosas nuevas que esperan ser descubiertas! ¡Seguramente añadida una nueva página



a mi investigación! Si después de todo tienes más preguntas, ven aquí y habla conmigo. Colbert, la *serpiente llameante*, siempre te ayudará.

\*\*\*

Saito estaba en el patio Austri, sentado en la cabina del *Zero Fighter* inspeccionando sus componentes. En el momento en que agarraba los mandos o si simplemente tocaba un interruptor, la información fluía por su cerebro y le decía la condición del componente. Cuando movió el mando de control los alerones de las alas y la leva de la cola se movieron con un ruido metálico. El timón de dirección se accionó en el momento en que se metió en la cabina y un puntero en forma de cruz apareció en el cristal cuando presionó el botón del panel de instrumentos. Los motores de ambos lados del cuerpo seguían imponentes. Las runas brillantes de Gandálf le decían lo que necesitaba saber. Saito dibujó una sonrisa en su cara.

—Compañero, ¿esto puede volar?

—Sí.

—Algo como esto volando... tu mundo es extraño.

Numerosos estudiantes estaban observando a Saito en el *Zero Fighter*, pero rápidamente perdieron el interés y se marcharon. «Sólo hay unos pocos nobles que estarían interesados en esto, como Colbert», pensó Saito.

De repente, una chica apareció ante Saito, acariciando orgullosamente su pelo melocotón con la mano. Louise miraba a su familiar y a la cosa en la que estaba metido.

—¿Qué es eso? —apunto enfadada con el dedo.

Saito alzó la cabeza de la cabina y se limitó a replicar:

—Un avión —contestó enfrentándola desde la distancia, como si no estuviera de buen humor.

—Baja de esa cosa que llamas avión entonces —ordenó Louise haciendo un gesto mohín con los labios mientras ponía sus manos en las caderas. Él la ignoró y continuó inspeccionando las partes del *Zero Fighter*.

Louise agarró el extremo del ala e hizo que el avión bamboleara.

—Dije que bajaras, ¿no?

—Está bien —murmuró Saito.

Bajó e hizo frente a Louise.

—¿A dónde fuiste?

—A buscar tesoros.

—¿En qué estabas pensando? ¿Te marchas sin decir nada a tu ama? Louise cruzó los brazos y fijó la mirada en Saito. Él notó que tenía los

ojos hinchados.

—¿No me despediste?

Louise bajó la mirada y decidió hablar con una voz que parecía que fuera a llorar.

—Supongo que mereces una oportunidad para explicarte. Si tienes algo que decir, dilo ahora.

—¿Qué hay que explicar? No hice nada. Todo es por Siesta, ¿verdad?

Ella estaba a punto de caerse así que la cogí. Luego caí yo también y parecía que me había empujado encima de la cama.

La verdadera razón era que Siesta se comenzó a quitar la ropa de repente, pero por el amor de dios, ella no haría tal cosa.

—Entonces, ¿de verdad que no ocurrió nada?

—Nada. ¿Por qué te enfadaste tanto? Esa fue la primera vez que Siesta entraba a la habitación. Como si hubiera ocurrido algo así. De todas formas, ¿por qué te enfadaste? Lo que hagamos Siesta y yo no te tiene que importar nada, ¿vale? —contestó Saito.

«Louise solo piensa en mí como un familiar. La única razón por la que me trata mejor es debido a su recién descubierta compasión por los animales».

—No es de mi incumbencia, pero sí en parte.

—¿En qué parte?

Louise miró a Saito y gimió. Le tiró del mangote. Estaba susurrando cosas como 'ey, discúlpate' y '¿por qué estás tan tenso? Hiciste que me preocupara mucho', pero Saito ya no la miraba más. Tenía puesto sus ojos en el deslumbrante *Zero Fighter*.

Llegó a sus propias conclusiones. Louise estaba avergonzada de haberse encerrando en su habitación y enfurruñarse de esa manera. Decidió mostrar la técnica mortal que había estado reservando. Era una técnica secreta de chicas que podía tirar por tierra cualquier sospecha, ira, contradicción e incluso el hecho de que Louise despidió a Saito.

Se puso a llorar.

Montones de lágrimas salían a borbotones de sus ojos.

—¿En dónde estuviste metido todo este tiempo?! ¡Idiota! ¡Te odio!

Sollozando, se limpió los chorreones de lágrimas con el dorso de la mano.

—O-oye, no llores.

Saito puso sus manos en los hombros de Louise presa del pánico. Ella gritó aún más fuerte.

—¡Te odio! ¡Te odio!

Kirche se aproximó a ellos llevando una fregona y un paño de polvo en



sus manos. Debido a que se saltaron las clases el castigo consistía en limpiar las ventanas de la academia. Saito no tuvo que hacer nada ya que no era ni un noble ni un estudiante de la academia.

Guiche miró a Saito, que estaba consolando a Louise, y sonrió.

—No puedes hacer que tu ama llore de esta forma.

—¿Así hacéis las paces? No tiene gracia... —contestó débilmente Kirche.

Tabitha simplemente señaló a los dos.

—Después de la tormenta viene el buen tiempo —dijo.

\*\*\*

Esa noche... Louise estaba tirada en la cama agarrando la almohada con firmeza. Se puso la parka que Saito se había quitado, como si fuera suya. Fingía leer frenéticamente un libro.

Saito echó un vistazo por la habitación de la que había estado alejado durante una semana más o menos. Había montones de platos esparcidos por todas partes.

—Así que no has estado yendo a clases.

Montmorency se lo mencionó cuando se la cruzó por el pasillo. Montmorency le dijo a Louise que había estado ausentándose durante mucho tiempo, pero ella se limitó a ignorarla y se alejó.

Louise miró un poco desconcertada a Saito.

—¿Y qué?

—¿Te sientes bien? —preguntó Saito, que parecía estar preocupado.

Estuvo a punto de contestarle ‘¿por culpa de quién crees que fue de que me haya saltado las clases?’, aunque su orgullo pudo más que ella. Puso la manta sobre la cabeza y se acurruco en ella. Saito se rascó la cabeza y miró al pajar. «Así que no lo tiró» pensó Saito, mirando cálidamente a Louise.

Pasaron tres días.

Colbert se despertó con el sonido de las gallinas. Parecía que se había dormido sin darse cuenta. Dejó de ir a las clases y se encerró en el laboratorio durante tres días. Había un frasco enfrente de sus ojos colocado en la parte superior de una lámpara de alcohol. Un tubo de vidrio estrecho ayudaba a mantener el caliente catalizador fresco y coagular en el vaso de precipitación de la izquierda. Ese era el paso final.

Colbert olió la gasolina que recibió de Saito y comenzó cautelosamente a recitar el hechizo de alquimia para aplicarlo a la substancia del vaso de precipitación, mientras se concentraba en el olor de la gasolina.

Un cúmulo de humo se elevó del vaso de precipitación y la sustancia cambió su color a un marrón amarillento. Lo olió.

Colbert abrió la puerta de golpe y salió disparado de allí.

—¡Saito! ¡Saito! ¡Lo hice! ¡Lo tengo! ¡He terminado de sintetizarlo!

Colbert se acercó a Saito casi sin aliento, quien estaba inspeccionando el *Zero Fighter*. Dentro de la botella de vino que llevaba se almacenaba un líquido marrón amarillento. Saito abrió la tapa del tanque de combustible que estaba delante del parabrisas. Había un cerrojo, así que Colbert usó un hechizo de apertura. Vertió el contenido de las dos botellas.

—Analicé la composición del petróleo que me diste —dijo Colbert orgullosamente—. Parece que estaba hecho de microorganismos de fósiles, así que busqué algo similar. Decidí usar fósiles de árboles... es decir, carbón. Lo empapé en un catalizador especial y extraje una composición similar. Después de emplear dos días en ello recité el hechizo de alquimia sobre el compuesto. Y eso lo convirtió en...

—Gasolina, ¿verdad?

Colbert asintió.

—Rápido, haz que esos molinos de viento giren para mí. Estaba tan emocionado que ni siquiera he dormido.

Después de llenar el tanque de combustible Saito volvió a la cabina. Toda la información de cómo encender el motor y volar el *Zero Fighter* se mostró inmediatamente en su cerebro. Para encender el motor antes se debían girar las hélices.

Saito se asomó por el parabrisas.

—Señor Colbert, ¿podría hacer girar la hélice usando magia?

—Pensaba que giraría usando la fuerza de quemar el petróleo.

—Para encender el motor primero se debe girar manualmente la hélice. No tengo una herramienta para hacer girar la hélice, así que si pudiera usar magia, por favor.

Colbert asintió. Saito comenzó a preparar el avión. Las manos de Saito se movían por sí solas. El poder de Gandálf se llevó a cabo todas las acciones.

En primer lugar, ajustó los niveles de combustible del tanque. Luego, ajustó los niveles de mezcla y el indicador de la hélice a sus niveles óptimos. Abrió las aletas de refrigeración y cerró la tapa del líquido de refrigeración del radiador. Las hélices vibraban mientras Colbert usaba la magia. Saito estaba concentrado, pulsó el botón de encendido con su mano derecha en el momento adecuado. Su mano izquierda sujetaba la palanca del acelerador y la inclinó hacia adelante con suavidad. Se escuchó un chisporroteo del motor y el motor comenzó a funcionar después de la ignición de la bujía.

Tal y como esperaban las hélices empezaron a girar. El cuerpo del avión vibraba. El freno no estaba echado por lo que el avión se impulsaba hacia adelante. Colbert observaba la escena con una expresión incrédula.

Después de comprobar que los indicadores funcionaban Saito apagó el botón de ignición. Salió de la cabina y abrazó a Colbert.

—¡Señor Colbert! ¡El motor se encendió!

—¡Sí, lo hicimos! Pero, ¿por qué no vuela?

—No hay suficiente gasolina. Para que vuele necesitare por lo menos cinco barriles.

—¡Entonces hay mucho que hacer! ¡Ya que he hecho lo más difícil lo acabaré!

Una vez Colbert regresó a su laboratorio Saito continuó con sus ajustes. Por desgracia no tenía ninguna herramienta, así que limpiaba sus componentes.

Louise gritó a Saito, absorto aparentemente en la labor.

—Hey, es hora de cenar. ¿Qué has estado haciendo? Ya casi ha oscurecido.

—¡Encendí el motor! —gritó Saito con alegría.

—¿Ah, sí? Me alegro por ti —contestó Louise como si se hiciera la sorda —¿Y qué pasa después de encender el motor?

—¡Que vuela! ¡Volará!

—¿Qué harás cuando vuele? Preguntó Louise con una voz solitaria.

Saito contó a Louise las ideas que había tenido en su mente durante los pasados dos o tres días.

—Intentaré volar hacia el este.

—¿Al este? No te creo. Me estás diciendo que te vas a ir a Rub' al Khali? ¡De verdad que no me lo puedo creer!

—¿Por qué? El propietario de este avión voló hasta aquí. Tal vez pueda encontrar algunas pruebas que me indiquen cómo regresar a mi propio mundo —contestó Saito febrilmente.

Sin embargo, Louise no parecía tener interés alguno.

—Eres mi familiar —dijo con voz solitaria—. No puedes hacer lo que te dé la gana. Además, la fecha de la boda de la princesa es dentro de cinco días. Tengo que leer un edicto para entonces. Pero no he pensado en nada bueno que decir.

Saito asintió absorbido por el *Zero Fighter* como si estuviera prestando atención. Una vez que supo que podía volar se dejó hipnotizar. Louise tiró de su oreja. Estaba harta. «No me presta nada de atención desde que volvió y en su lugar mira a ese 'avión'».

—¡Escúchame!

—¡Estoy escuchando!

—Pues no lo parece. Estás soñando despierto. ¡No hay familiar que preste atención a su maestro mientras mira a otro lado!

Louise arrastró a Saito a su habitación.

\*\*\*

Louise abrió el *libro de oraciones del Fundador* en frente de Saito.

—Leeré lo que ya tengo planeado decir del edicto.

Tras toser lindamente comenzó a leer.

—En este precioso día, yo, Louise Françoise Le Blanc de la Vallière, rogando por la santa presencia del Fundador, leeré el sagrado edicto...

Y Louise se paró.

—Continúa.

—A partir de aquí debo de dar las gracias a las cuatro ramas de la magia. Tiene que ser poético y que rime...

—Pues tan solo haz que rime.

Louise dibujó un puchero con sus labios, como si estuviera de mal humor.

—No se me ocurre nada. Escribir de forma poética es un dolor de cabeza. No soy una poeta o algo parecido.

—Está bien, sólo lee lo que tengas ahí escrito.

Con ojos preocupados leyó su versos 'poéticos'.

—Em, puesto que el fuego es caliente, uno necesita ser cuidadoso.

—'Necesita' no es poético. Probablemente debiste tener en cuenta eso.

—Cállate. Cuando los vientos soplan los vendedores de barriles prosperan 1.

—¿Por qué usas ese proverbio?

Louise no tenía ningún talento poético. Se tiró enfadada a la cama.

—Me voy a dormir —susurró.

Como ahora tenida cogida la costumbre se cambió ocultando su cuerpo bajo las sábanas. Después de apagar la lámpara Louise gritó a Saito, que ya estaba en el pajar.

—Dije que durmieras en mi cama, ¿no?

El corazón de Saito se aceleró.

—¿De veras? ¿Estás bien?

Louise no respondió. Saito se acostó pensando que probablemente se

pondría furiosa si no hacía lo que le había ordenado.

Louise aún seguía despierta. Abrió la boca como si quisiera hablar con él.

—Entonces, ¿de verdad que te irás a las tierras del este?

—Sí —contestó Saito.

—Es peligroso, ya lo sabes. Esos elfos odian a los humanos...

—Pero los humanos viven en tierras más allá de los territorios de los elfos, ¿verdad? Como ese lugar que se llama Rub' al.

—La naturaleza de esos humanos es completamente diferente. Será peligroso.

Parecía que Louise estaba preocupada de que Saito se marchara.

—¿Todavía piensas ir?

Saito lo pensó brevemente y asintió.

—Bueno, puede que sea capaz de encontrar alguna pista para regresar a casa.

Louise se estaba moviendo bajo las sábanas. Ella recostó la cabeza en el pecho de Saito, que se preguntó qué estaba haciendo.

—¿Q-qué...?

—¡Sólo lo uso como almohada! —replicó Louise malhumorada y con la voz enfadada.

Louise colocó las manos en su pecho y deslizó suavemente los dedos. Una sensación electrizante fluyó por la espina dorsal de Saito.

—No me malinterpretes. ¡Esto no significa que me gustas o algo raro! —dijo con tono avergonzado. Después retomó su voz malhumorada de siempre —¿Aún planeas ir incluso si te digo que no?

Saito se quedó en silencio.

—Me lo imaginaba... —susurró Louise. —Este no es tu mundo, así es... Por supuesto que quieres volver.

El pelo de Louise desprendía una agradable fragancia. El sonido de su respiración también se sentía cerca. Ambos estaban en silencio.

Saito estaba pensando en muchas cosas. No hablaba y Louise no sabía qué decir, así que abrazó el pecho de Saito con fuerza.

—No quiero que te marches. Cuando estás a mi lado puedo dormir sin preocupaciones. Haces que me enfade... —expresó Louise en un hilo de voz mientras seguía abrazándole.

«Parece que tiene los ojos hinchados porque no durmió» pensó Saito. En poco tiempo la respiración de Louise se volvió tan calmada como la de un niño, se oía cerca del pecho de Saito.

Pronto cayó dormida.



«Louise está tan mimada que se le acelera el corazón. Parece que se siente incómoda si no estoy cerca. Bueno, soy su familiar después de todo».

Saito escuchaba su respiración, sumido en sus pensamientos.

Pensó en las personas que había conocido en este mundo.

Había conocido a mucha gente en los escasos meses que llevaba en Halkeginia. Había gente mala, pero también gente amable.

Estaba Marteau, el cocinero que le daba comida.

Osman, que le dijo que le echaría una mano si necesitaba ayuda.

Colbert, quien había sintetizado la gasolina con mucho gusto.

Giche, un esnob, ofensivo a veces, pero una persona amigable que tenía sus propias cualidades.

No era humano pero era una espada, un compañero que dependía de él: Derflinger.

Henrietta, la preciosa princesa.

La valentía... y causa de su muerte, del Príncipe Wales.

Tabitha, una chica callada que le había salvado en numerosas ocasiones.

La seductora Kirche, que dijo que le gustaba, aunque podría haber sido una broma.

Siesta, la guapa y amable sirvienta... que probablemente estuviera enamorado de él.

Y, por último, su maestra más cercana que hacía que su corazón se acelerara. Arrogante y engreída, pero que en ocasiones mostraba una bondad que hacía que su corazón se derritiera: Louise. Una chica de pelo rubio rosado y unos grandes ojos rojos amarronados.

«Cuando llegue el momento, ¿seré capaz de despedirme de toda esta gente con una sonrisa? No lo sé. Pero...» pensaba «tengo que hacer todo lo que pueda por todos los que han sido amables conmigo. Mientras siga en este mundo haré algo por ellos»

Hasta entonces nunca había experimentado todos esos sentimientos.

En ese momento, Saito abrazó la cabeza de ella, suavemente.

Louise gimió en sus sueños.

1 La frase tiene un significado diferente. Se refiere a que la felicidad cae en las manos de una persona inesperada.

## Capítulo 9

### Declaración de guerra

El rey germaniano, Albrecht III, había organizado la celebración del matrimonio con Henrietta en la capital de Germania, Vindobona. La fecha de la boda era el primer día de Nyuui.

Estaba previsto que el buque insignia Mercator recibiera a los invitados del gobierno de Nueva Albión y que se mantuviera anclado flotando en los cielos.

El comandante en jefe de la flota, Count La Ramée, vestido con traje formal, se sentó en el alcázar. El capitán Fevisu estaba cerca de él y se estaba acariciando el bigote. No llegaron a la hora prevista.

—Seguro que llegan tarde, capitán.

—Probablemente esos desgraciados de Albión que mataron a su rey con sus propias manos estén ocupados comportándose como como perros —contestó La Ramée con una voz irritada.

El marinero de la cubierta superior de repente le informó a viva voz de la aproximación de la flota.

—¡Una flota! ¡A la izquierda!

La gran nave, que podía ser confundida fácilmente con una nube, descendió junto con la flota de Albión.

—Así que esa es la Flota Real Soberana de Albión —dijo el capitán, observando con temor el barco grande. Ahí era donde viajaba el embajador.

—Ten por seguro que nadie querría enfrentarse en batalla con uno de esos.

El barco de Albión descendió hasta situarse a la misma altura que la flota de Tristain. El buque de Albión comenzó a enviar señales desde vigía.

—Agradecemos la asistencia de vuestra flota. Este es el capitán del Lexington, buque de Albión.

—¡Tenemos un almirante a bordo! Traer a un capitán para recibimos... nos están tratando como idiotas —dijo resentido el capitán mientras miraba por encima a la débil flota de barcos de Tristain.

—Puede que penséis que el mundo está en vuestras manos ahora que tenéis ese barco. Diles lo siguiente: 'os damos nuestra más calurosa bienvenida. Este es el comandante en jefe de la flota de Tristain'.

Las palabras de Ramée serían comunicadas por el marinero que estaba de pie en el mástil. Se izaron las banderas para enviar el mensaje.

La flota de Albión respondió disparando sus cañones en señal de saludo. No estaban cargados con proyectiles, tan sólo estaban armados con pólvora.

vora para generar la explosión.

El aire alrededor de los cañones se agitó a pesar de que la flota del Lexington había efectuado un simple saludo. La Ramée retrocedió ligeramente.

A pesar de que sabía que la munición posiblemente no podría alcanzarles, la fuerza de los cañones de la flota del Lexington fue capaz de hacer temblar al experimentado almirante.

—Dispara nuestros cañones en respuesta.

—¿Cuantos disparos deberíamos efectuar? Para los mejores nobles se requieren once.

El número de disparos a efectuar dependía del rango y estatus social de la persona.

—Se harán siete —ordenó La Ramée, contemplando la escena y dibujando una sonrisa de niño testarudo.

—¡Preparad los cañones! ¡Siete disparos uno tras otro! ¡Disparad cuando estéis preparados!

\*\*\*

Bowood observaba la flota tristaniana en la cubierta de popa del Lexington, el buque insignia de la flota. Sir Johnston estaba cerca de él, el comandante en jefe responsable de toda la flota de invasión. Cromwell confiaba plenamente en él ya que era miembro del consejo de nobles, sin embargo no tenía experiencia. Era un político después de todo.

—Capitán... —dijo Johnston a Bowood, con tono preocupado.

—¿Señor?

—¿Es correcto que nos acerquemos tanto a ellos? Tenemos equipados esos nuevos cañones de largo alcance, ¿verdad? Mantenga la distancia entre nosotros. Su Excelencia me ha confiado soldados importantes.

—La marioneta de Cromwell, hm... —suspiró Bowood fríamente para sí mismo.

—Sí, tenemos el nuevo modelo de cañón, pero si disparamos a máxima distancia no impactarán.

—Pero tengo órdenes de Su Excelencia de evacuar a esos soldados en Tristain sanos y salvos. No hay que asustarles. Su moral caerá.

«No creo que los soldados tengan miedo...», pensó Bowood.

Ignorando a Johnston lanzó una nueva orden. Después de todo no hay leyes que regulen el cielo.

—Preparad los cañones de la izquierda.

—¡Sí, señor! ¡Preparad los cañones de la izquierda!

Los marineros de la cubierta comenzaron a cargar los cañones con pólvora y proyectiles.

Desde la flota tristaniana se pudo escuchar un rugido atronador que subió a los cielos. Tristain devolvía el saludo del cañón.

El plan de batalla había comenzado.

Durante esos instantes Bowood se transformó en un soldado. Olvidó por completo la política, sus sentimientos humanos, la cobardía y el juego sucio de la operación. Como capitán del Lexington y de la flota de la República de la Sagrada Albión procedió a dictar las ordenes rápidamente.

La tripulación del viejo barco Hobart dispuesto al final de la flota había acabado los preparativos, y comenzó a evacuar a través de los barcos que lo habían hecho levitar con el hechizo vuelo.

Ante los ojos de La Ramée se desplegó una sorprendente escena. El barco de arrastre situado al final... uno de los barcos más viejos y pequeños ardía en llamas.

—¿Qué? ¿Un fuego? ¿Fue un accidente? —susurró Fevisu.

En unos instantes ocurrió otro hecho sorprendente. El barco que fue engullido por las llamas explotó en el aire. El barco de Albión fue reducido a cenizas y se estrelló contra el suelo.

—¿Q-qué es esto? ¿El fuego alcanzó el almacén de municiones?

El Mercator estaba alborotado.

—¡Cálmense! ¡Cálmense! —gritaba Fevisu a los marineros.

Una bandera se apreciaba desde el Lexington. Un marinero comenzó a leer el mensaje con el telescopio.

—Soy el capitán del Lexington. Explique el hundimiento del Hobart.

—¿'Hundimiento'? ¡¿Qué está diciendo?! ¡Ha explotado solo!

La Ramée entró en pánico.

—Envíe esta respuesta. 'El fuego de mi barco es un saludo en respuesta. La salva no contenía ningún proyectil'.

Desde el Lexington se envió una respuesta inmediata.

—'El saludo de su barco empleó munición. Lo consideraremos como agresión'.

—¡Qué tontería!

El grito de Ramée fue ahogado por el bombardeo del Lexington.

Un impacto. El mástil del Mercator se desquebrajó y la cubierta se agujereó.

—¡¿Cómo pueden alcanzarnos sus cañones a tanta distancia?! -dijo Fevisu sorprendido, de pie en la temblorosa cubierta.

—¡Envía este mensaje! 'Alto el fuego, no pretendemos declarar ningun-

na guerra’.

El Lexington replicó con una lluvia de proyectiles de cañón. Otro impacto. El barco se agitó violentamente y los incendios comenzaron aquí y allá.

El mensaje del Mercator se repetía una y otra vez como bramidos lejanos.

— ‘¡Repito! ¡Alto el fuego! ¡No pretendemos declarar ninguna guerra!’

El fuego del Lexington no daba señales de cesar. Un impacto. El cuerpo de La Ramée salió volando de la vista de Fevisu. La fuerza del impacto le había tirado al suelo. De repente se dieron cuenta de que el ataque estaba planeado. Esa ‘visita de buena voluntad’ no entraba en absoluto en sus planes. Albión los había engañado a todos.

El barco se envolvió en llamas y los marineros heridos gemían de dolor.

—¡El comandante en jefe está muerto! —gritó Fevisu agitando la cabeza sin comprender nada—. ¡El comandante en jefe está muerto! ¡El capitán del buque insignia toma ahora el control de la flota! ¡Informe de daños! ¡Velocidad máxima de navegación! ¡Preparen cañones a la derecha!

\*\*\*

—Finalmente se dieron cuenta, ¿eh? —dijo Wardes, que estaba de pie junto a Bowood mientras contemplaba entretenido a la flota de Tristain. Wardes también creía que el comandante en jefe Johnston no merecía el título y sería incapaz de hacer nada. En efecto, Wardes era el oficial al mando.

—Eso parece, vizconde, sin embargo parece que pronto ganaremos. La flota de Albión, superior en movilidad, ya había tomado medidas para neutralizar cualquier avance de la flota tristaniana.

La flota de Albión mantuvo una distancia de seguridad y continuó disparando los cañones. Los efectivos de la flota eran el doble que los de Tristain y además tenían el gigantesco Lexington, equipado con el nuevo modelo de cañón. No había comparación en cuanto a potencia de fuego.

Como si atormentaran a la flota de Tristain, la flota de Albión continuaba su ataque. El Mercator, que ya estaba en llamas, había comenzado a inclinarse. En un instante explotó con un rugido ensordecedor. Ninguno de los barcos de la flota de Tristain salió indemne. La flota estaba sumergida bajo el caos tras la pérdida del buque insignia.

Era cuestión de tiempo que los destruyeran. Las banderas blancas izadas podían divisarse desde los barcos que aún seguían volando.

En el Lexington se podían oír los gritos de ‘¡Larga vida a Albión! ¡Larga

vida al santo rey Cromwell!’ Bowood frunció el ceño. Durante los días que pasó en la fuerza real aérea nadie decía aquello de ‘larga vida a esto y aquello’ en la batalla. Hasta el comandante en jefe Johnston se unió a los gritos.

—Capitán, se ha escrito una nueva página en la historia —dijo Wardes.

—No, solo ha comenzado una guerra —susurró Bowood, como si sintiera pena por sus enemigos que no tenían ni siquiera la oportunidad de gritar de dolor.

\*\*\*

Se tuvo constancia de la declaración de guerra de Albión, tan pronto como llegaron las noticias de que toda la flota de Tristain en La Rochelle había sido barrida. Se culpó a Tristain de romper el pacto de no-agresión tras atacar la flota sin motivo. Además, se informó del siguiente mensaje: ‘La Sagrada República de Albión declara la guerra al Reino de Tristain como acto de auto-defensa’.

El palacio, totalmente ocupado con el viaje de Henrietta a Germania, estaba inmerso en un estado de confusión por el inesperado desarrollo de eventos.

Los generales, ministros de gabinete y otros oficiales acudieron inmediatamente a la reunión, aunque la junta era algo más que un mero caos. Expresaron opiniones de que deberían pedir explicaciones a Albión sobre las circunstancias de los eventos, o que deberían enviar mensajeros pidiendo ayuda.

Sentada en el asiento de honor de la sala de reuniones estaba una Henrietta conmocionada. Llevaba el precioso vestido de boda que acababan de tejer. En un principio tenía planeado dirigirse hacia Germania en carruaje después de que acabaran el vestido. Era como una flor esplendorosa en medio de la sala de reuniones. Nadie lo había notado aún.

—¡Albión sostiene que nuestra flota atacó primero! Sin embargo, nuestros hombres afirman que sólo fue un saludo de cañones.

—Los accidentes pueden causar malentendidos.

—¡Organicemos una reunión en Albión para aclarar esto! ¡Tal vez haya una oportunidad de resolver este malentendido!

Mientras que los poderosos nobles exponían sus opiniones el cardenal Mazarini asentía.

—¡Bien! Preparad a un enviado especial para que viaje a Albión. Abordaremos esto con cautela antes de que comience una guerra fruto de un malentendido.

—¡Ha llegado un informe urgente! ¡La flota de Albión ha comenzado a

conquistar tierras tras el desembarco!

—¿Cuáles tierras?

—¡Las afueras de La Rochelle! ¡Parece que son los dominios de Tarbes!

\*\*\*

Siesta se encontraba en el jardín de la casa de sus padres, abrazando a sus hermanos pequeños y contemplando los cielos con ojos inquietos. Se oyó una explosión no muy lejos de La Rochelle. Salió corriendo del jardín sorprendida y vio la sobrecogedora escena del cielo. Había numerosos barcos que disparaban los cañones y otros incendiados, estrellándose en la montaña y cayendo en medio del bosque.

El pueblo estaba completamente confundido. Un rato más tarde descendió del cielo un gran barco. El barco, tan grande que podía confundirse fácilmente con una nave, echó el ancla en las tierras del pueblo. De la nave salieron volando numerosos dragones.

—Hermana, ¿qué está ocurriendo? —preguntaban los hermanos y hermanas pequeñas.

—Entremos en la casa —urgió Siesta ocultando el miedo.

Dentro de la casa estaban los padres, que miraban a las ventanas con expresiones temerosas.

—¿Podría tratarse... de una guerra?

El padre agitó la cabeza.

—No es posible. Tenemos un pacto de no-agresión con Albión. El rey lo ha proclamado recientemente.

—Entonces, ¿por qué está el cielo lleno de barcos estrellándose?

Los dragones que volaban por encima de la nave se dirigieron hacia el pueblo. El padre agarró a su esposa por la mano y se alejó de la ventana. Los dragones descendieron sobre el pueblo dando ensordecedores alaridos, incendiando las casas.

La madre gritó. La casa estaba en llamas y los fragmentos de cristales de las ventanas se esparcieron por todos lados. El pueblo se llenó de fuego, alaridos de dragones y gritos de la gente. El padre llevaba a su esposa, inconsciente. Miró a Siesta, que estaba temblando.

—¡Siesta! ¡Coge a tus hermanos y corre al bosque!

\*\*\*

Una sonrisa se dibujaba en el rostro de Wardes mientras pisoteaba su patria, montado en su gran dragón blanco. Los caballeros dragón bajo su mando dominaban dragones de fuego. Un dragón de viento no puede ganar a uno de fuego en fuerza, pero sobrepasa al de fuego en velocidad. Había escogido el dragón de viento precisamente porque era el comandante. Para despejar el camino al resto de fuerzas, Wardes incendió el pueblo sin piedad. Al fondo los soldados bajaban del Lexington usando cuerdas. El campo era un punto estratégico para las tropas.

Docenas de tropas del rey vecino avanzaban hacia adelante en dirección al campo de batalla. Las tropas tristanianas constituían una amenaza significativa para los soldados que desembarcaban. Wardes envió señales a sus subordinados para que aplastaran a las tropas enemigas. Los dragones descargaron una ráfaga de fuego, aun así los tristanianos avanzaron ferozmente. Las temerarias tropas fueron completamente devastadas por las llamas de los dragones.

\*\*\*

Era pasado el mediodía. Los informes de los eventos irrumpieron en la sala de conferencias.

—¡El rey de Tarbes ha muerto en batalla!

—¡El explorador que fue enviado a espiar a los dragones no ha regresado!

—¡Todavía no hemos recibido una respuesta de Albión a nuestras peticiones!

Las discusiones sin significado se repetían en la sala de reuniones.

—¡Deberíamos pedir ayuda a Germania!

—Agravar la situación de esa forma podría...

—¿Y si atacamos con todos nuestros caballeros dragón?

—¡Reagrupen todos los barcos restantes! ¡Todos! ¡No importa cuán viejo o pequeños sean!

—¡Mandemos a un enviado especial! ¡Atacarlos les dará la excusa perfecta para desencadenar una guerra total!

Los reunidos no lograban llegar a un acuerdo. Mazarini estaba teniendo dificultades para alcanzar sus propias conclusiones. Aún seguía buscando una forma de resolver las cosas diplomáticamente.

En medio del caluroso debate, Henrietta miró al *rubí de viento* que llevaba en el dedo anular. Era un recuerdo de Wales. Le recordaba a la cara del hombre que se entregó. «¿Acaso no hice una promesa llevando este anillo



en aquel entonces? Si mi querido Wales murió con coraje... entonces también debería vivir con coraje».

—¡Tarbes está en llamas!

—Se sorprendió de su propia voz, pero rápidamente recuperó la compostura. Se levantó tras respirar profundamente. Todos la miraban. Henrietta habló con voz quebradiza.

—¿No os sentís avergonzados?

—¿Princesa?

—El enemigo está capturando nuestras tierras. Hay cosas que necesitamos hacer antes de discutir sobre alianzas y enviados especiales, ¿no es así?

—Habíamos firmado un pacto de no-agresión. Fue un error.

—Y ese tratado se rompe tan fácil como el papel. No tenían intenciones de mantenerlo. Sólo era una mentira para ganar tiempo. Las acciones de Albión muestran claramente que su objetivo era entrar en guerra.

—Pero...

Henrietta golpeó la mesa y gritó:

—¡La sangre de nuestra sangre está siendo derramada mientras que nosotros seguimos aquí! ¡¿Acaso no es el deber de los nobles protegerles?! ¿Por qué motivo ostentamos nuestros títulos reales y nobiliarios? ¿Nos permitirían reinar si no los protegemos en tiempos de necesidad, como estos?

Todos se quedaron mudos. Henrietta continuó con voz fría.

—Estáis asustados, ¿verdad? Albión es un continente grande después de todo. Si contraatacamos nuestras oportunidades de ganar serán escasas. ¿Es posible que penséis que enfrentaréis responsabilidades como líderes del contraataque una vez que se pierda la batalla?

—Princesa... —interrumpió Mazarini.

—Me da igual —continuó Henrietta—. Yo iré al frente. Pueden continuar su reunión.

—¡Princesa! ¡Debe descansar antes de su boda!

—¡Buf! ¡Es muy difícil correr con esto!

Henrietta desgarró el vestido a la altura de las rodillas y tiró el trozo a la cara de Mazarini.

—Tal vez vos pueda casarse. ¡Mi carruaje y guardas! ¡Venid! —gritó mientras llegaba al patio.

El carruaje tirado por unicornios, animales sagrados, estaba preparado. El escuadrón de defensa mágica restante se encontraba en el patio y montó a la voz de Henrietta. Desarmó a uno de los animales y lo ensilló.

—¡Comandaré las tropas! ¡Escuadrón! ¡En formación!

Cada soldado saludó simultáneamente, alertados por la nueva situación. Henrietta golpeó el estómago del unicornio. El animal levantó magníficamente sus pezuñas bajo el brillante sol y partió.

—¡Seguid a la princesa! —gritó uno de los soldados mientras el resto acompañaba a Henrietta.

—¡Adelante! ¡La demora trae vergüenza al nombre de la familia!

Los nobles del patio partieron con celeridad. Las palabras se esparcieron por todos los regimientos diseminados por la ciudad.

Mazarini observaba abstraído los cielos.

—Sabía que entraríamos en guerra con Albión algún día a pesar de mis esfuerzos, pero... nuestro país no está preparado.

No le preocupaba su propia vida. A su manera se preocupaba del país y, por el bien del pueblo había tomado decisiones. Hizo todo lo posible para no entrar en una batalla perdida, incluso si ello conllevaba hacer pequeños sacrificios.

No obstante, todo era como había dicho la princesa. Sus esfuerzos y devoción por la diplomacia se evaporaron. ¿De qué le sirvió aferrarse a ello? Había cosas más importantes de las que preocuparse.

—Cardenal, acerca del enviado especial... —susurró al oído uno de los nobles de alta clase al oído de Mazarini.

El cardenal abofeteó la cara del noble con su sombrero y le entregó el pedazo de tela del vestido de novia que Henrietta le lanzó a la cara.

—¡Atención todos! ¡A los caballos! ¡Si dejamos que la princesa se marche sola la deshonra nos perseguirá para siempre!

## Capítulo 10

### El vacío

Las noticias de la declaración de guerra llegaron a la academia de magia de Tristain al día siguiente. Debido al caos reinante en el palacio, iban con retraso.

Louise y Saito estaban esperando en la entrada de la academia de magia a que llegara el carruaje del palacio, que debía llevarles a Germania. Sin embargo, en aquella mañana aneblada apareció un mensajero exhausto. Preguntó dónde estaba la habitación de Osman y tras saberlo salió corriendo. Saito y Louise se miraron mutuamente ante la inusual escena. Pensaron que había ocurrido algo en palacio, de modo que corrieron tras el hombre.

Osman se encontraba ocupado con las preparaciones de la boda. Dejaría la academia durante una semana, así que estaba organizando varios documentos y haciendo su equipaje.

Desde la puerta se oyeron varios golpes.

—¿Quién es?

El mensajero que había desde palacio irrumpió en la habitación antes de que Osman terminara de hablar.

—¡Informe desde palacio! ¡Albión ha declarado la guerra a Tristain! ¡La boda de la princesa se ha pospuesto hasta nueva orden! ¡En estos instantes los soldados están de camino a La Rochelle! ¡Por motivos de seguridad se ha dado la orden de que todos los estudiantes y el personal permanezcan en el castillo!

La cara de Osman empalideció.

—¿Una declaración de guerra? ¿Van a luchar?

—¡Sí! Las fuerzas enemigas han establecido campamentos en los campos de Tarbes y han estado atacando a nuestras fuerzas cerca de La Rochelle.

—Las fuerzas de Albión deben de ser muy poderosas.

El mensajero contestó sombrío.

—Las fuerzas enemigas tienen doce navíos liderados por un barco de guerra llamado Lexington. Se estima que el número de efectivos ronda los trescientos mil. Nuestra principal flota ya ha sido destruida contando a todos nuestros efectivos, sólo tenemos doscientos mil soldados. No estamos preparados para una guerra, esos hombres son todo lo que tenemos. Sin embargo, lo peor es que tienen el control de los cielos. Nuestras tropas seguramente caerán bajo sus cañones.

—¿Cuál es nuestra situación actual?

—Los caballeros dragón están incendiando el pueblo de Tarbes... Hemos solicitado apoyo de Germania, pero dijeron que tardarían tres semanas dándose toda la prisa posible...

Osman suspiró y dijo:

—Planean abandonarnos. Cuando transcurra ese tiempo las ciudades de Tristain habrán caído rendidas ante el enemigo.

\*\*\*

Louise y Saito se miraron mutuamente, manteniendo las orejas pegadas a la puerta del director. El rostro de Louise se puso pálido al oír la palabra 'guerra', y el de Saito igual cuando oyó 'Tarbes' «¿No es el pueblo donde vive Siesta?» Saito se marchó. A Louise le entró el pánico y le siguió.

Saito llegó al patio y subió al Zero Fighter. Louise le tiró de la pierna por detrás.

—¿A dónde vas?!

—¿A Tarbes!

—¿Por qué?!

—¿Acaso no es obvio?! ¡Voy a salvar a Siesta!

Louise le agarró del brazo y trató de tirarlo al suelo, pero él se agarró firmemente al avión.

—¡No puedes! ¡Es una guerra! ¡No marcarás la diferencia aunque te marcharas!

—Tengo el *Zero Fighter*. El enemigo está atacando con esos barcos voladores, ¿cierto? Esto también puede volar. Trataré de ayudar en lo que sea.

—¿Qué podrías hacer con esta clase de juguete?!

—No es un juguete.

Saito se agarró al ala del *Zero Fighter* con la mano izquierda. Las runas se iluminaron.

—Esto es una arma de mi mundo. Es una herramienta diseñada para matar a personas. No es un juguete.

Louise agitó la cabeza.

—¡Da igual! ¡Tanto si es un arma de tu mundo como si no, no hay forma de que puedas ganar contra todos esos barcos de guerra! ¡¿No lo entiendes?! ¡No puedes marcar la diferencia! ¡Deja que los soldados se encarguen de esto! —dijo Louise mirando directamente a la cara de Saito.

«Este tío... este temerario familiar no sabe nada de guerras» pensó Louise. Esto era diferente a lo ocurrido en el viaje de Albión. El campo de batalla es un lugar lleno de muerte y destrucción. Si participara un novato sólo iría

a morir.

—Dijo que la flota de Tristain ha sido destruida, ¿verdad?

Saito dio unos toquecitos en la cabeza de Louise y habló en voz baja.

—Puede que no sea suficiente. No puedo imaginarme abatiendo a todos esos buques de guerra, pero...

—¿Pero qué?

—No lo entiendo del todo, pero me han sido otorgados los poderes del familiar legendario. Si fuera una persona normal y corriente no hubiera pensado en ir y salvarlos, pero esto es diferente, tengo los poderes de Gandálfr. Soy capaz de salvarlos, tal vez pueda salvar a Siesta... y a esos pueblerinos.

—Las probabilidades son casi cero.

—Lo sé, pero no son cero del todo, así que lo haré.

—¿Eres idiota?! —replicó Louise, sorprendida—. Querías regresar a tu mundo, ¿verdad? ¡¿Cómo va a ayudar el morir aquí?!

—Siesta me trató con amabilidad y tú también, Louise.

El rostro de la joven chica se puso colorado.

—No soy de este mundo. No tengo que preocuparme necesariamente de lo que ocurra en este lugar, pero al menos quiero proteger a la gente que me ha tratado bien.

Louise percibió que las manos de Saito temblaban.

—¿No estás asustado? —dijo Louise, levantando la cabeza—. Eres idiota. ¡Si todo esto te asusta entonces deja de actuar como un caballero de brillante armadura!

—Estoy asustado, hasta soy reticente a marchar, pero el príncipe dijo: ‘proteger a alguien que te importa te hará olvidar el temor a morir’. Creo que tenía razón. En aquel entonces, cuando acudieron cincuenta mil soldados de Albión a por nosotros... no sentía miedo. Estaba ocupado pensando en protegerte. No estaba asustado, te lo juro.

—¿Qué estás diciendo? Eres un simple plebeyo. No eres un valeroso príncipe o algo por el estilo.

—Lo sé. No tiene que ver con ser príncipe o plebeyo, ni tiene que ver el país en el que naciste, la época... ni siquiera el mundo en el que estés; todo eso es irrelevante. Si fueras un hombre pensarías de la misma manera.

Louise hizo muecas para intentar no llorar.

—Si mueres, ¿qué voy a hacer yo? No... Yo, si mueres...

—No moriré. Regresaré. Si muero, entonces demostraría que era incapaz de protegerte, ¿cierto?

—Yo también voy.

—No puedes.

Como los sentimientos de coraje que afloraron en su interior estaban por desquebrajarse, Saito se separó de Louise y saltó a cabina del piloto. De repente, se acordó de algo: el avión no tenía combustible. Saito abandonó a Louise y corrió aprisa al laboratorio de Colbert.

Louise gimió con los puños fuertemente cerrados. «¿Por qué es tan obstinado?! A pesar de que es peligroso...». Se mordió el labio y retuvo las lágrimas; nada se solucionaría llorando.

Louise miró al *Zero Fighter*.

—¿Qué oportunidades hay de ganar contra las fuerzas de Albion con esta cosa?!

\*\*\*

Saito levantó al somnoliento Colbert.

—¿Eh? ¿Qué?

—¡Señor Colbert! ¿Ha sintetizado la gasolina?

—¿Eh? Sí, fabriqué la cantidad que necesitabas. Está ahí.

—¡Entonces ayúdeme a llevarlo! ¡Rápido!

Colbert transportó la gasolina todavía adormilado, ajeno a la guerra que se estaba fraguando. Saito no se molestó en explicarlo.

—¿Vas a hacerlo volar a estas horas de la mañana? Al menos deja que me despierte en condiciones.

—No tenemos tiempo para eso.

Saito no vio a Louise por ninguna parte y se sintió aliviado. Si Louise le hubiera rogado de nuevo que no se marchara su determinación se habría disipado. No había razón para asustarse, porque el príncipe dijo que la importancia de proteger a alguien hacía desaparecer al miedo, pero... no era así.

Aún seguía asustado.

A pesar de todo se sentó en la cabina y activó todos los mecanismos para encender el motor, después Colbert usó la magia como en la anterior ocasión, el motor se encendió ruidosamente y las hélices comenzaron a girar. Comprobó los medidores. Las runas de la mano izquierda le indicaban que todo estaba en condiciones. Verificó la ametralladora que tenía justo en frente.

Las balas estaban cargadas. También echó un vistazo a las ametralladoras de las alas; tenían munición.

Quitó los frenos y el *Zero Fighter* comenzó a desplazarse. Miró hacia el frente y se dirigió hacia la mejor zona para el despegue. El patio Austri no era pequeño, sin embargo las runas de Gandálfr le indicaban que la pista era un poco corta como para despegar.

—Compañero —dijo Derflinger, apoyado en la cabina— dile al noble que utilice magia de viento para propulsarte.

—¿Viento?

—Sí, así esta cosa podrá despegar a corta distancia.

—Esto es un arma, ¿cierto? Estoy contigo todo el tiempo, más o menos entiendo de estas cosas. ¿Acaso lo has olvidado? Soy legendario.

Saito sacó la cabeza del parabrisas y llamó a Colbert. La voz no llegaba, así que trató de hacer señas indicando que le diera impulso. Colbert lo entendió rápidamente y asintió.

Una fuerte ráfaga de viento lo impulsó por detrás justo cuando acabó el encantamiento. Saito se puso las gafas que Siesta le había entregado y rebajó la presión del freno. Abrió los alerones de refrigeración y ajustó la palanca de paso de la hélice. Los engranajes soltaron los frenos y luego empujó a fondo la palanca del acelerador.

El *Zero Fighter* aceleró tan fugaz como un suspiro. Movié ligeramente la palanca hacia adelante y el avión rozó el suelo con la cola. El *Zero Fighter* alzó el vuelo pasando muy cerca de las murallas de la academia. Saito tragó saliva.

—¡Compañero! ¡Ahora!

Tiró de la palanca momentos antes de impactar por poco contra la pared. El avión se alzó al instante rozando levemente la muralla. Plegó el tren de aterrizaje. La luz del indicador izquierdo cambió de verde a rojo. El *Zero Fighter* continuó su ascenso.

Saitó contempló aliviado las runas.

—¡Uau! ¡Está volando! ¡Esto es muy interesante! —dijo Derflinger emocionado.

—Por supuesto que vuela. Fue diseñado para volar.

Bajo el sol brillante el *Zero Fighter* se elevó por los aires y rozó el cielo de otro mundo.

\*\*\*

El fuego que consumía a Tarbes se había extinguido y el terreno se había convertido en un cruel campo de batalla. Los batallones estaban en formación, esperando el momento en que las tropas de Tristain salieran de la ciudad portuaria La Rochelle. Los dragones y el Lexington los cubrían desde arriba. Los dragones de Tristain atacaban esporádicamente, pero habían sido forzados a retirarse.

Antes de entrar en batalla, el comandante de Albión decidió que usa-

rían los cañones de sus buques de guerra para enfrentar a las tropas de Tristain, de modo que los prepararon.

Un dragón de la retaguardia que sobrevolaba Tarbes avistó a un dragón enemigo que se aproximaba desde arriba, a unos dos mil quinientos metros de distancia. El dragón hizo un sonido de alarma, alertando a los demás de que el enemigo se acercaba.

\*\*\*

Saito miró hacia abajo a través del parabrisas y vio Tarbes. No había ningún rastro del precioso y sencillo pueblo que había visitado. Al ver el humo negro que se desprendía de las casas chamuscadas, apretó los dientes. Recordó que hacía poco él y Siesta contemplaba el campo. Sus palabras se repetían en su cabeza: '¿Acaso no es precioso este campo? Esto era lo que quería enseñarte, Saito'.

Uno de los dragones escupió fuego sobre el bosque de las afueras del pueblo que se incendió al instante. Saito se mordió el labio, podía saborear la sangre.

—Te mataré —dijo en voz baja.

Tiró de la palanca hasta el fondo mientras presionaba firmemente el acelerador. El *Zero Fighter* descendió en picado hacia a Tarbes, dispuesto a atacar.

\*\*\*

—¿Qué dragón puede hacer semejante cosa? —murmuró uno de los caballeros dragón mientras se preparaba para atacar.

Sin embargo, tenía una figura inusual. Tenía dos alas horizontales estiradas, como si fueran fijas y no pudieran abatirse. Además, emitía un estruendoso rugido que jamás había oído antes.

—¿Esa clase de dragón existe en Halkeginia?

No obstante... no importaba el tipo de dragón, acabaría siendo aniquilado con la simple llamarada de un dragón de Albión, al igual que el resto. Incendiaría las alas y probablemente caería al suelo. Esta estrategia había sido la que había cavado con dos dragones de Tristain.

—Este será el tercero —dijo el caballero dragón esperando a que el enemigo descendiera, con una sonrisa de oreja a oreja.

Se sorprendió. Era rápido, más rápido que cualquier dragón.

El caballero dragón, aterrado, hizo que su dragón echara una quijada





de fuego. Las alas del enemigo resplandecieron al instante. Un número incontable de cosas blancas brillantes volaban hacia él. El dragón fue alcanzado y las alas y el cuerpo se llenaron de grandes agujeros. Una bala penetró en la boca de la bestia, alcanzando una de las bolsas de aceite de la garganta. El dragón de fuego explotó. Saito se sorprendió al ver cómo estallaba el dragón en el aire.

El *Zero Fighter* descendió. El rango de la ametralladora era diez veces más largo que las quijadas de fuego de los dragones. Disparó a los dragones con balas de 20 milímetros del cañón automático y balas de 7,7 milímetros de las ametralladoras situadas en las alas, manteniendo la distancia con el enemigo.

Cuatro dragones más revoloteaban por los cielos por encima del pueblo, que fueron testigos del dragón que explotó por el ataque del enemigo, un ataque que no era fuego. Supusieron que era probable de que se tratara de un ataque mágico. Sea lo que fuera ese ataque, un solitario caballero dragón no podía hacer nada.

Tres dragones ascendieron para atacar.

—Vienen más por la izquierda, al fondo —dijo Derflinger con su típico tono.

Los dragones se dispersaron.

—No dejes que te alcancen sus quijadas. Acabarás reducido a cenizas en un instante.

Saito asintió. Efectuó un giro de ciento ochenta grados situándose por encima de los caballeros dragón, como si hubiera dibujado una trayectoria similar al agua que cae por un embudo. Los dragones eran incapaces de alcanzarle: la velocidad de los dragones de fuego era alrededor de 150 km/h y la del *Zero Fighter* rondaba los 400 km/h. Atacarlos era como disparar a objetivos inmóviles.

Los caballeros dragón se dieron la vuelta, aterrados, pero ya estaban bajo el objetivo. Saito preparó la mirilla y presionó el botón de la palanca del acelerador.

El sonido embotado del motor del avión fue acompañado por los disparos del cañón automático. Las alas de los dragones de fuego resultaron heridas, cayendo en espiral. Seguidamente, Saito soltó el pedal cercano a la palanca del acelerador y el avión voló hacia abajo, rumbo al siguiente dragón. Abrió fuego de nuevo y los disparos del cañón automático impactaron en el torso del dragón, provocando su muerte y que se precipitara al suelo.

Justo cuando el tercer dragón se disponía a huir cayendo en picado, los disparos de la ametralladora de 7,7 milímetros agujerearon el cuerpo de la

bestia, matándola. El cuerpo sin vida cayó al suelo.

Saito hizo ascender el avión rápidamente, controlando el *Zero Fighter* con naturalidad. Activó la velocidad al máximo, aprovechando que el motor era recíproco para tener más ventaja a altas velocidades. Cuando descendiera el avión la velocidad se incrementaría. Saito sabía que lo primero era controlar el espacio aéreo del enemigo, gracias a las runas que brillaban en su mano izquierda. Pilotaba el *Zero Fighter* como un veterano.

Derflinger miraba el exterior, indicando a Saito cuál era su próximo objetivo. Y justo cuando tenía al enemigo se oyó una voz.

—¡E-e-e-es increíble! ¡Los dragones de Albión están cayendo como moscas! ¡Los mismos que tienen fama de ser invencibles!

Saito se giró, sobresaltado. La cabeza de Louise salió del hueco entre el asiento y el resto del cuerpo del avión. Detrás del asiento había una gran radio, pero ya que en este mundo no había nadie a quien contactar la quitó, mientras hacía unos ajustes. Tras retirar la inservible radio solo quedaban los cables conectados al timón. Louise se había metido en ella.

—¿¡Has estado aquí durante todo este tiempo?! ¡Lárgate!

—¡No hay forma de que pueda bajar!

Las manos de Louise sostenían el *libro de oraciones del Fundador*. Parece ser que no se había marchado a otro lugar tal y como él pensaba, sino que se había metido dentro del avión.

—¡Es peligroso! ¡Idiota!

Louise le cogió del cuello.

—¡No lo olvides! ¡Tú-eres-mi-familiar-y-no-quieres-que-hacer-lo-que-te-plazca! ¡No-voy-a-perdonarte! ¡¿Entendido?!

Como el ruido del motor ahogaba sus palabras le gritó al oído.

—¡Soy tu ama! ¡Si el amo no manda el familiar no hará caso! ¡Y eso lo odio!

Saito se encogió de hombros, suspirando pesadamente. Parecía que decirle cosas como ‘es peligroso, no vengas’ no hacían ningún efecto sobre Louise.

—¡¿Qué ocurrirá si mueres?!

—¡Pues esfuérzate más! ¡Si pierdo la vida encontraré alguna forma de matarte! —gritó a Saito con los ojos abiertos como platos.

Al chico le comenzó a doler la cabeza por las cosas absurdas que salían de su boca.

—Compañero, lamento interrumpirte, pero...

—¿Qué?

—Acaban de llegar diez por la derecha.

Las quijadas de los dragones de fuego llegaban por el frente. En ese preciso momento, tiró rápidamente de la palanca de control hacia la izquierda. El avión giró y esquivó el ataque. Louise perdió el equilibrio y dejó salir un pequeño llanto.

—¡Vuela con más elegancia!

—¡No digas estupideces! —gritó Saito.

El avión descendió. Aprovechándose de que los caballeros dragón no podían seguir sus movimientos, ascendió el avión tomando una buena altura para dar la vuelta. Con el sol detrás de él, descendió de nuevo y voló hacia los caballeros dragón. Como hizo en la anterior ocasión, apuntó a los dragones y disparó a la vez el cañón automático y las ametralladoras.

Louise estaba tirada en el avión, a punto de llorar de miedo. «Tal vez no debería haber venido» pensó temerosa. Se mordió el labio y agarró con fuerza *el libro de oraciones del Fundador*. «¿Acaso no me metí dentro porque no podía dejar que Saito muriera? Oye, no pretendas luchar solo. ¡Yo también voy a luchar!»

De todas formas no podía hacer nada. Siempre era así, aunque esta vez se sentía un poco arrepentida. «No obstante, sucumbir al miedo no soluciona nada».

Buscó en los bolsillos el *rubí de agua* que le entregó Henrietta y se lo puso. Apretó el dedo con firmeza.

—Princesa, por favor, protégenos... —susurró.

Dio unos golpecitos suaves en la tapa del libro con la mano derecha.

Al final no había terminado el discurso. Maldijo su falta de talento poético. Quería pensar en algo durante el viaje en carro a Germania.

«Así es, iba a asistir a la boda de Henrietta. Estaba afuera, en las puertas de la academia, esperando a que llegara el carruaje. Después me enteré de que se declaró la guerra. Cínico destino». Abrió *el libro de oraciones del Fundador* por una página cualquiera, mientras susurraba oraciones al fundador para que velara por su seguridad. El *rubí de agua* y *el libro de oraciones del Fundador* brillaron de repente, cogiendo a Louise por sorpresa.

\*\*\*

—¿Han sido...abatidos? ¿En tan solo doce minutos han sido abatidos?

Sir Johnston, comandante supremo de la fuerza de invasión, estaba en la cubierta de popa del buque insignia Lexington, supervisando los preparativos del bombardeo. Se puso pálido tras escuchar el informe.

—¿Cuántas unidades había? ¿Un centenar? ¿Tristain tiene tantos dragones?

—Señor, d-de acuerdo con los datos del informe sólo queda uno.

—¿Una única unidad?

Johnston estaba de pie, inmóvil, sin palabras. Tiró el sombrero al suelo.

—¡Tonterías! ¿Una sola unidad enemiga ha abatido a veinte dragones? ¡Debes estar de broma!

El mensajero dio un paso atrás, asustado de la actitud del comandante supremo.

—Según el informe el dragón enemigo posee gran agilidad, velocidad y fortaleza. Además, sus ataques mágicos son de gran alcance. Nuestras unidades han sido eliminadas una por una...

Johnston agarró al mensajero.

—¿Y qué pasa con Wardes?! ¡Wardes, el comandante de los dragones! ¿Qué ha pasado con él?! ¿Qué hay de ese tristainiano arrogante?! ¿También lo han matado?!

—El vizconde del dragón de viento no está incluido en la lista de bajas, pero... parece que no ha sido visto.

—¡Así que nos ha traicionado! ¡O tal vez era demasiado cobarde! Sea lo que fuera, no podemos confiar en él...

—Comportarse de esta forma en frente de los soldados hará que caigan los ánimos, comandante en jefe —contestó Bowood, extendiendo las manos.

—¿Qué estás diciendo?! ¡Es culpa suya que hayan muerto los dragones! ¡Su incompetencia ha provocado la derrota de nuestras unidades! Informaré de esto a Su Excelencia. ¡Daré buena cuenta de esto! —gritaba Johnston mientras se acercaba a Bowood para agarrarlo.

Sacó la varita y atravesó el estómago de Johnston. Los ojos se le pusieron blancos y Johnston cayó al suelo. Bowood ordenó a los soldados que lo quitaran de en medio. «Hace tiempo que debería haberlo hecho callar», pensó Bowood.

El ruido de los cañones y explosiones acabó por alterar a las tropas. Una única orden supondría la diferencia entre victoria y derrota, especialmente durante la batalla.

Bowood se giró hacia el mensajero, que lo observaba con cara de preocupación.

—A pesar de que los caballeros dragón hayan sido eliminados —decía Bowood con voz calmada y serena—, el Lexington sigue todavía intacto. Además, es probable que Wardes tenga un plan. No se preocupen, límitense a

cumplir con su deber lo mejor que puedan.

«¿Una sola unidad que ha acabado con veinte unidades? Un héroe, ¿eh?» pensó Bowood.

Un único héroe, un solo hombre. No importaba cuánto poder poseyera, había cosas que podía cambiar y cosas que no.

—Y este barco es el último —susurró Bowood—. Que toda la flota avance —ordenó—. Preparen los cañones de babor.

Desde lejos podía divisarse la Rochelle, al final de los terrenos de Tarbes, donde estaban situadas en formación las tropas de Tristain. Era una fortaleza rodeada de montañas.

—A toda la flota, avancen lentamente. Nave a estribor.

La flota giró de manera que las fuerzas de Tristain tenían que atacar por el lado izquierdo.

—Disparen los cañones de babor. Continúad el ataque hasta nueva orden. Preparen los cañones de estribor. Utilicen metralla.

\*\*\*

Las fuerzas enemigas se podían avistar a quinientos metros desde La Rochelle, donde esperaban las tropas de Tristain. La bandera tricolor de Reconquista ondeaba en el aire. Henrietta observaba a la fuerza enemiga montada en su unicornio, temblando. Jamás había visto a un enemigo en el campo de batalla. Cerró los ojos y rezó para disimular ante los soldados para que no notaran que, en realidad, estaba temblando de miedo, pero éste no se marchaba tan fácilmente.

La cara de Henrietta se puso pálida tras contemplar la flota enemiga, la flota de Albión. El fuego de los cañones iluminaba los cascos de la flota. Los proyectiles hicieron blanco en las tropas de Tristain.

Cientos de bolas de cañón se precipitaron sobre las tropas de La Rochelle. Las rocas, los caballos y las personas cayeron a la vez. Las tropas intentaban huir del sobrecogedor poderío del enemigo. La escena se inundó de alaridos estruendosos.

—¡Cálmense! ¡Que todo el mundo se tranquilice! —ritó Henrietta impulsada por el miedo.

—Primero necesita tranquilizarse —susurró Mararini a la oreja—. Si el general tiene miedo el caos se cernirá sobre los hombres en un abrir y cerrar de ojos.

Mazarini susurró rápidamente a los generales que había cerca. Aunque Tristain era un país pequeño, tenía mucha historia detrás. Los virtuosos

nobles de todas las naciones de Halkeginia formaban parte del ejército de Tristain. Tenían el mayor número de magos dentro del ejército.

Los nobles crearon barreras de aire en los flancos de las montañas bajo las órdenes de Mazarini. Varios proyectiles impactaron y se deshicieron, pero otros atravesaron la barrera. Los gritos fueron acompañados por las rocas que se desprendían y la sangre que se derramaba.

—Tan pronto como el enemigo detenga el bombardeo sus fuerzas comenzarán el asalto. No tenemos más opción que enfrentarlos —susurró Mazarini.

—¿Hay alguna posibilidad de victoria?

Mazarini se percató de que los soldados comenzaban a temblar ante el bombardeo enemigo. Avanzaron con gran valentía, pero el coraje de las personas tiene un límite. No quiso contar la verdad a la princesa, quien le hizo recordar algo que había olvidado.

—Estamos muy igualados.

Impacto. El suelo debajo de ellos tembló como si fuera un terremoto. Tristemente, Mazarini entendió la situación. Tres mil hombres conformaban el ejército enemigo, mientras que sus fuerzas se contaban en dos mil tras el bombardeo.

No tenían ninguna posibilidad.

\*\*\*

Louise leía las palabras que aparecieron con la luz. Estaba... estaba escrito en runas antiguas. Ya que Louise se tomaba las clases en serio fue capaz de leer la lengua antigua.

Leyó las primeras palabras que salían de la luz:

‘Prólogo.

De ahora en adelante, escribiré la verdad que conozco. Todos los materiales del mundo están conformados de pequeños granos. Las cuatro ramas se entrelazan con los pequeños granos y aplican una sinergia que permite su transformación en hechizos. Así fue como Fuego, Agua, Viento y Tierra se crearon’.

La curiosidad embargó a Louise. Pasó la página con impaciencia:

‘Los dioses me otorgaron mayor fuerza. Los pequeños granos, junto con las cuatro ramas en sinergia, no pertenecen a ninguna de las cuatro. La rama que empleo se entrelaza con granos aún más pequeños y se aplica una sinergia que lo transforma en hechizos. Un Zero que no pertenece a ninguna de las cuatro. El Zero hace referencia al Vacío. Lo llamé Zero cuando los dioses

depositaron en mí el Vacío’.

—La rama del vacío... ¿acaso no era una leyenda? ¡Es la rama legendaria! —exclamó Louise para sus adentros.

Pasó la página. Su corazón latía frenéticamente.

Saito ya había eliminado a los caballeros dragón. Miró a los cielos, luego a los campos, donde divisó muy a lo lejos el gran buque de guerra, entre las nubes. Bajo la nave estaba La Rochelle.

—Compañero, ahí tienes al pez gordo. No importa a cuantos dragones mates, si no lo derribas... nada va a cambiar.

—Lo sé.

—Es imposible.

Saito permaneció en silencio y pisó el acelerador del *Zero Fighter*. Volaba a máxima velocidad ascendiendo hacia el gran buque de guerra.

—Es imposible, compañero. No importa cuánto te esfuerces, es imposible —advirtió Derflinger tras evaluar la diferencia de poder.

Saito no respondió.

—Lo sé... pero tu compañero es un idiota.

Saito aproximó el *Zero Fighter* todavía más. El estribor brilló. Algo se aproximaba volando, siguiendo su trayectoria. La metralla perforó el avión abriendo agujeros en el cuerpo. El avión se agitó, el parabrisas se rompió y un trozo salió disparado a la mejilla de Saito. Un hilo de sangre se deslizó por la cara.

—¡No te acerques! ¡Están usando metralla! —gritó Derflinger.

Saito ejecutó una caída en picado evitando el segundo disparo.

—¡Maldita sea! ¡Han puesto pequeños proyectiles en esos cañones!

Saito se mordió el labio, ya no podía acercarse más al barco, y mucho menos derribarlo.

Detrás del asiento, Louise seguía leyendo ensimismada el *libro de oraciones del Fundador*, ni siquiera oía los ruidos estruendosos. Lo único que escuchaba era el pulso de su corazón, que se hacía más ruidoso con cada latido:

—‘Aquel que sea capaz de leer estas palabras heredará mis acciones, pensamientos y objetivos. Será el portador de este poder. Presta atención, poseedor de este poder. Por mis hermanos y por mí, que morimos sin cumplir con nuestro deber, deberás esforzarte por retomar las ‘Tierras Sagradas’ que nos fueron arrebatadas por los paganos. El vacío es poderoso, no obstante los conjuros son de gran magnitud y consumen bastante energía. Cuidado, encantador, porque en ocasiones tu vida disminuirá dependiendo de la potencia. En consecuencia yo decido quién puede leer este libro. A pesar de que lleve el anillo, si no está cualificado no podrá abrir el libro. Sólo cuando el elegido lleve



el Anillo de las cuatro ramas será capaz de leer este libro.

Brimir Ru Rumiru Yuru Viri Vee Varutori

Estas son las palabras del hechizo del vacío que solía usar. Es el principio fundamental: la explosión'.

A continuación se describía un hechizo en idioma antiguo.

—Fundador Brimir, ¿no estás pasando algo por alto? Si no llevara este anillo no sería capaz de leer el *libro de oraciones del Fundador*, ¿verdad? —susurraba Louise, atónita—. Entonces todo eso del elegido y lo de 'tener cuidado' no tiene ningún sentido.

Y después se dio cuenta. El elegido para leer el libro... lo que significaba...

«¿Yo soy la elegida para leer el *libro de oraciones del Fundador*? Todavía no lo entiendo, pero... soy capaz de leerlo. Y si todo esto es cierto, probablemente pueda recitar el hechizo que está escrito» Louise recordaba aquellas veces en las que ejecutaba un hechizo que acababa en una explosión. «Entonces... ¿esto quiere decir que el Vacío se escribió?»

Cuando se puso a pensar en ello nadie era capaz de explicarle el motivo de por qué hacía explotar las cosas. Padres, hermanas, profesores... hasta sus amigos... acababan riéndose por fallar los hechizos. No sabían nada de esas explosiones.

«Quizás sea la verdadera elegida. No acabo de creérmelo, pero puede que así sea. Merece la pena que lo intente. Además, no hay otras opciones que escoger».

Se tranquilizó y se serenó. Las runas que acababa de leer ya eran parte de su vocabulario, como si las hubiera mencionado muchas veces.

La melodía del hechizo era parecido a las canciones de cuna que había escuchado en su niñez.

«Voy a intentarlo»

Louise se levantó. Se las ingenió para moverse de la parte trasera a la cabina.

—¿Qué estás haciendo?! ¡Quédate quieta! ¡Argh! ¡No puedo ver lo que hay delante de mí! ¡Oye!

Se deslizó como una serpiente con su figura esbelta. Se puso en el asiento, justo donde estaba Saito, que tuvo que abrir las piernas para que cupiera.

—No puedo creerlo, pero... no sé cómo decirlo... Puede que sea la elegida, aunque puede que haya sido un error —murmuró Louise.

—¿Eh?

—Préstame atención. Vuela cerca del buque de guerra. Es posible que

todo sea un engaño... pero intentarlo es mejor que quedarse cruzado de brazos. Además, no hay forma de hundir ese buque. La única opción es que lo intente. Tengo que hacerlo.

Saito se quedó estupefacto por el discurso.

—¿Te encuentras bien? El miedo te ha hecho perder la cabeza.

—¡Te dije que te acercaras, ¿no?! Soy tu ama. ¡Los familiares obedecen a sus amos sin rechistar!

Era inútil llevar la contraria a Louise cuando usaba esa actitud amenazante. Saito se acercó de mala gana al gran buque de guerra. La metralla pasaba cerca de ellos, aunque fueran hacia babor nada cambiaría. Además, el barco tenía cañones que sobresalían de la parte superior. El Lexington era como un puercoespín con cañones.

—¿Qué estás haciendo?!

—¡Es imposible! ¡No me puedo acercar!

—Compañero —dijo Derflinger tras ocurrírsele una idea—. Sigue recto, sobrevolando la nave.

—¿Eh?

—Es un punto ciego. Los cañones no te alcanzarán.

Saito se elevó por encima del Lexington como le había dicho. Louise se sentó a horcajadas en los hombros de Saito y abrió la cabina. El viento soplabla fuerte en la cara.

—¿Eh?! ¡¿Qué estás haciendo?! ¡Ciérrala!

—Sigue dando vueltas por aquí hasta que te dé la señal.

Louise respiró hondo y cerró los ojos. Después los abrió como si estuviera furiosa y comenzó a leer las runas escritas en el *libro de oraciones del Fundador*.

Leyó el hechizo en medio del ruido del motor. Saito continuaba dando vueltas por encima del Lexington como se le ordenó.

—¡Compañero! ¡Detrás de ti!

Miró rápidamente a la parte posterior. Pudo divisar a un dragón que se dirigía velozmente hacia ellos.

Era Wardes.

\*\*\*

Wardes sonrió ampliamente montado en el dragón de viento. Había estado ocultándose tras las nubes que flotaban por encima del Lexington, esperando una oportunidad para atacar. «Así que ese es el misterioso dragón que ha abatido a todos los dragones de fuego».

Su estrategia giraba en torno al buque de guerra. Supuso que el enemigo atacaría la nave, y si era lo suficientemente experto atacaría a algún punto débil. Por lo tanto, decidió ocultarse cerca y esperar. El plan de Wardes funcionó.

Su objetivo caía en picado. «Ya veo, evitó a los dragones de esa forma. A fin de cuentas, mi dragón de viento es más veloz que los dragones de fuego.»

Wardes recortó en seguida la distancia que los separaba. Observó al *Zero Fighter* con gran interés. «Eso... no ha sido fabricado en Halkeginia... en las Tierras Sagradas». Distinguió una cara familiar con el pelo color melocotón, dentro de la cabina. La mueca de su cara se hizo más grande. «Así que sigues con vida. Entonces, el otro que maneja ese pseudodragón será...»

El brazo izquierdo que una vez tuvo palpitó. Las quijadas de un dragón de viento no eran útiles, pero tenía poderosos hechizos. Agarró las riendas con su mano izquierda artificial y ejecutó el hechizo *lanza de aire*. El aire se solidificó en forma de lanza, lista para atravesar cualquier cosa.

\*\*\*

Saito no podía perder de vista al dragón que les perseguía. Comenzaba a frustrarse por tener a Louise encima de los hombros. «Si muero aquí... no seré capaz de proteger a Louise o a Siesta».

Las runas de la mano izquierda brillaban con fuerza. Empujó la palanca y abrió los flaps haciendo que el *Zero Fighter* disminuyera su velocidad. Presionó la palanca hacia la izquierda y pisó el pedal al mismo tiempo. La tierra y el cielo giraron ante ellos. El avión desapareció de la vista de Wardes, que estaba preparado para lanzar el hechizo. Miró por todos lados, inquieto; habían desaparecido. Siguiendo sus instintos asesinos, Wardes se dio la vuelta. El avión estaba justo detrás del dragón de viento. Las balas de la ametralladora, seguidas por una intensa luz, atravesaron las finas alas del dragón. Wardes recibió un impacto en el hombro y se le dibujó una mueca de dolor en la cara. La bestia soltó un chillido. Ambos se precipitaron hacia abajo, chocando contra el suelo.

Saito ascendió con el *Zero Fighter* una vez más. A pesar de todas las maniobras, Louise se sostenía sobre los hombros de Saito con firmeza, posiblemente por tener mucha experiencia montando caballos. La maga recitando el hechizo en voz baja. «¿Qué diantres está haciendo?» pensó Saito.

—Eoruu Suunu Firu Yarunsakusa.

Louise sintió cómo un ritmo se aceleraba en su interior, percibía cómo aumentaba. Cada palabra que recitaba aceleraba el ritmo. Agudizó los senti-

dos hasta que no había nada que la distrajera. Era como si algo nuevo hubiera crecido en su cuerpo y buscaba una forma de salir...

Recordó unas palabras que una vez le dijeron. Cuando recitas un hechizo de tu propia rama se siente una especie de ritmo, tal y como ahora lo experimenta. «¿Esto es realmente lo que siento? Yo, quien siempre ha sido despreciada por ser un cero a la izquierda. Yo, cuyos maestros, padres, hermanas y estudiantes dicen de mí que no tengo talento mágico. ¿Realmente este es mi verdadero yo?»

—Osu Suunu Uryu Ru Rado.

Advertía cómo crecía lentamente en su interior.

—Beozusu Yuru Suvyueru Kano Oshera.

Ese palpito buscaba una forma desesperada de salir. Louise hizo una señal a Saito con la pierna. Él asintió y empujó la palanca. El *Zero Fighter* se dirigía hacia el Lexington. Louise abrió los ojos y acabó el hechizo.

—Vacio.

«La legendaria rama de magia. Me pregunto cuán poderosa puede llegar a ser. Nadie lo sabe, por supuesto. No hay forma de saberlo. Se supone que esto va más allá de la simple leyenda.»

—Jera Isa Unjyuu Hagaru Beookun Iru...

El hechizo se completó tras una larga recitación. Louise comprendió al instante el poder la magia; podía absorber a cualquiera. Cualquier persona que estuviera al alcance acabaría engullida por el hechizo. Había dos opciones: morir o no morir. ¿Qué pretendía destruir?

Los vientos soplaban en su rostro mientras miraba abajo. El gran buque de guerra apareció ante sus ojos, el Lexington.

Apuntó con la varita hacia el objetivo.

\*\*\*

Ante los ojos de Henrietta se desplegó una escena increíble. Sobre el buque de guerra, que había estado bombardeándolos, apareció una bola de luz en el cielo. Era como una versión a escala del sol. Se expandió... explotó... y lo engulló. Se tragó el buque de guerra. La luz continuó expandiéndose hasta donde alcanzaba la vista. Después vino el silencio.

Henrietta cerró los ojos de golpe. La luz de la esfera era tan intensa que quemaba los ojos. Y después... cuando la luz se desvaneció toda la armada estaba en llamas. Los tripulantes, la flota liderada por el Lexington; todo estaba en llamas. Como si se tratara de un espejismo, todas las naves que habían estado atormentando a las tropas de Tristain se estrellaron contra el suelo.

La tierra tembló. La armada había sido destruida. Henrietta no tenía palabras, el silencio la sobrecogió. Todos observaban la insólita escena. El primero que reaccionó fue el cardenal Mazarini. Estuvo observando las alas plateadas que brillaban bajo el sol. Era el *Zero Fighter* de Saito.

—¡Gente! ¡Mirad! —gritó Mazarini— ¡La flota enemiga ha sido destruida por el legendario Fénix!

—¿Fénix? ¿El pájaro inmortal?

La conmoción se extendió por las tropas.

—¡Mirad a ese pájaro que surca el cielo! ¡Es el pájaro legendario! ¡Se decía que auxiliaría a Tristain en momentos de necesidad! ¡El ave Fénix! ¡El Fundador nos ha bendecido!

Los gritos de alegría se oían por todas partes.

—¡Larga vida a Tristain! ¡Larga vida al Fénix!

—Cardenal, ¿eso es cierto? —preguntó Henrietta— Nunca he oído nada de un fénix legendario.

Mazarini sonrió traviesamente.

—Es una gran mentira, pero nadie sería capaz de razonar en estos momentos. No serían capaces de asimilar lo que han visto, ni siquiera yo. Sin embargo, la verdad es que un pájaro poco convencional ha hecho caer a la flota enemiga. No había más opción que decir eso.

—Ah...

—¿Ve? A nadie le importa si lo que he dicho es una verdad o una mentira. Lo que les importa es si iban a vivir o a morir, en otras palabras, victoria o derrota.

Mazarini miró a los ojos de la princesa.

—Debe utilizar todo lo que tenga a su alcance. Es una de las cosas básicas en política o en guerra. Recuérdalo bien, princesa, porque hoy vos gobierna en Tristain.

Henrietta asintió. Era justo como había dicho el cardenal: ya habría otro momento para pensar.

—La moral del enemigo bajará e intentarán huir, indudablemente. La flota que los apoyaba acaba de esfumarse. No hay una mejor oportunidad para atacar.

—Sí.

—Princesa, ¿caminamos hacia la victoria? —preguntó Mazarini.

Henrietta asintió con firmeza una vez más y alzó su varita de cristal.

—¡Atención! ¡Todas las tropas en marcha! ¡Siganme!

\*\*\*



Louise se acurrucó en Saito, cansada.

—Ey, Louise.

—¿Hm? —contestó Louise, distraídamente.

La fatiga pudo con ella, aunque era una sensación agradable causada por la satisfacción de hacer un trabajo bien hecho.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Sí.

—¿Qué ha sido eso?

—Una leyenda.

—¿Leyenda?

—Te lo explicaré más tarde. Estoy cansada.

Saito asintió y sonrió.

—Sí, mejor dejarlo para más tarde.

Saito observó el ennegrecido y chamuscado pueblo y se preguntó si Siesta estaba bien.

\*\*\*

Por la noche, Siesta y sus hermanos salieron del bosque. Las noticias de que las tropas de Albión habían sido derrotadas llegaron a los pueblerinos, quienes estaban a salvo en el bosque.

Las tropas de Albión fueron aplastadas por el ataque tristainiano. Muchos soldados se habían rendido, no había ningún albioniano arrogante que rondara por los alrededores del pueblo. Los bramidos, los ruidos, las explosiones habían acabado; la guerra había finalizado. Lo que quedaba era los humos negros que se elevaban hacia el cielo.

En el cielo se oía un ruido estruendoso. En el cielo volaba un objeto familiar: la montura del dragón. La cara de Siesta se iluminó.

Tras aterrizar Saito abrió la cabina. Desde el sur corría alguien que salió del bosque; era Siesta. Saito saltó del *Zero Fighter* y corrió hacia ella.

Louise se quedó mirando a Saito y suspiró. «Bueno, supongo que es un alivio ver a esa chica todavía con vida, pero podría haberme consolado un poco más, ¿no? Ese hechizo acabó... explosionando. Explosión, de la rama del vacío. Parecía irreal. Tal vez resultara imposible de concebir, porque es magia del vacío. ¿Realmente puedo controlar la magia del vacío? ¿Hay algún error? Esto puede que explique que fuera capaz de brindar a Saito los poderes del familiar legendario Gandárf. Hay montones de leyendas así, ¿no?» Louise suspiró de nuevo. «En cualquier caso, de ahora en adelante estaré ocupada.

Todavía sigo pensando que esto no puede ser verdad... y no puedo creerme que fuera yo quien apareciera en ese libro». Louise suspiró. «Si esto fuera un sueño me sentiría muy aliviada. En fin, no voy a pensar demasiado en esto, aunque puede que esto haya sido lo mejor. De todas formas, esta 'leyenda' me abruma».

—Ey, maga legendaria —dijo Derflinger con tono burlesco.

—¿Qué pasa, espada legendaria?

—Me parece bien que seas testaruda... pero si no le pillas, esa chica de pueblo va a aprovechar la situación.

Las mejillas de Louise se pusieron rojas.

—No me importa.

—¿De verdad? —susurró Derflinger.

Louise salió de la cabina pegando un salto y soltando un grito de frustración, corriendo directamente hacia Saito.

—Hasta ha entendido que ella es la chica que se menciona en la leyenda —contestó en voz grave—, tal vez su vida amorosa sea más importante. Los chicos a esta edad son incorregibles.

Una corriente de pensamientos atravesó su mente. Louise contempló a Saito por detrás y su pulso se aceleró. Se le quedó la mente en blanco, resultaba raro. «Menudo idiota. Y pensar que me besó. ¿Tan buena está esa chica? Puede que sea mona y que cocine bien. Ya sé que a los chicos les gustan chicas como ella, pero yo... yo...»

El *libro de oraciones del Fundador*, la rama mágica del vacío... en ese instante, todas esas cosas se esfumaron de la mente de Louise. «Si no sigo a ese familiar se marchará por ahí. Si no abro bien los ojos y me despisto, acabará por dejarme atrás. No pienso quitarle el ojo de encima... Y cuando se gire, le voy a dar una buena tunda».